

Deconstrucción

*Crónicas y reflexiones desde
la Europa Oriental poscomunista*

Ignacio E. Hutin



Acerca del autor



Ignacio Ezequiel Hutin

(ITUZAINGÓ, 1989). Es periodista, escritor y fotógrafo, ha colaborado con medios gráficos, radiales y televisivos de Argentina,

España, Serbia, Rusia y Bulgaria. Ha sido columnista de política internacional y participado en producciones audiovisuales, tanto documental como ficción. Ha sido ganador y finalista de múltiples concursos literarios nacionales, y muchos de sus cuentos y poemas han sido publicados en antologías. En el año 2012 obtuvo una beca por parte del Estado finlandés gracias a sus trabajos en fotografía que le permitió estudiar en la Universidad de Laponia.

Políticamente activo, ha colaborado con diversas organizaciones empresarias PyME, como la Asamblea de Pequeños y Medianos Empresarios (APYME), la Central de Entidades Empresarias Nacionales (CEEN) y la Confederación General Económica de la República Argentina (CGERA).

En 2009, con casi 20 años, publicó la novela fragmentada *Saturno*, fruto de un extenso trabajo iniciado en la adolescencia.

Desde 2013 recorre Europa Oriental y Asia cubriendo zonas de guerra, conflictos interétnicos y eventos políticos de toda clase.

Ignacio E. Hutin

Deconstrucción

*Crónicas y reflexiones desde
la Europa Oriental poscomunista*



BUENOS AIRES, 2018

DECONSTRUCCIÓN
*Crónicas y reflexiones desde
la Europa Oriental poscomunista*

© 2018, de esta edición CADAL
© 2018, de los textos Ignacio E. Hutin

Diseño: Verónica Alonso S.
Fotografías interior y portada: Ignacio E. Hutin.

ISBN: 978-987-23446-9-6

www.cadal.org

Prohibida su reproducción, total o parcial, sin la autorización expresa de los editores
Febrero 2018

ISBN 978-987-4492-00-5



Hutin, Ignacio
*Deconstrucción: crónicas y reflexiones desde la Europa Oriental
poscomunista* / Hutin Ignacio - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos
Aires : Fundación Cadal, 2018.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4492-00-5

1. Economías en Transición. 2. Historia Contemporánea.
3. Comunismo. I. Título. CDD 330.09

Presentación

PRONTO COMENZÓ A VENIRSE ABAJO. QUIZÁS FUE POR LA MALA CALIDAD de los materiales utilizados o quizás por el apuro con el que fue realizada la obra. Pero no tardó mucho en comenzar a desarmarse y eventualmente dejó de existir. Se encontraba en pleno centro de Sofía desde 1981. Por entonces se cumplían 1300 años de la creación del estado búlgaro y el líder comunista Todor Zhivkov ordenó la construcción de un monumento que conmemorase la historia, la fortaleza, el honor y el porvenir de Bulgaria y de su régimen. Pero ya el régimen comenzaba a flaquear a causa de las dificultades económicas y el apoyo popular decaía rápidamente. Y, como el enorme monumento con sus 35 metros de altura, pronto también se vendría abajo.

En mi primera visita a Sofía, el monumento me llamó la atención porque era realmente feo y estaba abandonado en medio de una plaza céntrica llena de vida. Era un agujero negro cercado por una malla metálica, cubierto de grafitis y latas de cerveza. Originalmente había sido concebido como una estructura partida, con tres prismas de diferentes alturas que simbolizaban escalones: el glorioso pasado por debajo, el confiable presente en medio y el prometedor futuro por encima. Fue el futuro el primero en desplomarse, la parte superior de la estructura.

Volví muchas veces a ese rincón olvidado y oscuro que los locales veían con desdén, como si se tratase de una vergonzante mancha en el rostro de su ciudad capital. No sólo me resultaba fascinante la fealdad de un monumento que siempre parecía a punto de colapsar sino también el completo desinterés que todos mostraban por él. A mediados de

2017 el gobierno decidió dismantelar lo que quedaba de la obra. Hoy ya no hay nada ni del lejano pasado, ni de aquel presente de los primeros años 80 y mucho menos del colapsado futuro que prometía Zhivkov.

El extinto monumento a los 1300 años de Bulgaria que se ve en la portada de este libro es una metáfora tan obvia como adecuada de las transiciones en la Europa Oriental poscomunista. Allí donde nadie parece saber cómo lidiar con el pasado reciente comienza el eterno debate entre la nostalgia, el olvido y el aprendizaje ¿Qué hacer con los restos de lo que fuimos? ¿Qué hacer con lo que nos forzaron a ser?

Muy lejos de Sofía, en la puerta principal del imponente templo comunista de las montañas búlgaras conocido como Buzludzha alguien escribió en inglés «Olvida tu Pasado». No tardó demasiado en aparecer una segunda persona que tan sólo agregó una palabra para cambiar el sentido. Hoy se lee «Nunca Olvides tu Pasado». Al oeste de la frontera, en alguna república de la ex Yugoslavia han sido destruidos muchos escudos de aquel país que implosionó durante la más cruenta guerra que Europa haya visto desde la caída del nazismo. Mientras que los artistas lituanos dan a luz a una república ficticia tan sólo para marcar un nuevo rumbo que los aleje lo más posible del pasado soviético, en Bielorrusia se sigue flameando la bandera roja con su hoz y martillo. En Alemania nadie sabe bien qué hacer con los megalómanos edificios construidos por Adolf Hitler, y en Albania se levantan monumentos a presidentes estadounidenses como forma de dar vuelta la página del líder comunista Enver Hoxha. El enclave ruso de Kaliningrado que cubre su pasado alemán modificando nombres y edificios, el lago balcánico en el que se ocultaron muertos que aún no aparecen, el ex héroe polaco que hoy es villano, el pequeño poblado de Marc Chagall que ya no existe, el olvidado cementerio judío al sur de Serbia, o los parques temáticos nacionalistas construidos sobre los cadáveres del supuesto enemigo. Muchas, diversas y muy curiosas formas de lidiar con las enseñanzas de tiempos más o menos oscuros.

Sigmund Freud escribió alguna vez que se repite para no recordar y se recuerda para no repetir. Lo que fuimos está en todos lados y lidiar con ello es una tarea difícil pero es también una responsabilidad. Es un trabajo diario que corresponde a la sociedad toda, no sólo para que no sean otros los que nos cuenten nuestra propia historia sino también para que no nos arrastren al precipicio de los mismos errores. Para que no se nos venga abajo el futuro ni nos creamos obligados a desmantelar el pasado.

Esta serie de artículos incluye líneas de relativa atemporalidad, historias que podrían leerse en cualquier momento y lugar sin mayores inconvenientes. Pero también hay notas sumamente actuales que ayudan a entender en dónde estamos parados y cómo llegamos aquí, cómo en Alemania la extrema derecha ha vuelto al Parlamento por primera vez desde 1945 mientras que en Bulgaria el viejo Partido Comunista está a cargo de la presidencia, o por qué en Ucrania han resurgido los conflictos interétnicos y Donald Trump es tan aclamado en Polonia.

He recorrido extensamente Europa y Asia a fin de entender las transiciones políticas del poscomunismo y narrar las vivencias diarias de quienes han atravesado todo tipo de conflictos para llegar al hoy. Este libro es fruto de ese largo viaje. Corresponde agradecer a quienes me han abierto puertas en este periodo, entre ellos Leonardo Mindez, Luis Faraoni, Pedro Brieger, Telma Luzzani, Agustina Ordoqui y Gabriel Salvia. También a Juan Martín Scaliter y a Milja Petrović, por su constante e incondicional apoyo; a mi familia, que me ha seguido a la distancia y ha sabido tolerar unas cuantas de las locuras que no se narran en estas páginas; y a las cientos de personas maravillosas con las que me he cruzado, que me han contado sus historias, con las que he discutido, con las que hemos compartido algún trago y que me han ayudado a lidiar con innumerables dificultades. A todos ellos y a todas ellas, mis infinitas gracias.

Ignacio E. Hutin

CASTELAR, 24 DE ENERO 2018

Índice

Serbia / Kosovo

1. La odisea tras las huellas del cementerio judío más olvidado de Europa 9
2. El hotel de Leskovac 16
3. Postales de la decadente Kragujevac, antigua gloria industrial de la ex Yugoslavia 19
4. Las protestas y un político antisistema quiebran el clima en Serbia 25
5. Mitrovica, la ciudad de Kosovo que recrea el Muro de Berlín 28
6. Trepca: la increíble disputa por la herencia de un club partido en dos por la guerra de Kosovo 32
7. Viaje al truculento lago de Perućac, donde los turistas nadan sobre los cadáveres 38
8. Las polémicas «Disneylandias» del nacionalismo serbio que Emir Kusturica creó en los Balcanes 41

Bosnia Herzegovina

9. Mostar, la ciudad que sobrevivió al infierno y muestra sus heridas al mundo 45
10. Medjugorje: santuario católico o trampa para turistas en los Balcanes 50

Albania

11. *I love USA*: el país europeo que exhibe en todos lados su devoción por Estados Unidos 54

Macedonia

12. Macedonia y su loca búsqueda de una identidad nacional, a horas de albergar la final Real Madrid-Manchester United 59
13. La mezquita donde ya nadie reza 66

Bulgaria

- 14. Viaje al OVNI de Buzludzha, el monumento comunista congelado en las montañas de Bulgaria 69
- 15. Bulgaria, el peón en el ajedrez de la Unión Europea 77

Polonia

- 16. La calurosa bienvenida de Polonia al amigo americano 80
- 17. Lech Wałęsa, en la mira: de la gloria de Gdansk a los abucheos de Varsovia 84

Alemania

- 18. Cómo se reciclan y envejecen los edificios nazis de Núremberg, la ciudad favorita de Adolf Hitler 90
- 19. La nueva cara del racismo y la xenofobia en Alemania 97

Rusia

- 20. Visita a Kaliningrado, la insólita ciudad rusa que está a 600 kilómetros de Rusia 101

Lituania

- 21. Cumple 20 años la República de Užupis, un país delirante para todos menos para sus habitantes 107

Bielorrusia

- 22. Preso por turista: una oscura odisea en Bielorrusia, el último resabio soviético en Europa 111
- 23. Un extraño paseo por Vitebsk en busca de los esquivos rastros de la aldea de Marc Chagall 119

Ucrania / Donbass

- | | |
|---|-----|
| 24. Visita clandestina a la extraña mansión del ex presidente de Ucrania | 126 |
| 25. El este de Ucrania: rutas militarizadas, monumentos amputados y ciudades que intentan revivir | 132 |
| 26. La vida dada vuelta tras la fachada de tranquilidad en la naciente república separatista de Donetsk | 139 |
| 27. La guerra de Ucrania: la vida bajo tierra de 16 personas en un antiguo bunker soviético | 145 |
| 28. El último guerrero de la resistencia separatista en Ucrania | 152 |

Más al este

- | | |
|--|-----|
| 29. Comienza la lucha con la Unión Europea por los países del Este | 156 |
| 30. Turkmenistán, un reino plebeyo en medio de Asia | 159 |
| 31. Transnistria, donde la Unión Soviética aún vive | 162 |
| 32. Nagorno Karabaj, la guerra permanente | 165 |
| 33. Abjasia, dos veces independiente | 169 |
| 34. Osetia del Sur, el choque entre etnias | 173 |
| 35. Nicaragua, Venezuela y Osetia del Sur | 176 |

1 | La odisea tras las huellas del cementerio judío más olvidado de Europa

A DIFERENCIA DE LOS CRISTIANOS, LOS JUDÍOS NO COLOCAN FLORES EN LAS tumbas de sus seres queridos sino piedras pequeñas a modo de ofrenda y respeto a la memoria, y es que las piedras no se marchitan, ni se secan: las piedras son, de alguna forma, eternas, como lo es para el judaísmo el alma humana. Y la historia.

«Camino a la aldea en donde vive mi abuela hay un viejo cementerio judío pero nunca lo he visitado», me dijo una tal Milja Petrović, estudiante de español con la que me encontré para conversar una tarde de primavera camino a la antigua fortaleza otomana de Niš. Fue lo primero que supe de aquel lugar: que quedaba camino a Medoševac. Pronto descubriría también que ese cementerio está abandonado, que ya casi no hay judíos en Niš, que muchos murieron durante la Segunda Guerra Mundial y otros se radicaron en Israel luego de la creación del estado en 1948. Pero lo más importante que aprendí en aquellos días de mayo fue que el acceso al cementerio no es tan sencillo. Al menos para los vivos.

A unos 250 kilómetros hacia el sur de Belgrado, Niš es la tercera ciudad más grande de Serbia y un cruce de caminos que ha cambiado de manos tantas veces que resulta complejo enumerarlos; pero cada civilización ha dejado un rastro imborrable: desde los romanos a los otomanos, desde los bizantinos a los búlgaros y tantos otros han construido murallas, monumentos, plazas, palacios, cementerios. Es así que las murallas de la fortaleza hoy circundan un parque con tantos

juegos para niños como piezas arqueológicas, y la ciudad se constituye como parada casi obligada para cualquiera que atraviese la península balcánica de norte a sur o de este a oeste. Es de hecho un destino relativamente turístico, sobre todo en verano, cuando locales y foráneos se juntan a beber cerveza en las orillas del río Nišava. Hay cuatro oficinas de información turística en Niš, y en tres de ellas desconocían la existencia del viejo cementerio judío.

«En 1965 la ciudad prohibió en forma oficial los entierros en el cementerio pero no hacía ninguna falta: ya desde fines de la Guerra estaba en desuso»

Hoy sobreviven apenas treinta judíos en Niš, pero la comunidad local solía ser mucho más grande, de alrededor de mil personas, hasta el establecimiento del campo de concentración nazi Crveni Krst en 1941, uno de los primeros en la región y por el que pasaron cerca de 35 mil personas entre judíos, nacionalistas serbios y gitanos. La única sinagoga que sobrevive fue inaugurada en 1925 y para el final de la guerra, con una comunidad seriamente diezmada, quedó abandonada hasta finalmente ser vendida al Museo Nacional Serbio en 1970, aunque aún hoy conserva la fisonomía original, inscripciones hebreas y una estrella de David sobre el portal. Lo mismo sucedió con aquel viejo cementerio que quizás date de fines del siglo XVII o tal vez de principios del XVIII, pero que de seguro fue establecido pocos años después de 1695, cuando fehacientemente se terminó el primer templo de la comunidad en Niš.

En 1965 la ciudad prohibió en forma oficial los entierros en el cementerio pero no hacía ninguna falta: ya desde fines de la Guerra estaba en desuso. Y fue entonces que los caminos de judíos y gitanos volvieron a cruzarse como lo habían hecho en Crveni Krst. Una familia romaní construyó una casa en el espacio ocioso, donde a nadie le importaría, y esa familia fue seguida por otras. Y otras. Y otras. Las nuevas viviendas avanzaron sobre una buena porción del espacio del cementerio y pronto las lápidas se convirtieron en paredes, en puertas,

en mesas, en sillas, en parte del intrincado laberinto de angostos pasillos que es el barrio gitano.

Nunca conocí a Jasna Ćirić. Sé muchas cosas de ella pero jamás la he visto. Sé que tiene 60 años, sé que es soltera, sé que fue enfermera, que hoy está retirada y que es la Presidente de la Comunidad Judía de Niš. Fue la primera persona a la que busqué para conocer la historia del cementerio pero sus respuestas por correo electrónico fueron vagas, evasivas y finalmente agresivas. Tras aquellos primeros intercambios, Ćirić no sólo no sería de ayuda sino que se convertiría en un insólito e inexplicable obstáculo. Decidí que si quería visitar el lugar debía hacerlo por mi cuenta y para ello debía conocer primero la ubicación.

Como sabía que era junto al barrio gitano, hacia Medoševac y en algún punto entre la avenida Ivana Milutinovica y el río, caminé por la orilla hasta ver las primeras casuchas de chapa. Era junio y el calor, espantoso. Un grupo de niños corría cerca de un bote de basura en el que eran incinerados quién sabe qué tipo de residuos; tres o cuatro hombres reparaban un oxidado coche Yugo, considerado uno de los peores de la historia, del cual los yugoslavos solían afirmar que para doblar su valor alcanzaba con llenarle el tanque de gasolina. Ninguno de ellos sabía nada del cementerio.

Unos doscientos metros más adelante, en el punto en donde las calles de tierra se angostan y pasan a ser simples pasillos, una mujer mayor, obesa y un poco sorda me respondió en un serbio con extraña pronunciación que aquí, aquí está el cementerio. Y su respuesta no cambió cuando insistí: ¿en dónde? Un hombre vendía helados bajo el rabioso sol entre callejones sin salida, chatarra, mujeres desdentadas fumaban y reían, un gallo escapaba del polvo que levantó un carro a su paso. Como si Chagall se hubiese estrellado en Serbia en pleno verano. El intrincado laberinto me encerraba en una calurosa tarde de sábado en la que decenas de personas me indicaban una u otra dirección sin mayores certezas. Entre casuchas y callejuelas ningún camino parecía

conducir a destino, cada nueva dirección chocaba en una pared. Necesitaba a un guía.

Conocí a Taky unos días más tarde cuando se me acercó al verme inocultablemente extranjero camino al cementerio. Era un joven gitano de dieciocho años que vivía en el barrio, su inglés era perfecto y había viajado mucho en los últimos años, de Dubai a París. Era un privilegiado entre los suyos, nada le faltaba y le gustaba presumir. Hacía algunos meses había guiado a un colega hacia la frontera del barrio, allí donde las construcciones terminan y comienza el espacio aún intacto del viejo cementerio, el que se supone está protegido por ley desde 2007.

Aunque un muro imposibilita el cruce de un lado al otro, desde algunas de las casas puede echarse un vistazo al terreno cubierto de maleza, con lápidas claras que se levantan desde el olvido, y Taky me ofrecía esa posibilidad: una ventana desde lo alto. Me advirtió que el barrio era peligroso, que si volvía mi vida correría peligro y, de guiarme, la suya también; dijo que ese riesgo tenía un precio y me pidió una buena suma para afrontarlo. Por un vistazo no valía la pena. Taky no sería una alternativa.

Cerca de un tercio del viejo cementerio se ha convertido en parte del barrio gitano, en otra porción se han construido galpones, el estacionamiento de un restaurant y una gran tienda china, mientras que la sección restante permanece abandonada. Del lado del restaurant también se ha levantado en los últimos años un desalineado muro sin revoque de casi cuatro metros de altura con una puerta de chapa que constituye el único acceso a la necrópolis. La puerta está bloqueada por una vieja cerradura rota y un candado cuya llave está en posesión de algún alguien. La compañía de limpieza local Medijana no la tiene. Uroš Parlić, director de la Organización de Turismo de Niš que trabaja en la cuarta oficina de información, tiene llave de esa vieja cerradura rota pero desconocía la existencia del candado. Jasna Ćirić quizás, pero nunca prestó ayuda.

En 2004, parte de la Comunidad Judía, un grupo de gitanos y soldados serbios se unieron y durante seis semanas limpiaron el cementerio, quitaron malezas, instalaron cloacas para que el agua residual del barrio no terminara en las tumbas, se ocuparon de cerca de cien toneladas de desperdicios y colocaron señales turísticas que aún indican el trayecto al cementerio esperando la probable llegada de visitantes que nunca llegaron. En los últimos doce años no se han realizado más trabajos, quizás por falta de fondos, quizás por falta de interés. La maleza ha vuelto a crecer y a cubrir las lápidas. La puerta sigue bloqueada y la información, vedada. Nadie parece interesarse en este lugar, el más antiguo testimonio de los primeros judíos que llegaron al sur de Serbia.

«Pocas horas antes había descubierto que la llave de Uroš Parlić era inútil y que un tal Miroslav, gerente zonal de Medijana, no tenía acceso al cementerio»

Habían pasado casi dos meses desde aquella tarde de primavera camino a la antigua fortaleza otomana en que una tal Milja Petrović me comentara la existencia de un cementerio judío cuando decidí volver a las intrincadas callejuelas del barrio gitano. El olor a basura infestaba los poros en el que quizás fuera el día más caluroso de aquel verano balcánico. Pocas horas antes había descubierto que la llave de Uroš Parlić era inútil y que un tal Miroslav, gerente zonal de Medijana, no tenía acceso al cementerio. Se agotaban las alternativas. Srdjan e Igor eran dos mellizos gitanos, por entonces de vacaciones en Alemania y Montenegro respectivamente, que presidían algún tipo de organización comunitaria. Su padre no sabía absolutamente nada de ningún acceso ni de posibles nuevos acuerdos o trabajos de acondicionamiento. Muchos vecinos me refirieron a los mellizos para encontrar cualquier respuesta que lograra desatar el extraño y misterioso nudo que mantiene alejado a quien quiera inmiscuirse en la historia del judaísmo balcánico. No había forma. Nadie conocía, nadie sabía, a nadie le importaba.

La misión parecía simplemente imposible. El viejo cementerio lucía tan extinto y vano como los perdidos rastros de una historia jamás contada. Las pequeñas piedras a modo de ofrenda y respeto a la memoria debían de estar marchitas por tanto desprecio.

Mientras me alejaba por las calles de tierra comenzaron a caer las primeras gotas pesadas de una pasajera lluvia de verano. Pensé entonces que debía buscar algo más, quizás pudiera saltar ese desalineado muro sin revoque de casi cuatro metros de altura, quizás pudiera conseguir una soga, una escalera, algo. Para cuando me encontré una vez más frente a la puerta bloqueada la lluvia ya había cesado y el sol volvía a golpear con fuerza cuando se acercó un hombre bajo, de pelo muy corto y cigarrillo en la boca. Me dijo que no tenía una escalera tan alta, que creía que era Ćirić quien tenía la llave, que hacía mucho tiempo que no la veía andando por allí, que de hecho nadie iba por allí. También dijo que quizás alguien más tuviera la llave. Me pidió que esperara y se tomó sus buenos quince minutos en volver con un manajo de muchísimas, demasiadas llaves de tantas formas y colores como fueran imaginables: no sabía qué puertas o cofres pudieran abrir.

Una tras otra las fuimos probando con creciente desazón ante cada fallo. Y entonces. Una. El candado desistió y la puerta se volvió franqueable. Allí estaban las malezas, las lápidas claras elevándose desde el abandono, la historia tan eterna como las pequeñas piedras. Antes de dar el primer paso, miré al sorprendido hombre de pelo muy corto y le abracé con fuerza.

Publicado en *Infobae*, 29 de enero de 2017



| Tumba judía en medio de un barrio gitano.

2 | El hotel de Leskovac

EL OLOR DE LA CARNE ASADA SE MEZCLA CON EL DEL RIACHO SUCIO Y hediondo que atraviesa el centro de Leskovac; debería resultar pintoresco, pero no. Quizás en otra época del año no sea tan horrible, quizás en primavera, seguramente no a fines del verano. Y es que cada septiembre la ciudad organiza un gigantesco festival llamado Roštiljijada que reúne a decenas de miles de personas prontas a comer la supuesta mejor carne de Serbia, la ciudad se bloquea por cinco días y se cocinan hamburguesas que superan los cincuenta kilos y el metro y medio de diámetro. En la pequeña Leskovac los sesenta mil locales viven entonces jornadas de éxtasis que ayudan a olvidar y dejar atrás los bombardeos que desolaron la zona durante la Segunda Guerra Mundial y nuevamente cincuenta y cinco años más tarde, cuando la OTAN atacó la Yugoslavia de Slobodan Milošević durante la guerra de Kosovo. En la ciudad de la carne no sólo el carbón calienta la tierra.

Menos las gruesas hamburguesas asándose lenta y ruidosamente, crepitando la grasa y chorreando humo, menos la carne allí todo es pasado. Es pasado el extraño monumento dedicado a los muertos en manos del nazismo, construcción bicóncava de 12 metros de alto rematada por una corona que vigila el centro de Leskovac desde la colina Hisar. Es pasado la industria textil que hizo de esta zona una pequeña Manchester y colapsó junto con el socialismo yugoslavo y la guerra en los 90s; es pasado la bonanza económica y los flamantes coches Yugo en cada esquina; y es pasado el Hotel Beograd.

Lo veo desde lejos, las ventanas tapiadas y la letra T en el cartel que anunciaba el servicio ofrecido casi desmoronándose. Tiene dos entradas, sobre la de la derecha aún se lee *ресторан*, o Restaurant, en cirílico; sobre la de la izquierda, *хотел*: hotel. Me acerco a esta última. Está bloqueada por un tablón de madera que cede apenas me apoyo. Entro. El hall con sus inmensos ventanales está sucio, hay trozos de vidrio, tazas, algunas botellas de cerveza, muchos colchones. Avanzando unos metros se accede al restaurant, un espacio amplio, espejado, con balcones y una cabina superior que –asumo– utilizó alguna vez alguien que pasaba música. La cocina parece un hospital, blanca, muy blanca.

«También ventanales rotos y vidrios en el piso, cartas, libros, colchones, cigarrillos, más cerveza, alguna paloma viva, alguna paloma muerta»

Desde allí un pasillo conduce al acceso de vehículos de carga, y una escalera de servicio baja a un sótano oscuro y maloliente que no me animo a atravesar sin linternas. Pero la escalera también sube hacia las habitaciones. Son cinco pisos, cuatro de los cuales son exactamente iguales: largos pasillos, una escalera de servicio en un extremo, una escalera principal en el medio frente a un único ascensor, quizás unas treinta habitaciones por piso, quizás algunas más, casi todas bastante pequeñas, algunas demasiado pequeñas, casi celdas; en los extremos hay pequeños departamentos con baños más grandes y dos o tres habitaciones conectadas. Todas las habitaciones tienen teléfonos setentosos, en muchas todavía hay camas o sillones, aunque en el tercer piso encuentro pilas enormes de plumas. También ventanales rotos y vidrios en el piso, cartas, libros, colchones, cigarrillos, más cerveza, alguna paloma viva, alguna paloma muerta.

El quinto piso es distinto, no tiene ventanas laterales sino en el techo, todo es de madera, lo que le da un aspecto de cómodo ático, cálido en una noche de invierno balcánico. También hay un salón con paredes y techo de madera que imaginé ocupado por grandes sillones y gente importante (o figurada) bebiendo y fumando en medio de una

irrelevante conversación. Imaginé whisky aunque los balcánicos no acostumbran beberlo. En el piolín de una persiana americana alguna vez se enredó un ave: ahora cuelga en medio de la habitación cual si fuera Stjepan Filipović, aquel partisano que gritara «muerte al fascismo, libertad al pueblo» segundos antes de morir en la horca en 1942.

Pienso en el pasado, en Yugoslavia y cómo la guerra terminó con todo, con los Filipović, con las fábricas, con los grandes hoteles. Al bajar la escalera me detengo para tomar algunas fotos y para mofarme de los fantasmas que ya siquiera bailan en ese salón espejado, con grandes ventanales; símbolo de lo que no volverá a ser.

Publicado en Revista *Dínamo*, 22 de agosto de 2016

3 | Postales de la decadente Kragujevac, antigua gloria industrial de la ex Yugoslavia

A KATARINA NO LE GUSTA EL ALCOHOL, Y ESO NO RESULTARÍA LLAMATIVO si no fuera porque está bebiendo su cuarto vaso de cerveza. Es que la cerveza es para ella una excepción, la bebe como si fuera agua y ni siquiera la considera bebida alcohólica. Con la mano que tiene libre le alcanza un plato a Danilo, su marido, que suspira y asiente a modo de agradecimiento. Él está flaco, muy flaco. Los 43 años le pesan como si fueran 70. Pero el tiempo que lleva desempleado no le quita el brillo de los ojos saltones ni esa sonrisa que por momentos queda suspendida en un aire melancólico. Lo despidieron hace casi dos años, trabajaba como ingeniero en las afueras de Kragujevac, y dice que aún lo llaman para pedirle consejo porque él sabe mucho más que cualquiera. Por eso también cree que no le costará encontrar trabajo. Aunque ya van casi dos años.

Kragujevac se encuentra cerca del centro geográfico de Serbia y sus 180 mil habitantes la convierten en la cuarta ciudad más grande del país. Alguna vez fue capital nacional y en tiempos de socialismo yugoslavo se consolidó como poderoso centro industrial a fuerza de producción automotriz y armamentística. Pero hoy es poco más que los vestigios de guerras, bombardeos y colapso económico; es el mejor paradigma de lo que ya no existe. Y Danilo no es el único desempleado.

Todo era futuro cuando la gran corte del príncipe Miloš Obrenović y su prole hacía de esta ciudad la envidia de tantas otras. Kragujevac contaba para mediados del siglo XIX con la primera imprenta del país,

el primer colegio secundario y hasta el primer parlamento nacional, donde fue proclamada la primera Constitución en 1835. El más perdurable vestigio de aquel período de gloria es la bandera. No, no la bandera tricolor de Serbia ni su águila bicéfala. Zastava significa «bandera» en serbio y desde su fundación en 1853 se convirtió en la nave insignia de la industria nacional. Entonces era tan sólo una pequeña fábrica de cañones y rifles, pero pronto comenzó también a producir camiones.

Pasada la Segunda Guerra Mundial, Fiat aportó asistencia para que Zastava fabricara los primeros coches yugoslavos y en 1981 nació la joya de la corona: un auto minúsculo y de precio tan bajo que

por entonces se comentaba que para doblarlo alcanzaba con llenarle el tanque de combustible. Se llamó Yugo 45 y fue el primero de una serie de modelos que invadieron los mercados de Europa oriental y de algunos países de occidente. No era un vehículo fuerte, lindo o cómodo, ni siquiera confiable, pero los pequeños y cuadraditos Yugo

hasta lograron cruzar el Atlántico y se vendieron en Estados Unidos. En esos días eran decenas de miles los trabajadores que entraban todas las mañanas a los enormes galpones en Kragujevac y por las calles de la ciudad sonaban máquinas y las aceras olían a hierro. Los novísimos neumáticos marcaban el camino de un desarrollo apenas soñable en el que a nadie le faltaban los dinares en el bolsillo. Y el canto de los motores era como de canción de cuna para los oídos locales.

Pero el sueño no duró. Hoy muchos de los enormes galpones están vacíos. La luz que se filtra por los ventanales rotos ilumina escombros y a una agresiva perra que cuida de sus cachorros. Ladra y el sonido choca contra las paredes cubiertas de grafitis. Telarañas envuelven viejas columnas de madera. Parte del techo ha colapsado, algunos muros también. Las palomas rebotan entre las vigas, y sólo algunas respiran. Botellas de cerveza por doquier son los restos de alguna fiesta

**«Pero el sueño no duró.
Hoy muchos de los
enormes galpones están
vacíos. La luz que se filtra
por los ventanales rotos
ilumina escombros ...»**



Parque Šumarice, Kragujevac.
Aquí el ejército nazi asesinó a cerca de 3000 hombres y niños en 1941.

a la que no todos fueron invitados. Alguna vez estos amplios espacios albergaron a más de cuarenta mil trabajadores, pero ahora sólo albergan a algunos canes, ratas e insectos. Todavía quedan las marcas negras de las cenizas y el humo. No hay puertas, no hay vigilancia, no hay protección, no hay nada más que años de abandono y el olor de algo putrefacto. El olor de la guerra.

Los tempranos años 90s trajeron consigo la caída de Yugoslavia y la guerra entre las repúblicas que la conformaban. Tanta muerte y destrucción hicieron caer estrepitosamente las ventas de vehículos, y el resto lo lograron las sanciones comerciales impuestas por la comunidad internacional. Entre 1992 y 1995 los pequeños Yugo no pudieron exportarse. Pero el final de la guerra fue

casi el comienzo de una nueva, porque en 1998 comenzó el conflicto en Kosovo y al año siguiente todo el país fue bombardeado por la OTAN, incluyendo la fábrica en Kragujevac.

No sólo buscaban proteger sus vidas y las de sus familiares, también buscaban proteger su fuente de trabajo. Zastava era el pan de Kragujevac.

Las plantas de Zastava Automóviles y Zastava Armas, por entonces parte del mismo conglomerado industrial, fueron seriamente afectadas durante los bombardeos del 9 y 12 de abril de 1999. Luego del primer ataque los trabajadores lanzaron un comunicado explicando que muchos civiles se habían refugiado en la fábrica creyendo que allí estarían más seguros que en sus casas. No fue así. No sólo buscaban proteger sus vidas y las de sus familiares, también buscaban proteger su fuente de trabajo. Zastava era el pan de Kragujevac. El comunicado hablaba de cientos de civiles heridos, de destrucción, de la ciudad entera sin energía eléctrica, de caos y miedo. Pero eso no alcanzó para evitar un segundo ataque. Luego no quedaron más que hierros retorcidos, cenizas, humo y demasiadas personas en la calle: casi cien mil personas directa o indirectamente relacionadas con Zastava se habían quedado sin trabajo. «Había humo y un olor horrible en todo la ciudad. Pero

el problema más grande no fue la destrucción material de la planta», recuerda Danilo, «el problema es que nos quitaron el mercado con sanciones comerciales. Y cuando Kragujevac comenzaba a levantarse nos golpeó la crisis económica mundial». La otrora capital industrial de los Balcanes llegó a rozar el 40 % de desempleo. Hoy ronda el 30 por ciento.

Nueve años después de las sirenas y las bombas, el Estado serbio vendió dos tercios de las acciones de Zastava Automóviles a Fiat y los nuevos coches volvieron a salir de la fábrica en Kragujevac. Dušan es un arquitecto que terminó el colegio por esos días de 2008 en que el futuro prometía un buen empleo en las plantas industriales para jóvenes como él. «Al principio, los primeros dos años,

la fábrica funcionó bien, la gente estaba relativamente satisfecha. Pero hoy ya no es así», cuenta. La nueva empresa no cumplió con las enormes expectativas que había despertado y la modernización de los procesos productivos significó que

«'Nuestro país invirtió mucho en la fábrica y a cambio tan sólo obtuvo mayor desempleo'»

los trabajadores contratados serían muchos menos. A eso se le sumó la crisis económica en toda la región, especialmente en la cercana Grecia. Dušan forma parte de una generación que vio las nuevas inversiones en Zastava con una esperanza rápidamente desintegrada: «Nuestro país invirtió mucho en la fábrica y a cambio tan sólo obtuvo mayor desempleo. Hay mucha corrupción y sólo te contratan si tienes contactos o si formas parte del partido gobernante. Por eso muchos jóvenes se están yendo de Kragujevac en busca de mejores condiciones de vida».

Danilo no es tan joven y no se va. Acaba de salir de una entrevista de trabajo en Zastava Armas, está satisfecho y cree que esta será finalmente su oportunidad. Sonríe, se ve optimista, camina a paso firme y seguro sin prestar mayor atención a los galpones tan mugrientos y ruinosos. No mira hacia atrás, no piensa en el humo, el fuego o el abandono. No piensa en las botellas de cerveza por doquier que son

restos de alguna fiesta a la que no todos fueron invitados. Pero piensa en cerveza. Piensa que a Katarina seguro le gustará que compre una de camino a casa. Esta noche habrá un buen motivo para brindar.

Publicado en *Infobae*, 26 de febrero de 2017

4 | Las protestas y un político antisistema quiebran el clima en Serbia

LAS CASI CUATRO SEMANAS QUE PASARON DESDE LAS ELECCIONES presidenciales en Serbia aún no lograron apaciguar las aguas en el país balcánico. Desde principios de abril cada día se llevan adelante protestas en las principales ciudades en contra del Primer Ministro Aleksandar Vučić, que en los comicios superó el 55 %, le sacó casi 40 puntos porcentuales al segundo y el 31 de mayo abandonará su cargo para pasar a ser Presidente. Su nueva posición es casi netamente ceremonial pero puede torcerle el rumbo al gobierno si el que la ejerce es suficientemente hábil o ambicioso, como efectivamente lo es el nacionalista Vučić. Mientras él afianza su poder, miles de personas desde las calles hablan de «dictadura».

A escasas horas del triunfo oficialista, cinco mil personas frente al Parlamento Nacional en Belgrado cortaron la avenida bajo la consigna «Vučić Gotov Je» (Vučić, estás acabado). También hubo entonces convocatorias frente a la sede de la Comisión Estatal Electoral y en la central Plaza de la República. Pronto las marchas se esparcieron por todo el país y desde entonces no se han detenido. Más allá de la retórica antisistema y de las pancartas que comparan a Vučić con Adolf Hitler, estas convocatorias incluyen una serie de reclamos concretos relativos a la libertad de prensa, leyes laborales, descentralización del gobierno y una seria reestructuración del sistema político y de las elecciones.

Oficialmente no hay líderes ni organizadores, pero hay un nombre que parece haber nucleado a buena parte de los que hoy se manifiestan

aún antes de las elecciones. Se hace llamar Beli y es un joven de apenas 25 años que quedó en tercer puesto con casi el 10 % de los votos.

En las elecciones parlamentarias del 2016, el comediante y estudiante de comunicación Luka Maksimović fundó el partido No Probas-te el Sarma (SPN), que pretendía mofarse del sistema político serbio y de las propuestas absurdas de candidatos que se autoproclaman «serios». Así nació su personaje más famoso: Ljubiša Preletačević, un enorme y complejo chiste que ha puesto en jaque al sistema político de

«Beli fue percibido por la juventud serbia como un poco de aire fresco, algo nuevo, distinto, un gran chiste que es también voto bronca»

un país en donde raramente votan más del 60 % de los ciudadanos. El apellido del ficticio personaje deviene de la palabra serbia *preletač*, que refiere a un político que cambia de partido constantemente según le convenga, y su apodo, «Beli», que significa blanco, refiere irónicamente a su pureza y honestidad. Usa enormes joyas, viste un traje completamente blanco, zapatos blancos, corbata

blanca, y se pasea en un caballo, por supuesto, blanco. En sus fotos oficiales se lo exhibe de la forma más ridículamente mesiánica posible.

Durante la campaña para las elecciones presidenciales del domingo 2 de abril, el equipo de SPN fue sumamente activo en redes sociales, especialmente publicando numerosos videos en YouTube. Pero Beli también viajó por todo el país con su megáfono, anunciando que crearía nuevas colinas para las zonas llanas («porque acá no se puede usar un trineo») y llevaría el mar a Serbia («porque necesitamos nuevas playas»). Declaraba desvergonzadamente que durante su mandato no habría más corrupción que la suya y que haría más promesas que nadie, tres veces más promesas que cualquier otro candidato.

Beli apareció casi de la nada, no tenía contacto alguno con la política y apenas si nació como una sátira. Pero su popularidad creció exponencialmente en el último año, especialmente entre los más jóvenes, y en las elecciones superó a candidatos con trayectorias importantes,

entre ellos Vuk Jeremić, ex Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas; al líder de la oposición Vojislav Šešelj; o Aleksandar Popović, que presidió los ministerios de Minería y Energía y de Ciencia y Protección Ambiental. Las principales ciudades serbias se cubrieron de pintadas que claman «¡Ave Beli!», como si fuera un César, el salvador que todos esperaban.

Claro que nadie realmente espera que Maksimović (y su personaje Preletačević) cambie el rumbo del país, pero sin dudas se trata de un fuerte mensaje político. En un mundo en el que candidatos que se dicen serios hacen promesas cada vez más vanas, Beli fue percibido por la juventud serbia como un poco de aire fresco, algo nuevo, distinto, un gran chiste que es también voto bronca. Mezcla de protesta, reclamo e insulto. El casi 10 % que obtuvo el ficticio personaje es un voto antisistema, pero también de demanda y llamada de atención ante el cada vez más poderoso partido gobernante y la cada vez más fragmentada y debilitada oposición.

Con el triunfo oficialista consumado, Beli cedió su espacio a los manifestantes que hoy toman las calles con reclamos que ya no tienen nada de ironía o sátira. Los que ahora levantan pancartas fueron los jóvenes que votaron a un candidato abiertamente ridículo y absurdo, tan sólo como una forma de equipararlo a otros políticos. Muchos votaron por primera vez y quizás alguno vuelva hacerlo en las próximas elecciones parlamentarias. Puede que incluso el chiste de Beli haya sido el principio de un cambio concreto para Serbia, el acceso de una nueva generación al debate político, el necesario recambio en una nación que ha padecido guerras y bombardeos en las últimas décadas.

De alguna forma, Beli ya ganó.

Publicado en *Tiempo Argentino*, 25 de abril de 2017

5 | Mitrovica, la ciudad de Kosovo que recrea el Muro de Berlín

EL RÍO IBAR FLUYE DENSO Y OSCURO EN KOSOVO, TAN ESPESO QUE PARECE solidificarse y convertirse en ladrillos de un muro. El agua se vuelve infranqueable al atravesar Mitrovica, la Berlín de la Guerra Fría en su versión balcánica, tan dividida como aquella ciudad en la que alguna vez existiera otro famoso muro. Sólo que en este caso los ladrillos son un tanto menos literales.

A unos 40 kilómetros hacia el noroeste de Pristina, la capital kosovar, en Mitrovica vive la mayor comunidad de etnia serbia de Kosovo. Son casi veinte mil y se ubican al norte del Ibar, mientras que la zona sur de la ciudad es netamente albanesa, con cerca de setenta mil habitantes. Cruzar el río es como atravesar una frontera, cambiar de idioma, canjear mezquitas por iglesias ortodoxas, euros por dinares, banderas rojinegras por el tricolor eslavo. Pero sobre todo, es cambiar de la tranquila rutina albano kosovar a la tensión de los rezagados serbios que permanecen allí convencidos de que esta tierra es suya.

En el centro de las ciudades que son una y son dos se levanta un puente que, curiosamente, no conecta sino que divide a ambas poblaciones. Desde el final de la guerra en 1999 hay allí apostados soldados extranjeros, casi todos eslovenos o italianos. Y cámaras, muchas cámaras que debieran prevenir los enfrentamientos que se han dado en numerosas ocasiones en el puente. Desde entonces y hasta 2014 un enorme montículo de tierra bloqueaba el paso vehicular, pero fue

reemplazado por algo llamado «Parque de la Paz»: unas pocas macetas de concreto que tenían por único objetivo limitar el cruce a peatones.

Hoy ya no quedan macetas. En agosto se llegó a un acuerdo auspiciado por la Unión Europea para liberar el puente y dentro de quince días deberían estar terminadas las obras. Pero esta reconstituida conexión no satisface a todos. Milorad Petrović vende velas en la iglesia ortodoxa serbia de San Demetrio y para él este es un triunfo albanés: «Les estamos cediendo cada vez más poder y más territorio a unos extranjeros y a un gobierno que no existe». Siguiendo esa línea, el mes

pasado los serbios comenzaron con la construcción de un muro de dos metros de altura junto al río. La excusa era la protección en caso de crecida de las aguas. Ni el gobierno kosovar ni los representantes de la Unión Europea creyeron esa excusa y rápidamente condenaron la medida. Para muchos albaneses este muro representa un límite al optimismo generado por la reapertura del puente.

«La guerra de Kosovo, entre 1998 y 1999, fue el desenlace de años de tensión entre las poblaciones étnicamente serbias y albanesas de la zona»

El estudiante de 23 años Genti Behramaj cree que no habrá reconciliación posible hasta que no cambie la mentalidad a ambos lados del río. «Y eso lo lograremos algún día los vecinos locales, no los políticos, no la Unión Europea», agrega.

Finalmente, el 29 de diciembre, el Parlamento aprobó la demolición del muro. Si se cumplen los plazos, enero terminará con el puente habilitado y sin muros en una versión a escala del Berlín de 1989.

La guerra de Kosovo, entre 1998 y 1999, fue el desenlace de años de tensión entre las poblaciones étnicamente serbias y albanesas de la zona, en el marco de una Yugoslavia que ya había perdido a cuatro de sus originales seis repúblicas. Finalizado el conflicto los albaneses se concentraron en el sur y los serbios, derrotados, se refugiaron en el norte y en otras pocas regiones que aún permanecen como pequeños enclaves rodeados de idioma, cultura y política albanesa. Hoy Kosovo

está cerca de cumplir nueve años de independencia formal, pese a que cerca de la mitad de los miembros de las Naciones Unidas (Argentina incluida) lo reconoce como parte integral de Serbia. Y Serbia se aferra al territorio que los nacionalistas señalan como corazón histórico y cultural del país.

«Kosovo es Serbia», rezan numerosos graffitis en las paredes al norte de Mitrovica. Hay una inocultable tensión en el aire. Allí el gobierno de Belgrado no puede mantener ningún tipo de control porque, les guste o no, Kosovo tiene su propia policía, aunque los eslavos no la reconozcan. Tampoco es raro que los serbios no paguen impuestos y servicios, o que manejen autos sin patente. Incluso en el pasado han llamado abiertamente a boicotear elecciones e instituciones locales. Pero esta semana por primera vez jueces y fiscales serbios se integrarán al sistema judicial kosovar. En la tierra donde reinaba el odio interétnico ha comenzado el deshielo: quizás ayude a que el Ibar vuelva a fluir con normalidad.

LOS MUERTOS, LOS ÚNICOS EN EL LADO EQUIVOCADO

Tras la Guerra de Kosovo entre 1998 y 1999, que provocó alrededor de 10 mil víctimas civiles, más de 3000 desaparecidos y 850 mil refugiados, los únicos que quedaron del lado equivocado fueron los muertos. Hasta 1999 el principal cementerio serbio de Mitrovica estaba al sur del río Ibar, en la zona predominantemente albanesa, mientras que al norte aún hoy se ubica el mayor cementerio albanés de la ciudad, rodeado de habitantes serbios. Desde el final del conflicto no ha habido entierros en el sur, pero cientos de personas tienen la oportunidad de visitar tumbas hasta cuatro veces al año durante Zadušnice, la festividad cristiana ortodoxa en la que se honra a los muertos. Siempre deben hacerlo escoltados por policía extranjera porque han habido numerosos ataques. Casi todas las lápidas han sido destruidas o vandalizadas, la pequeña capilla ha sido incendiada y han robado

las rejas que rodeaban al predio. Mientras que la Misión de Naciones Unidas en Kosovo (UNMIK) realiza tareas de protección y conservación del cementerio serbio desde 2015, al otro lado del río ninguna lápida albanesa ha sufrido daños y los entierros aún continúan.

Publicado en *Tiempo Argentino*, 7 de enero de 2017

6 | Trepca: la increíble disputa por la herencia de un club partido en dos por la guerra de Kosovo

EN LA CALLE, EL SOL TIBIO DE ESTE TARDÍO INVIERNO BALCÁNICO ILUMINA suavemente los rostros. Los vecinos caminan de un negocio a otro preparándose para el almuerzo dominical que de seguro será con la ventana abierta para disfrutar de este viento sorpresivamente cálido. Pero adentro de la oficina está oscuro. Hay apenas una ventana pequeña que filtra gajos de luz solar. A veces se abre la puerta y el sol se escurre invasivo, como un intruso, un enemigo. La frágil lámpara que cuelga del techo ilumina precariamente a las decenas de recuerdos que tapizan casi por completo las paredes: jugadores de fútbol en blanco y negro cruzan sus brazos y sus miradas esquivan a la cámara, tribunas repletas pero descoloridas, once deportistas en el campo de juego y montañas de fondo, banderines de distintos tamaños, formas y colores. Sobre un viejo radiador hay muchas copas, algunas medallas, todas evidentemente nuevas. Al fondo del salón, debajo de la pequeña ventana, una pizarra en donde alguien dibujó un esquema de la formación para el próximo encuentro. Y en el medio del descolor, como un recuerdo más, aparece Petar Milosavljević, con sus casi 77 años. Se levanta y un muchacho joven lo ayuda a atravesar la habitación para buscar un papel, un bolígrafo y tomarse un buen rato en apuntar algunas palabras. Cuando finalmente termina dice «vamos». Que esta tarde hay partido.

Como casi todo en la semi reconocida República de Kosovo, la ciudad tiene dos nombres. Kosovska Mitrovica, para los serbios,

y Mitrovicë, para los albaneses, es el mejor paradigma de la división étnica que provocó innumerables conflictos y choques a partir de fines de los años 80, y especialmente durante la guerra entre 1998 y 1999. Los serbios aún reclaman a este territorio como parte integral de su país, pese a que el 17 de febrero se cumplió el noveno aniversario de la declaración de independencia de Kosovo.

Antes de la guerra, Mitrovica era una ciudad yugoslava con una fuerte industria basada en las minas de Trepca, donde trabajaban codo a codo serbios y albaneses, como lo habían hecho durante siglos, cuando la convivencia no era problemática y las diferencias eran tan sólo

una cuestión anecdótica. En 1932 se fundó el club de fútbol local y tomó el nombre de las minas y los colores negro y verde del escudo de la ciudad. El multiétnico Trepca tenía jugadores albaneses, serbios, croatas y bosnios, y alcanzó la gloria en los años 70 cuando logró jugar por apenas una temporada en la primera división de la liga yugoslava y llegó a la final de la Copa Nacional de 1978. Pero las guerras terminaron con todo, especialmente con aquella etapa de convivencia pacífica.

«El cauce del río los separa pero más los alejan las diferencias étnicas, culturales, económicas, las reglas, los símbolos y el idioma»

En medio de la ciudad fluye el río Ibar que desde la guerra se ha convertido en una frontera casi infranqueable. Al norte viven unos 20 mil serbios cristianos, al sur unos 70 mil albaneses musulmanes. El cauce del río los separa pero más los alejan las diferencias étnicas, culturales, económicas, las reglas, los símbolos y el idioma. En el medio hay un puente en reparación que permaneció cerrado demasiado tiempo y este mes volverá a permitir el paso de vehículos, siempre y cuando alguien decida cruzarlo. Desde el final de la guerra, son muy pocos los que lo hacen.

Los jugadores albaneses pararon la pelota en medio de un clima de tensiones étnicas y políticas, y renunciaron al equipo en 1991. Para

1999 el club, como todo lo que existió alguna vez en Mitrovica, estaba partido en dos. En el sur se asentó el albanés KF Trepça, mientras que al norte quedó el serbio FK Trepča, ambos con los mismos colores y casi idénticos escudos. Desde entonces los clubes se autoproclaman legítimos herederos del primer Trepca, aquel que en su nombre combinaba la letra č serbia con la albanesa ç como símbolo de convivencia pacífica, y llevan adelante una interminable contienda por apropiarse de los logros deportivos del extinto club original. La UEFA ha decidido no involucrarse en la disputa.

Petar Milosavljević es Secretario del FK Trepča y trabaja en el club desde hace 68 años. Vivió el ascenso y la caída del equipo en primera

persona, atesora los años dorados tanto a nivel deportivo como a nivel social, cuando la idea de un conflicto era descabellada, y no le interesan las divisiones porque en su vida el deporte lo es todo. «Después de 1998, para nosotros se acabó el fútbol», dice con voz pastosa y suave de anciano cansado, y recuerda aquel 5 de mayo que marcó el final: «Teníamos que jugar un partido en Krin,

«... de esa gloria no queda nada: los trofeos, las copas y las medallas fueron robados durante la guerra. La historia de aquel club multiétnico ha desaparecido»

cerca de Peć, pero nos advirtieron que no fuéramos porque había disparos en las calles. Yo quise corroborarlo porque creí que nos estaban engañando para que no nos presentáramos y perdiéramos el partido 3-0. Llamé a la policía y me dijeron «no vengas». A partir de ese día no se jugó más al fútbol».

Del lado sur, predominantemente albanés, y a escasos pasos del río Ibar se levanta un extenso barrio gitano con muchas casas prefabricadas, todas iguales. Una nueva avenida lo atraviesa y termina cerca de unos montículos de tierra frente a las tribunas del Estadio Olímpico Adem Jashari. Es el recinto deportivo más grande de Kosovo, tiene oficialmente capacidad para algo menos de 20 mil espectadores y fue renovado en 2014, cuando la selección nacional empató 0-0 con Haití.

Ese fue el primer amistoso en la historia de Kosovo en ser reconocido por la FIFA. Originalmente se llamaba estadio Trepca, como las minas, como el club de la ciudad unificada, y alguna vez albergó a 45 mil espectadores. Pero entonces llegaron las tensiones que eventualmente se transformaron en guerra, y entre 1998 y 1999 el estadio quedó abandonado.

Pasado el conflicto los albaneses regresaron a la zona sur de la ciudad y la pelota volvió a rodar. Pero no fue tan sencillo. Primero los propios jugadores debieron arreglar el olvidado campo de juego, que para entonces estaba cubierto de malezas y abandono. Luego le cambiaron el nombre para honrar a Adem Jashari, uno de los líderes del Ejército de Liberación de Kosovo (UÇK), considerado terrorista por el gobierno serbio y cuya muerte en marzo de 1998 fue el puntapié inicial de la guerra. Hoy el Klubi Futbollistik Trepça juega en la primera división kosovar y considera este escenario su hogar, el refugio del club que se pretende único y legítimo heredero de la gloria deportiva de Mitrovica. Pero de esa gloria no queda nada: los trofeos, las copas y las medallas fueron robados durante la guerra. La historia de aquel club multiétnico ha desaparecido.

Muy cerca del estadio, hay una cancha de pasto sintético en donde entrenan los jugadores albaneses. Está rodeada por un cerco metálico oxidado y que en algunos tramos parece estar a punto de desplomarse. Los jóvenes deportistas corren de un lado al otro del campo de juego y tan sólo se detienen al ver una cámara de fotos. Uno de ellos aprovecha la oportunidad para dejar de lado la pelota y lanzar una consigna política: reclama por la libertad de Ramush Haradinaj, ex Primer Ministro de Kosovo y miembro de UÇK, detenido en Francia en enero. Para Belgrado, es un criminal de guerra. Para los jóvenes jugadores albaneses, es mucho más importante que el fútbol.

Los serbios nunca volvieron al ex estadio Trepca. Del lado sur hay dos campos de fútbol pero en el norte no hay ninguno simplemente



| Petar Milosavljević, Secretario del FK Trepça.

porque no hay espacio para construirlo. Es por eso que cada partido y cada entrenamiento significan una peregrinación a pie de poco más de 6 km hasta la vecina aldea de Žitkovac, en donde una pequeña y única tribuna suele recibir a un puñado de aficionados. Nunca aparecen muchos dispuestos a realizar el sacrificio de acercarse a la cancha.

El destierro físico del equipo serbio vino acompañado de la decadencia deportiva y hoy milita en la Liga del Morava, una competencia regional que forma parte de la cuarta división de Serbia. El enorme pasado resulta cada vez más borroso al norte de la ciudad. Al otro lado del casi infranqueable río Ibar la historia es distinta porque el club albanés tiene más ingresos, mejor infraestructura, partidos en la primera división de Kosovo y viajes más breves para disputar encuentros fuera de casa. El odio y el rencor parecen ser los únicos puntos en común entre las dos orillas, y el sueño del club nuevamente unificado es tan utópico como disparatado. Incluso un partido amistoso entre ambos equipos es considerado de altísimo riesgo por las autoridades locales, y en las numerosas reuniones los dirigentes no han alcanzado ningún acuerdo.

Milosavljević descarta ese odio y rencor que para él no es más que una cuestión política. Dice que en el deporte no hay religión, que el deporte tan sólo divide a las personas con comportamiento humano de las personas con comportamiento inhumano. Sueña. «Di toda mi vida por este equipo y voy a hacer todo lo que pueda por él hasta que muera», dice y se le iluminan los ojos que parecían apagados por el cansancio y los años de lucha. Se le iluminan tanto que los descoloridos recuerdos en las paredes ahora parecen un poco más brillantes. O quizás sea obra de la luz del sol que se escurre cuando alguien abre la puerta y llama al viejo Petar para que suba al autobús. Es domingo y hoy, pese a todo, se juega al fútbol.

Publicado en *Infobae*, 12 de marzo de 2017

7 | Viaje al truculento lago de Perućac, donde los turistas nadan sobre los cadáveres

LOS LOCALES DEBEN SER CREATIVOS A LA HORA DE LIDIAR CON EL CALUROSO verano balcánico en un país que se quedó sin mar hace casi once años, cuando Montenegro decidió que no quería ser Serbia, y Serbia tuvo que conformarse con sus propios lagos y ríos. Así que ahí están los serbios en traje de baño, cientos de hombres y mujeres que descansan junto al lago Perućac, a casi 200 kilómetros al sudoeste de la capital, Belgrado. En la otra orilla se llega a ver el minarete blanco de una mezquita rodeado de árboles: eso es Bosnia Herzegovina, donde la población es mayoritariamente musulmana. De este lado hay toallas y sandalias. En el medio, en el fondo del lago, hay cadáveres.

El occidente serbio es un cúmulo de montañas y bosques surcados por rutas que descienden abruptamente hasta el río Drina. Nenad avanza por allí con su pequeño coche Yugo rojo cortando curvas y contracurvas camino a su natal Bajina Bašta, la ciudad que le dio nombre a una enorme presa hidroeléctrica. La construyó el gobierno yugoslavo en 1966, cuando no había frontera entre Serbia y Bosnia porque eran el mismo país. Entonces se formó el lago Perućac, donde hoy se bañan los locales. «Este fin de semana va a haber mucha gente por la regata», dice Nenad agarrando firmemente el volante. Él es estudiante de teología cristiana ortodoxa y no le gusta nada la idea de cientos de personas emborrachándose sobre gomones arrastrados por el Drina. «Pero viene mucha gente y eso siempre es bueno para los negocios», admite.

Hay quince interminables kilómetros de campings, hoteles y turistas desde Bajina Bašta, la ciudad más grande de la zona, hasta el lago. Todos parecen despreocupados mientras avanzan con sus sillas plegables y heladeritas. La guerra se ve demasiado lejana, sin dudas mucho más lejana que la mezquita blanca de la otra orilla. Pero está ahí. Bajo la tranquila superficie está la tensión que desencadenó conflictos étnicos y masacres. Y a veces, como los gomones de la regata, flota.

Entre 1998 y 1999 la guerra de Kosovo enfrentó a serbios y albanokosovares, y provocó alrededor de diez mil víctimas civiles. Muchas de estas muertes intentaron ocultarse haciendo desaparecer a

los cuerpos. Todo comenzó con los restos de entre 50 y 60 albaneses que fueron arrojados en el lago Perućac dentro de un camión frigorífico en abril de 1999, y apenas tardaron dos días en salir a la superficie. La policía serbia inmediatamente recuperó los cadáveres y los enterró cerca de la orilla, en fosas comunes que serían descubiertas en 2001. Se encontraron entonces los restos de 48

«'La gente no vendría a bañarse si aún hubiera cadáveres. Ya los sacaron, ya limpiaron el lago', dice. Sonríe. Y acá no ha pasado nada».

personas, casi todas vestidas con ropas civiles, y algunas partes del vehículo. Ese mismo año, mientras comenzaban los juicios contra el ex presidente Slobodan Milošević por crímenes de guerra en la Corte Internacional de Justicia, fueron hallados otros nueve camiones frigoríficos con cuerpos en distintos rincones de Serbia.

Marija se seca el pelo y discute con sus amigos cómo volver al camping en Bajina Bašta. Tiene 25 años y carga una enorme mochila en la espalda. «La gente no vendría a bañarse si aún hubiera cadáveres. Ya los sacaron, ya limpiaron el lago», dice. Sonríe. Y acá no ha pasado nada. Le son irrelevantes los hasta dos mil cuerpos que se estiman aún envueltos en barro bajo las aguas. Fue Amor Mašović, director de la Comisión Federal Bosnia de Personas Desaparecidas, quien sugirió ese número en 2010 y describió al lago Perućac como una de las mayores

fosas comunes de Europa. En julio de ese año una serie de obras de mantenimiento y limpieza de la represa obligaron a drenar el lago.

Mientras las aguas bajaban comenzaron a aparecer los muertos.

Esta vez no había camiones pero la idea había sido la misma: que el agua ocultara la verdad. Los cadáveres provenían de ciudades río arriba y habían sido arrastrados por el Drina en 1992, cuando comenzaba la guerra de Bosnia. Durante el conflicto, miles de musulmanes fueron asesinados en un intento de limpieza étnica por parte del ejército serbio, y entre mil y tres mil murieron en la masacre de Višegrad, a pocos kilómetros de Peručac. Otros cientos, en distintos pueblos a lo largo del valle del Drina. Tras más de dos meses de trabajo, las autoridades serbias decidieron que era tiempo de poner la represa nuevamente en funcionamiento y dieron por terminada una búsqueda que nunca se reanudó. En ese período se encontraron 396 restos y fueron identificados 162: 160 bosnios, 2 serbios; 40 mujeres; 36 mayores de 60 y 10 niños, uno de ellos de 3 años.

En verano, los bares flotantes están repletos en Peručac, hay pescadores en la orilla y pequeños barquitos recorriendo el lago. A falta de arena, muchas personas descansan en las amplias plataformas de madera sobre el agua; allí unos agujeros permiten que los niños se bañen como si fuera una pileta. Los que no están en el agua sudan y piden otra cerveza. Pero en lugar de tomar cerveza, Nenad recomienda pasar por Mramorje, a apenas dos kilómetros del lago. Es una de las treinta necrópolis medievales de la zona que fueron inscritas como Patrimonio de la Humanidad en 2016. Las casi doscientas lápidas blancas de piedra caliza son enormes y pesadas, como si se hubieran hecho para vencer al tiempo y al olvido. Parece que en Peručac algunos muertos son más importantes que otros.

Publicado en *Infobae*, 22 de enero de 2017

8 | Las polémicas «Disneylandias» del nacionalismo serbio que Emir Kusturica creó en los Balcanes

DIEGO MARADONA VESTÍA UNA CAMISETA CON LA CARA DEL POR ENTONCES presidente estadounidense George Bush y la inscripción «criminal de guerra». El ex jugador de fútbol estaba envuelto en una bandera argentina mientras intentaba avanzar por los pasillos de un abarrotado tren camino a Mar del Plata. Los días de la Cumbre de las Américas en 2005 lo verían junto al venezolano Hugo Chávez encabezando actos y protestas. Filmando la escena, detrás y a veces también frente a las cámaras, estaba un muy buen amigo suyo que había llegado desde el otro lado del Atlántico para hacer un documental cuyo rodaje se extendería por casi tres años. Era el mismo que alguna vez describió a Fidel Castro como su «padre ideológico» y aún llena estadios en toda América Latina cuando toca con su No Smoking Orchestra. Porque Emir Kusturica es más que un director de cine, más que un músico: es también un personaje sumamente contradictorio. Y sus dos ciudades temáticas en los Balcanes lo dejan en claro.

Hay ciertos sitios en los que pareciera que el tiempo se hubiese detenido, como si nada hubiera cambiado, como si las guerras que asolaron a los Balcanes y causaron demasiadas muertes simplemente fueran parte de una horrenda y lejana pesadilla. Eso es el oeste de Serbia. Así es la zona de Mokra Gora, las Montañas Mojadas. Allí los turistas se bajan de un antiguo trencito y trepan por la colina hasta alcanzar el pueblo que imita a una aldea tradicional serbia, con una iglesia y casas pequeñas, todas completamente de madera. De hecho el lugar se llama Drvengrad: la ciudad de madera, una ciudad en la que nadie

vive porque allí todo es mentira. Kusturica construyó la aldea para su película *La Vida es un Milagro* (2004) y, una vez finalizado el rodaje, la abrió al público. Por entonces explicaba que él había perdido Sarajevo, su ciudad natal, durante la guerra de los años 90 y sentía la necesidad de construir una nueva. Pero Sarajevo no está perdida: sigue allí como capital de Bosnia Herzegovina y sigue siendo, pese a las inevitables cicatrices, una ciudad muy bonita. Drvengrad no puede reemplazarla.

Pese a la retórica anticapitalista de su creador, como en cualquier parque temático de atracciones hay que pagar para entrar al pueblito.

«En la 'cárcel de la ciudad' se ven los rostros de Bush y del ex Secretario General de la OTAN Javier Solana detrás de barrotes y bajo la leyenda 'humanismo y renacimiento'».

Es sábado y las callejuelas están repletas de cámaras de fotos que disparan incesantes flashes bajo el tibio sol. Hay restaurantes, tiendas de recuerdos y artesanías, un lujoso hotel con spa, canchas de tenis y turistas, muchos turistas que deambulan lentamente, compran, comen, fuman, beben. Por momentos la escenografía confunde, como si el pueblito fuese realmente tan antiguo como tradicional, encantador y romántico, un enclave de fantasía en medio de los Balcanes. Pero no. Detrás de todo hay un mensaje político.

Kusturica construyó en Mokra Gora una oda a la gente que admira, por eso los nombres de las calles y plazas homenajean a directores como Federico Fellini o Ingmar Bergman, pero también al tenista serbio Novak Djokovic, a Ernesto Che Guevara y, claro, a Diego Maradona. En la «cárcel de la ciudad» se ven los rostros de Bush y del ex Secretario General de la OTAN Javier Solana detrás de barrotes y bajo la leyenda «humanismo y renacimiento». Fue en 1999, durante el mandato de Solana, que la Alianza Atlántica bombardeó la región de las actuales Serbia y Montenegro en el marco de la Guerra de Kosovo.

La pequeña iglesia cristiana ortodoxa que corona el complejo de Drvengrad aporta un componente local nacionalista y choca contra

los orígenes musulmanes del director nacido en Bosnia y convertido al cristianismo en 2005. El nombre Emir es evidentemente islámico. A nadie parece importarle, quizás porque el pueblito, con sus tiendas y cafés, podrá ser artificial pero eso no le quita lo afable y pintoresco. Y la vista al montañoso paisaje que lo rodea impresiona.

El anfiteatro junto a la iglesia lleva el nombre de Gavrilo Princip, el joven nacionalista que asesinó al archiduque austrohúngaro Francisco Fernando en 1914 dando el puntapié inicial a la Primera Guerra Mundial. Para Kusturica, es un héroe y su nacionalismo debe ser reivindicado. Por eso el director celebró el centenario de aquel asesinato redoblando la apuesta que había hecho en Drvengrad: en 2014 inauguró su segunda ciudad.

Si Drvengrad es la Ciudad de Madera, Kamengrad es la Ciudad de Piedra. Se encuentra a unos 28 kilómetros al oeste de la primera, en Bosnia Herzegovina pero en un territorio en donde la mayoría de la población es serbia. Como un barrio más, forma parte de Višegrad, la ciudad en donde nació el premio nobel de literatura Ivo Andrić y uno de los lugares que más sufrieron los intentos de limpieza étnica contra musulmanes por parte del ejército serbio durante los tempranos 90. En el sitio en que el racismo significó guerra y muerte, Kusturica consideró adecuado construir una ciudad que pretende glorificar a la etnia serbia. Allí Andrić tiene su monumento como también lo tienen otras figuras que el cineasta entiende relevantes para el nacionalismo serbio, entre ellas el inventor Nikola Tesla y el príncipe y líder religioso Pedro II. Un enorme mural junto a la sala de cine homenajea a Gavrilo Princip.

El barrio luce como una aldea medieval, como una ciudadela amurallada o como un castillo de piedra con torres y amplios portales. Hay un cine y bares, un centro cultural, muchas tiendas. Todo se ve prolijamente falso, una artificial escenografía muy bien plantada, un set de filmación, y sorprendentemente limpio comparado con el resto de

Višegrad. En los numerosos bares, locales y visitantes por igual beben cerveza despreocupadamente, mientras de fondo se escucha el susurro del río Drina. Hace poco más de dos décadas por allí bajaron flotando cadáveres, muchos de los cuales nunca fueron encontrados o reconocidos.

Višegrad solía ser una ciudad multiétnica surcada por un río y con un puente que simbolizaba la unión entre cristianos y musulmanes. La obra más importante de Andrić relata la historia de este puente y de la gente que lo ha atravesado durante siglos. Pero hoy esa historia queda en segundo plano y la parafernalia del barrio ideado por Kusturica se lleva todos los flashes. Curiosamente Kamengrad también es conocida con el nombre de Andrićgrad, en honor al escritor, hijo pródigo de la ciudad. Como en Drvengrad, el punto más importante es la iglesia ortodoxa serbia que se constituye como símbolo nacionalista, no religioso, una forma de diferenciar y separar: exactamente lo opuesto a aquel puente que es Patrimonio de la Humanidad y está ubicado a apenas quinientos metros de distancia. Pareciera que para el director serbio cristiano, nacido bosnio musulmán, no hay contradicción en pregonar desde sus ciudades de mentira el nacionalismo y la discriminación mientras homenaja a alguien que escribió sobre la unión de dos pueblos.

Quizás la próxima vez que viaje a Mar del Plata Maradona deba lucir una camiseta con el rostro de Kusturica.

Publicado en *Infobae*, 7 de mayo de 2017

9 | Mostar, la ciudad que sobrevivió al infierno y muestra sus heridas al mundo

LOS AÑOS EN BOSNIA HERZEGOVINA DEBERÍAN CONTARSE AG Y DG: Antes y Después de la Guerra. *AG* Mostar era una ciudad multiétnica, con bosnios musulmanes y croatas católicos mayoritariamente, pero también con algunos serbios cristianos ortodoxos. Todos ellos convivían bajo la misma bandera y la misma estrella roja de la Yugoslavia socialista.

Tener el mismo pasaporte significaba ser un mismo pueblo, una misma ciudad con culturas hermanas en donde las diferencias religiosas o lingüísticas no eran más que una simple curiosidad. Los niños entonces compartían aulas, los dos equipos de fútbol locales utilizaban el mismo estadio y el río Neretva no era más que un bonito cauce que atravesaba las montañas hasta llegar al mar Adriático. *DG* todo es distinto.

Ahora transcurre el año 22 *DG* y turistas de todos los rincones recorren las estrechas callejuelas del barrio antiguo. Esquivan numerosos puestos de recuerdos, tiendas, pequeños restaurants con menús en inglés e italiano y precios en euros, y se dirigen al epicentro de todas las miradas. El viejo puente dibuja un arco de 29 metros de largo y a veces el reflejo en el agua lo convierte en un círculo completo.

Pese a su belleza, no resulta particularmente conveniente de cruzar. Tiene escalones resbaladizos que ascienden hasta el pináculo central y luego descienden abruptamente incomodando a los turistas mayores que arrastran consigo casi tantas cámaras como protector solar. Para atravesar el estrecho pasaje hay que armarse de paciencia y

avanzar lentamente en fila, detenerse a sacar fotos y disfrutar del paisaje. No hay alternativa.

Es un sitio muy popular, quizás el más popular de todo el país. Y es tan importante que hasta la ciudad le debe su nombre: en muchos idiomas eslavos *most* significa «puente». Los turistas no se alejan demasiado de esa zona, pocos ven las casas aún destruidas, las ruinas, el edificio abandonado de un banco donde se apostaron francotiradores durante la guerra. Ninguno nota la herencia del conflicto o las diferencias entre los dos lados del río.

«Fueron justamente los otomanos quienes construyeron el puente sin mayores pretensiones que las de cruzar el río. No advirtieron que su obra se convertiría en símbolo»

Mostar está al oeste de Bosnia Herzegovina, en una región muy calurosa y seca que suele recibir con alivio el refrescante viento del Adriático. El mar se encuentra a apenas 60 kilómetros y la frontera con Croacia, a unos 40. No es casualidad entonces que la cultura croata sea tan importante en esta zona. De los cien mil habitantes de la ciudad, los croatas representan cerca del 50 % de la población, mientras que los musulmanes son

algo menos del 45 %. Pero esta división no solía ser un problema, especialmente considerando que durante siglos ambos pueblos formaban parte del mismo país, ya fuera Yugoslavia, o los Imperios Austrohúngaro u Otomano. Fueron justamente los otomanos quienes construyeron el puente sin mayores pretensiones que las de cruzar el río. No advirtieron que su obra se convertiría en símbolo.

Halid es musulmán y bosnio, o mejor dicho bosniaco. Tiene 45 años y una panza redonda que evidencia muchas noches de risas con cerveza. A él, como a todos en su ciudad, la guerra le cambió la vida. En aquella primavera de 1992, mientras Yugoslavia se desmoronaba y nuevas naciones declaraban su independencia, descubrió rápidamente que muchos de sus vecinos eran ahora sus enemigos, que ser bosniaco

era un crimen y que incluso su nombre, evidentemente islámico, podría traerle problemas.

Una oscura y fresca noche de mayo golpearon a su puerta. Allí había un joven soldado croata que llegaba con la orden de detenerlo, pero decidió no hacerlo. Halid había sido su compañero de escuela y el joven no tuvo la sangre fría para entregarlo. Al otro día el hombre que hoy bebe cerveza distraídamente huyó a Suecia, en donde pasaría la siguiente década.

No todos los musulmanes tuvieron la misma suerte y no todos los croatas tuvieron el mismo corazón. Bosnia Herzegovina es el país que más sufrió la guerra en los Balcanes en los tempranos años 90, no sólo porque era la república más pobre de Yugoslavia, sino también porque había quedado en medio de los dos ejércitos más fuertes de la región. Serbia atacó desde el este y, a los pocos meses, Croacia desde el oeste: Bosnia debía ser dividida. La guerra trajo consigo los 1400 días de sitio en Sarajevo, las masacres en Srebrenica o Višegrad, los asesinatos de niños, las violaciones masivas, el genocidio.

Muchos, como Halid, huyeron del país. Algunos nunca volvieron. Otros tantos murieron por tener un apellido «equivocado», una familia «equivocada» o un pie del lado «equivocado» de esa extraña frontera que no terminaba de definirse. Para cuando terminó la guerra en 1995 habían muerto al menos cien mil personas. Más del 80 % de los civiles asesinados eran bosníacos.

El viejo puente no es viejo. En 1993 las fuerzas croatas tiraron abajo el puente medieval de Mostar destruyendo el símbolo de una unión histórica, de una hermandad que parecía perenne. La antigua construcción había sobrevolado el Neretva por casi 430 años, y sus restos tardaron apenas segundos en estrellarse pesadamente contra las aguas del río. En la montaña desde donde dispararon al puente, los croatas levantaron entonces una enorme cruz como si marcaran

territorio, como si dijeran que esta tierra es de los cristianos y de nadie más. Recién en 2004 numerosas organizaciones, la UNESCO entre ellas, ayudaron a reconstruir el puente y la respuesta local fue unánime: harían que este durara más que el anterior.

Y el puente sigue ahí, con todos sus turistas y cámaras. Pero hoy el río es una frontera que separa etnias y potencia rencores. Al oeste viven los croatas católicos, con su propio equipo de fútbol, su propio estadio, su universidad donde se estudia en su idioma, sus hospitales, sus negocios, sus escuelas, sus iglesias, su propio estilo de vida y sus banderas con cuadros rojos y blancos.

**«Formalmente
Bosnia Herzegovina
está en paz desde hace
casi 22 años, pero la
guerra no ha terminado.
En Mostar, está a la
vuelta de la esquina»**

En la orilla oriental la ciudad es distinta, las instituciones son otras, al igual que el lenguaje, la religión y los símbolos. También cambian servicios básicos como el postal, las empresas eléctricas o los teléfonos. Quizás porque la ciudad está gobernada por un partido croata, el lado occidental es notablemente más rico, tiene shoppings y edificios de varios pisos, las calles están más limpias y hay mayor movimiento comercial. La división étnica complica tanto el día a día que Mostar no ha tenido elecciones locales desde 2008. Los niños ya no comparten aula y hoy vivir del lado equivocado es un error casi tan grande como formar una familia mixta.

Formalmente Bosnia Herzegovina está en paz desde hace casi 22 años, pero la guerra no ha terminado. En Mostar, está a la vuelta de la esquina. Está en todos lados, en cada edificio, en cada casa, en cada orificio que dejaron las balas en las paredes, en cada persona. La guerra está ahí, en las tensiones y en el río que une y divide, que es frontera entre dos culturas del mismo pueblo.

A veces los enfrentamientos se vuelven concretos, tangibles, físicos, sobre todo cuando juegan los dos equipos locales. Otras veces

se impone una curiosa tranquilidad, como si el Neretva no fuera más que un río. Entonces los locales cruzan de un lado al otro, hablan, ríen como si nada hubiera cambiado y levantan la vista hacia las montañas, en donde alguna vez alguien decidió responder a esa enorme cruz que marca esta tierra como exclusivamente cristiana. Allí unas piedras blancas dibujan la frase «Bosnia Herzegovina, te amamos». Y a eso no hay con qué darle.

Publicado en *Infobae*, 12 de febrero de 2017

10 | Medjugorje: santuario católico o trampa para turistas en los Balcanes

HAY MONTAÑAS A UN LADO Y AL OTRO DE LA RUTA, Y EL VIENTO DESDE el cercano Adriático no logra apaciguar el calor que sofoca, el sol que golpea intensamente. El autobús avanza esquivando los pozos de una carretera que ha conocido tiempos mejores. Dentro del vehículo hay un grupo de cuarentaytantos italianos. La mayoría ha pasado la barrera de los 60 años, y, entre entusiasmados e indiferentes, miran el árido paisaje a través de las ventanillas. El rabioso aire acondicionado ayuda. Cuando por fin el autobús se detiene, los hombres y mujeres se untan pantalla solar, colocan lentes de sol, infaltable sombrero o gorra, y se aprestan a enfrentar al clima junto a miles de aliados: casi al unísono se han detenido en el mismo lugar decenas de autobuses, todos cargados de pasajeros de similares características. Y muévanse pronto que ya llegan aún más turistas al pueblo bosnio de Medjugorje. Y seguirán llegando a lo largo de todo el día. Intervención divina mediante.

No es una postal famosa de Europa pero Medjugorje es un lugar sorprendentemente turístico en Bosnia Herzegovina. Hasta 1981 esta pequeña aldea rodeada de montañas no era más que un conjunto de casitas, plantaciones de tabaco y viñedos. Pero el 24 de junio el destino de este lugar cambió para siempre. Ese día, seis niños de entre 10 y 16 años declararon haber presenciado la aparición de una figura femenina luminosa, blanquecina, que levitaba sobre una pequeña nube y les invitaba en silencio a acercársele. Llevaba un bebé en sus brazos.

Los supuestos encuentros entre la Virgen María y los seis niños se repitieron diariamente durante años en diversos rincones de la ciudad, y lentamente Medjugorje ganó popularidad como destino de peregrinaje católico. La iglesia principal sumó desde entonces un altar exterior para cinco mil personas, una nueva capilla, fuentes y monumentos; mientras que en la llamada «Colina de las Apariciones» se instaló una cruz de madera y una estatua de unos dos metros de altura de la Virgen. Pero el cambio más radical no sucedió en los sitios de peregrinaje sino en todo lo que los rodea.

Los productos son siempre los mismos, los infladísimos precios también, y a nadie le importa porque los recuerdos también son parte del viaje, incluso tal vez una de las más importantes.

Más de un millón y medio de personas al año visitan Medjugorje, por lo que se han construido numerosos hoteles, spas, restaurantes, tiendas: todo lo que el turista pueda necesitar. La ciudad suma constantemente nuevos edificios y los precios son mucho más altos que el promedio del resto de Bosnia Herzegovina. De hecho, hoy en día las inversiones son tan redituables que la pequeña ciudad se constituye como uno de los rincones más caros de los Balcanes. Y todo esto rodeado de colinas áridas y pastizales secos. Como las luces de Las Vegas en medio del desierto.

Para el mediodía las calles están abarrotadas, no sólo de gente sino también de objetos, de souvenirs, estatuillas, santos, vírgenes, cruces, cuadros, rosarios, estampitas y todo tipo de disparatados recuerdos con imágenes eclesíásticas o evangélicas. Las tiendas exhiben su mercadería sobre las veredas y los turistas compran, compran, compran. Los productos son siempre los mismos, los infladísimos precios también, y a nadie le importa porque los recuerdos también son parte del viaje, incluso tal vez una de las más importantes. Pero hay una tienda en particular que es diferente a todas las demás: la de Vicka Ivanković.

Quizás no sea adecuado llamarle «tienda» pese a que allí se venden libros, recuerdos y se aceptan donaciones. Es en realidad la casa de Vicka, la mayor de los seis que afirmaron haberse topado con la Virgen en 1981. Tenía entonces 16 años. Hoy con 52 está casada, tiene dos hijas y dice que aún es visitada todos los días por María, de quien recibe consejos, advertencias e historias. Ivanković luego comparte algunas de sus experiencias con visitantes que, por supuesto, creen que los encuentros efectivamente suceden, que lo que cuenta la visionaria es incuestionablemente real. Palabra santa.

«El Vaticano por ahora no aprueba y el obispo local, Ratko Perić, va más allá: niega rotundamente el supuesto milagro»

Pero no todos creen en estas historias. El Vaticano ha cuestionado desde 1981 las supuestas apariciones y no aprueba la organización oficial de peregrinajes a Medjugorje. En 1991 la Conferencia Episcopal Yugoslava descartó que se tratase de un fenómeno sobrenatural y recién 19 años después la Santa Sede tomó cartas en el asunto. Se estableció entonces una comisión para analizar el caso que trabajó hasta principios de 2014, pero aún no ha habido una decisión final. Los resultados de la investigación proponen diferenciar las primeras apariciones, en los tempranos años 80, de las que aún ocurren.

En el avión de regreso a Roma tras su reciente visita a Portugal, el Papa Francisco explicó a la prensa que el informe llama a seguir investigando la autenticidad de las primeras apariciones en Medjugorje pero plantea ciertas dudas sobre las actuales. Luego opinó al respecto, distanciándose de aquella comisión investigadora: «Yo, personalmente soy más malo. Prefiero a la Virgen Madre, nuestra madre, y no a la Virgen jefa de una oficina de correos que todos los días envía un mensaje a tal hora... Esta no es la madre de Jesús. Y estas presuntas apariciones no tienen tanto valor. Esto lo digo como opinión personal».

Más allá de lo que opine el Sumo Pontífice, cada año son más los turistas que visitan Medjugorje con la esperanza de acercarse, quizás

compartir palabras, quizás recibir bendiciones, de parte de alguno de aquellos seis hoy adultos cuya vida cambió en 1981. El Vaticano por ahora no aprueba y el obispo local, Ratko Perić, va más allá: niega rotundamente el supuesto milagro y afirma a viva voz que las apariciones no son reales, que las contradicciones de los niños en los años 80 son muy evidentes.

Bogdan es musulmán y viaja todos los días desde Mostar, a unos 28 kilómetros, hasta Medjugorje, en donde tiene una pizzería. Para él no importa si las apariciones son reales, si el Vaticano las cuestiona o las acepta. «Los turistas creen que son reales, por eso vienen, rezan y se van contentos. Y nosotros tenemos trabajo gracias a ellos. Ellos son felices y nosotros también, así que es una situación *win-win*. Quizás para algunos esto sea ridículo, pero acá funciona», dice. Las abarrotadas tiendas parecen darle la razón: Medjugorje es una mina de oro para los bosnios.

Constantemente llegan nuevos autobuses con más turistas que no necesitan cambiar moneda porque todos los negocios aceptan euros. Algunos se encaminarán a la iglesia principal, otros ascenderán por la colina hasta el sitio de las primeras apariciones, algunos se quedarán por una o dos noches y la mayoría probablemente regrese a Dubrovnik, en Croacia, o a Mostar, desde donde es común escaparse por un día para visitar Medjugorje. De la misma forma muchos se sentirán emocionados y rezarán por sus seres queridos, mientras que otros encontrarán aquí una curiosa y divertida trampa para turistas. A fin de cuentas, es tan sólo una cuestión de fe.

Publicado en *Infobae*, 28 de mayo de 2017

11 | *I love USA: el país europeo que exhibe en todos lados su devoción por Estados Unidos*

NO HAY AIRE ACONDICIONADO Y LAS GOTAS DE SUDOR SE DESLIZAN POR LA frente de la camarera. En realidad lo que no hay es electricidad, parece que se cortó la luz en toda la pequeña ciudad de Fushë Kruja y lo único que puede ofrecer la joven del café es alguna bebida a temperatura ambiente. Y sí, también ofrece la posibilidad de sacar fotos sin problemas. Es que en un extremo del salón, detrás de un cordón de terciopelo, hay tres sillas y una mesa, resguardadas del resto del mundo como si se tratara de históricas piezas de museo. Una de las sillas exhibe una placa metálica con la inscripción «Presidente Bush», mientras que en las paredes hay una fotografía que recuerda la visita del ex mandatario estadounidense al bar que entonces llevaba el nombre de su dueño, Cela, y que hoy, claro, se llama Café Bush. Desde el balcón se alcanza a ver el monumento que honra al tejano junto a la inscripción «gran amigo de los albaneses» y la fecha de la visita que puso a esta irrelevante ciudad obrera en el mapa: 10 de junio de 2007. La joven camarera no trabajaba allí entonces pero dice que sí, que a veces algún turista de paso se detiene en el curioso Café Bush para tomar unas fotos. Luego la albanesa sonrío, se disculpa una vez más por el calor y la falta de electricidad, y se va a buscar un par de cervezas calientes.

Los monumentos, calles y hasta cafés en su honor no significan que George Bush goce de una particular y excluyente admiración en la pequeña y balcánica Albania. En realidad se trata de una curiosa fascinación por Estados Unidos en general. Y Bush fue el primer presidente estadounidense en visitar esas tierras. Según la consultora

internacional con base en Washington DC Gallup, Albania es el país europeo con mejor imagen de Estados Unidos, y está entre las tres primeras naciones a nivel mundial en este rubro, primera entre los países mayoritariamente islámicos. No es de extrañar entonces que otros líderes norteamericanos también sean celebrados allí: este año la ciudad de Kamza, una de las más pobres del país, nombró una calle en honor a Donald Trump, mientras que en la capital de la parcialmente

reconocida República de Kosovo, una región con abrumadora mayoría de la población de etnia albanesa, una de las avenidas principales lleva el nombre de Bill Clinton, y en 2016 se inauguró un monumento a su esposa y por entonces candidata presidencial Hillary Clinton en Saranda. Pero no son sólo ellos, figuras de menor envergadura política, como el congresista representante del estado de Nueva York Eliot Engel, también tienen sus

calles. Por otra parte, tanto Bush como Trump son ciudadanos honorarios de distintas ciudades de Albania. Al menos por ahora, Barack Obama no ha tenido suerte.

«En Kosovo las cosas van aún más lejos porque el estandarte extranjero corona todos los edificios gubernamentales, escuelas, bibliotecas, museos e incluso algunos estadios»

La bandera estadounidense flamea en cada tienda, en cada esquina, como si toda Tirana fuera una enorme embajada, y a ningún local parece llamarle la atención. Las barras y estrellas son para cualquier negocio una forma de demostrar la calidad de su producto, una técnica fácil para atraer clientes, una fórmula probada. En Kosovo las cosas van aún más lejos porque el estandarte extranjero corona todos los edificios gubernamentales, escuelas, bibliotecas, museos e incluso algunos estadios. Tampoco es extraño toparse con versiones albanesas de marcas famosas o cadenas de comida rápida que se ven sumamente similares a las originales, como un particular homenaje que descrea de las marcas registradas. Menos extrañas aún son las oficinas que

ofrecen ayuda para emigrar a Estados Unidos, la mayor aspiración de muchos por estas tierras.

Como si buscaran quebrar definitivamente con la generación anterior, criada durante el comunismo, casi todos los jóvenes albaneses hablan muy bien inglés. Alcanza con dar unos pocos pasos en el central boulevard de Los Mártires de la Nación para notar el contraste: los mayores llevan tradicionales sombreros blancos llamados *plis*, los jóvenes llevan gorras de baseball con viseras hacia atrás. Un coche convertible atraviesa la avenida y el hip hop suena a un volumen tan alto que casi cualquier vecino puede escucharlo.

Esta excéntrica admiración que por momentos roza el fanatismo tiene justificaciones históricas y políticas. El primer paso fue en 1919, cuando al final de la Primera Guerra Mundial, el por entonces presidente estadounidense Woodrow Wilson insistió en que Albania debía ser un país independiente, oponiéndose a Francia, Gran Bretaña e Italia, que proponían la partición del pequeño país en tres. Hoy, en Tirana una plaza y una estatua homenajean a Wilson. Décadas más tarde, los partisanos locales recibieron ayuda de Estados Unidos para pelear contra los invasores alemanes durante la Segunda Guerra. Pero el periodo clave para entender la intensidad actual del vínculo son los años 90. Albania había atravesado décadas del más duro comunismo como un territorio absolutamente aislado del resto del planeta, sin siquiera contacto con países del bloque oriental, como la Unión Soviética. Tras la caída del régimen Albania miró hacia occidente y vio en Estados Unidos a un modelo, lo más lejos posible del comunismo que acababa de concluir, como a una esperanza salvadora en medio de la crisis que significó la transición. Cuando el Secretario de Estado James Baker visitó el país en 1991 fue recibido por una multitud de 300 mil personas: las crónicas de la época hablan de un constante e ininterrumpido coro de «¡USA, USA!».

La profesora Oliana Sula, de la Universidad Aleksander Moisiu en la ciudad portuaria de Durrës, explica que este amor por Estados Unidos se acentuó durante la década de los 90. «El este, especialmente Rusia, es símbolo del comunismo y de la dictadura que sufrimos. Pero hoy creo que esa fascinación es un tanto antigua, muy simplista, muy de 1992. Un poeta albanés escribió «ama a la patria como el águila ama a su nido», y por ese entonces en un programa de televisión se burlaban diciendo «ama a la patria como Albania ama a América»», dice Sula.

Durante la guerra de Kosovo, entre 1998 y 1999, Estados Unidos decidió apoyar a los albaneses en ese territorio y encabezó el bombardeo de la OTAN contra la Yugoslavia de Slobodan

«Cuando el Secretario de Estado James Baker visitó el país en 1991 fue recibido por una multitud de 300 mil personas: las crónicas de la época hablan de un constante e ininterrumpido coro de '¡USA, USA!'».

Milošević. Casi una década después del conflicto, Kosovo se declaró independiente y Estados Unidos fue uno de los primeros países en reconocerlo. El monumento a Bill Clinton, presidente durante la guerra, fue inaugurado en 2009 en una de las avenidas centrales de Pristina, la capital kosovar. El nombre de la arteria también homenaja al ex presidente. La estatua de más de 3 metros

de altura es hoy uno de los puntos más turísticos de una ciudad en la que además existe una cadena de tiendas de ropa femenina llamada «Hillary».

Curiosamente el aprecio no es correspondido. Este año la encuestadora YouGov publicó un informe que muestra que casi la mitad de los estadounidenses ni siquiera están seguros si Albania es enemigo o amigo de su país, mientras que sólo el 3 % lo considera un aliado. Aún así la cantidad de albaneses en Norteamérica se ha cuadruplicado desde la caída del comunismo a principios de los 90 y es muy común que los padres incentiven a sus hijos a que busquen emigrar. Eso le sucedió a Gejsi, de Berat, una antigua ciudad al sur de Albania protegida por la UNESCO. Sus padres la presionaron para que iniciara una relación con

un estadounidense que trabajaba como voluntario de los Cuerpos de Paz y ahora busca la forma de obtener una visa, tarea compleja teniendo en cuenta los bajos salarios y el alto nivel de desempleo entre los jóvenes albaneses. No es una historia infrecuente en una región en la que los matrimonios arreglados aún existen.

Pese a que Albania es candidato oficial a formar parte de la Unión Europea y es miembro de la OTAN, también es el tercer país más pobre del continente y el sexto con mayores índices de corrupción. Por eso tantos jóvenes no ven un futuro allí. Estados Unidos se constituyó en la mentalidad de buena parte de la población albanesa como una especie de paraíso, perfecto e impoluto, donde todos tienen trabajo y no existen problemas financieros; los colores blanco, azul y rojo de la bandera se hicieron sinónimo de evidente calidad y seguridad, y la Casa Blanca (habitada por demócratas o republicanos indistintamente) es imaginada como la sede de una fuerte amistad imperturbable. Es el *American Dream* como contraposición al pasado comunista y a la dura pobreza del presente. Entonces Bush, Clinton y Wilson son los representantes de esta fantasía que ha ayudado a atravesar el difícil periodo de transición y la guerra en los años 90. Tal vez también ayude a olvidarse de cualquier otro problema, del calor, de cómo pasar la cerveza caliente. Es que seguramente en Estados Unidos a ningún bar se le corta la luz.

Publicado en *Infobae*, 2 de julio de 2017

12 | Macedonia y su loca búsqueda de una identidad nacional, a horas de albergar la final Real Madrid-Manchester United

EL SOL SE REFLEJA EN EL DORADO ROSTRO DE ALEJANDRO MAGNO. ALLÁ arriba, bien alto, vigila y controla todo lo que sucede a su alrededor, héroe militar que vino, vio y venció. Su enorme y gordo caballo parece suspendido en el aire, como si se tratara de una nube refulgente 22 metros por sobre las cabezas de los transeúntes, entre las montañas y el río, entre la plaza y el anuncio de cerveza local. Abajo, una pesada columna blanca con imágenes de guerra, con los héroes de un pasado glorioso que ya no volverá. Y una fuente. Y un mástil con bandera. Todos saben que es Alejandro Magno el que mira al horizonte levantando su espada en gesto triunfal, con corcel fuerte, brioso, y el sol reflejándose en su rostro dorado. Y sin embargo un letrero anuncia que la gigantesca estatua enclavada en el centro de Skopje, capital de Macedonia, es tan sólo un «Guerrero Ecuestre» cualquiera ¿Alejandro quién? No, oficialmente es tan sólo un héroe anónimo. Aunque todos sepan que no lo es.

Junto al río y no demasiado lejos del monumento a un alguien que aparentemente no es quien todos saben que es, se levanta el estadio Filipo II. El martes 8 de agosto se enfrentarán allí Real Madrid y Manchester United por la Supercopa Europea. Seguramente la pequeña Skopje, con su poco más de medio millón de habitantes, se verá revolucionada con la llegada de superestrellas deportivas como Cristiano Ronaldo, acompañados por miles de fanáticos que quizás escucharon

por primera vez nombrar a esta ciudad cuando compraron las entradas. Es sin dudas el evento deportivo más importante en la historia de un país que en 2016 celebró sus primeros 25 años de independencia. Pero el cuarto de siglo no ha bastado para crear una identidad, una cultura única, propia en un territorio que siempre fue gobernado por algún extranjero.

Hasta 1991, Macedonia era una de las seis repúblicas de Yugoslavia y, a diferencia de Croacia o Bosnia Herzegovina, logró su independencia en forma pacífica: no hubo guerra, muertos, balas o destrucción, no hubo cámaras mostrándole al planeta las ruinas interminables o los

tanques avanzando. Skopje nunca fue Sarajevo. El nuevo país conservó el nombre que tenía como república dentro de la federación yugoslava, pero esto no gustó nada al sur de la frontera.

«Grecia considera que ese nombre es suyo, es su historia, su identidad, y sus vecinos se la están robando»

Para Grecia, «Macedonia» es una región histórica que le pertenece, cuna de héroes helénicos como el rey Filipo II y su hijo, Alejandro Magno, ambos nacidos en el cuarto siglo antes de Cristo, mucho antes de que los eslavos, hoy mayoría en los Balcanes, llegaran a la zona. El gobierno griego, con el apoyo de distintas comunidades griegas de todo el mundo, presionó para que la menor cantidad de países posible reconocieran a la recientemente formada República de Macedonia, y su ingreso a las Naciones Unidas se demoró más de un año. Grecia considera que ese nombre es suyo, es su historia, su identidad, y sus vecinos se la están robando. Finalmente, la República de Macedonia se vio obligada a cambiar oficialmente su denominación ante la ONU, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y otras instituciones internacionales: pasó a llamarse Antigua República Yugoslava de Macedonia, o FYROM, por sus siglas en inglés. Aún así, más de 130 países aún aceptan el nombre constitucional «República de Macedonia», y entre ellos aparece casi toda Sudamérica, Europa oriental, Asia oriental, Estados



| El Guerrero Ecuestre de Skopje.

Unidos, Canadá y el Reino Unido. Pero esto no termina con la confusión entre país, región actual griega, región histórica y antiguo reino: todos con el mismo nombre.

Llegar a Skopje de noche es lo más parecido a ver Las Vegas en los Balcanes. El centro de la ciudad está completamente iluminado, radiante en la forma más bizarra posible. Pero incluso de día resulta pomposo y ridículo, demasiado dorado y demasiado falso. Es estrofa-lario, extravagante: lisa y llanamente, es demasiado. Hay luces con los colores rojo y amarillo de la bandera iluminando enormes y novísimos edificios blancos de columnas altas y anchas, hay pesadas estatuas

«Toda la parafernalia fue concebida en 2010 como parte del llamado Proyecto Skopje 2014»

de leones vigilando relucientes puentes, hay una especie de Arco del Triunfo tan nuevo y brillante que parece una escenografía teatral. Pero lo que más hay en el centro de Skopje son estatuas. Una tras otra, a veces sobre edificios, a veces sobre puentes, a veces sobre otras estatuas. Hay mo-

numentos a zares eslavos, emperadores bizantinos, revolucionarios búlgaros, príncipes albaneses, héroes griegos y hasta a Teresa de Calcuta, nacida en esta ciudad cuando era parte del Imperio Otomano. La exagerada cúspide del delirio monumental es el Puente de las Artes: 83 metros sobre el río Vardar con 29 estatuas que honran a artistas nacionales. Una estatua cada menos de tres metros. Como si todo esto fuera poco, hay fuentes de aguas danzantes y tres saucos plantados en macetas metálicas en medio de las aguas del río. Y se encuentra en construcción una vuelta al mundo al estilo del London Eye. Y una de las cruces cristianas más altas del mundo. Todo esto y más en la pequeña pero fabulosamente incandescente Skopje.

Claro que alejarse del área central significa rodearse de un poco más de normalidad, donde hay más bloques de departamentos grises de tiempos socialistas que coloridos monumentos a casi todo lo imaginable. Pero el centro, el rabioso y brillante centro de la ciudad, surcado

por el río y la imponentia que hace recordar a aquel glorioso pasado, sí, el centro sí ¿Para qué alejarse entonces?

Toda la parafernalia fue concebida en 2010 como parte del llamado Proyecto Skopje 2014. El partido gobernante por entonces decidió darle a la ciudad una nueva imagen, crearle al país una identidad que no tenía tomando como referencia un poco de todos los que dominaron la zona en algún momento de la historia. Si el nombre «Macedonia» estaba emparentado con Grecia, ese era un buen comienzo para mostrar la nueva versión de la antigua solemnidad: columnas dóricas, jónicas, corintias, muchas columnas para los nuevos edificios gubernamentales y museos. Además, Alejandro Magno era

«La arquitectura grotesca y kitsch cerca de la plaza central eclipsa la tradicional arquitectura otomana en el antiguo bazar»

de la región de Macedonia así que podía incluirse. Y su padre también, entonces bien merecía un estadio en su honor. Lo importante era eliminar la arquitectura socialista, desyugoslavizar la capital rápidamente. En muchos casos lo hicieron tan rápidamente que les bastó apenas con recubrir los

viejos edificios. De esta forma las supuestamente pesadas columnas están en realidad casi completamente huecas, alcanza con golpear para notarlas.

No importaba si los honrados eran griegos en la capital de un país mayoritariamente eslavo. No importaban las discusiones estéticas o históricas. Tampoco importaban entonces ni ahora los más de 700 millones de euros que ya ha demandado el proyecto en un pequeño país que está lejos de poder considerarse rico. Sólo importa la imponentia.

Todor Talevski forma parte de SDSM, partido que se opuso a Skopje 2014 y que gobierna el país desde hace poco más de dos meses. Afirma que el proyecto no tiene ningún significado social o histórico, sino que, por el contrario, muestra una suerte de complejo de inferioridad. «La arquitectura grotesca y kitsch cerca de la plaza central eclipsa la tradicional arquitectura otomana en el antiguo bazar. En concreto, se puede

decir que el proyecto Skopje 2014 tiene el propósito de acabar con la arquitectura de estilo turco y socialista de la ciudad», dice y agrega que «el proyecto es tan sólo un pretexto por parte de un partido nacionalista para cambiar la identidad de los macedonios».

A lo largo de los últimos años Macedonia se ha visto sumida en importantes conflictos políticos, y las principales víctimas de las protestas antigobierno fueron justamente los monumentos. En 2016, numerosos manifestantes arrojaron pintura a casi todos los edificios y construcciones ligadas a Skopje 2014, así fue que las protestas pasaron a ser conocidas internacionalmente como «la revolución colorida». Aún pueden verse esas marcas al caminar por la ciudad, como un cable a tierra, la única realidad en el delirante circo de estatuas y monumentos por doquier. Circo que, por cierto, parece interminable. El proyecto llevaba incluido en su nombre el año 2014 como fecha de culminación, pero el área central de Skopje aún está en obra, repleta de maquinarias, de grúas, de montículos de tierra y arena.

Ivana Atanasovska, del partido Levica («La Izquierda»), cree que la crítica más obvia al proyecto es la enorme suma de dinero que podría utilizarse para cosas más necesarias que monumentos. Pero agrega que «la intención de Skopje 2014 es borrar una parte de la historia de Macedonia, que es una política devastadora. E indudablemente también ha causado daños en la comunicación con nuestros países vecinos».

La disputa con Grecia por el nombre «Macedonia» continúa al día de hoy y, en ese contexto, el delirio monumental en Skopje no aporta nada para resolverla. Que el monumento a Alejandro Magno sea tan sólo un «Guerrero Ecuestre» es como quien tira una piedra y esconde la mano. Es nuestro, pero no es él. Probablemente fue algo exagerada la presión internacional que ejerció Grecia sobre el pequeño país apenas independizado: le impuso un bloqueo económico y le obligó a modificar su bandera y Constitución Nacional. Pero la idea de tomar por héroe propio a alguien que evidentemente no tiene relación con

la moderna y mayoritariamente eslava República de Macedonia, es ridícula. Tan ridícula que el gobierno necesitó para argumentar más de 700 millones de euros. Y no ha bastado para convencer a nadie. Aún así seguramente los aficionados de Madrid y Manchester disfruten esta semana de tomarse muchas fotos frente a las estatuas de la disparatada capital. Pero atención, con cuidado de que no lo tomen a Cristiano Ronaldo por nuevo héroe macedonio y termine como el próximo monumento ecuestre. A esta altura, no parece tan descabellado.

Publicado en *Infobae*, 6 de agosto de 2017

13 | La mezquita donde ya nadie reza

EL DÍA DEL QUIEBRE LA IGLESIA CAMBIÓ A MEZQUITA, EDIFICIO LAXO Y circular de techo abovedado que los años y el fuego devolverían al abandono, no sin antes recordar su identidad cristiana. Casi no perdió su nombre y aún los locales se refieren a Sveti Ilija, a San Elías, cuando sus ojos buscan en la colina esa iglesia ortodoxa del siglo XIII o XIV que no ha existido por cerca de cuatrocientos años. Husa Medin Pasha y San Elías son todavía hermanos. No hermanos de sangre, tampoco hermanos de afecto, no los une ni el amor ni el espanto, no fueron contemporáneos ni coterráneos ni correligionarios, ni siquiera colegas. Pero el día del quiebre sus historias fueron una, y Elías fue Pasha.

La pequeña colina domina Štip, en algún punto de Macedonia, a mitad de camino entre la capital Skopje y Grecia. Es sin dudas un lugar privilegiado desde donde vigilar el centro de la ciudad y el río Otinja, la fortaleza del monte Isar junto a la gigantesca y moderna cruz que por la noche ilumina aquí, allá y en todas partes. Es un bello mirador desde donde ver y ser visto. Quizás por eso les gustó a los otomanos que construyeron la mezquita Husa Medin Pasha sobre los restos de la iglesia de San Elías a mediados del siglo XVII, porque podían ver y ser vistos. Quizás ellos mismos destruyeron San Elías, quizás fue el tiempo.

En la puerta del edificio y casi oculto por mugre, polvo, mierda de aves y demonios varios, un cartel azul señala que el sitio cuenta con la protección de algún ministerio local, de alguna organización internacional, de alguien, de cualquiera; señala que existe un valor cultural e

histórico notable. El abandono y las aves que cagan se mofan del cartel: no se dan por aludidos. Allí está la puerta, evidentemente reciente, de chapa liviana y berreta pintada de blanco, con rincones oxidados, marcas de piedrazos. Y una pesada cadena bloqueada por un candado. Al minarete, en cambio, puede accederse sin problemas y su intrincada escalera en espiral conduce a una inconclusa cima que permite a algún ágil individuo trepar a la parte externa del domo. Hay grafitis allí arriba. Una paloma atraviesa una ventana rota y se inmiscuye en el edificio para continuar con la parsimoniosa tarea desacralizadora. La veo y pienso que quiero ser paloma para entrar por esa ventana.

«Cuatro tipos fueron agarrados no hace mucho por hacer un pozo dentro del edificio: dijeron que buscaban oro»

Parece que cuando los otomanos perdieron la zona en 1912 alguien se acordó de San Elías. Leí por ahí que para el día del santo los cristianos peregrinaban a la mezquita en recuerdo del ya no más, o al menos que lo hacían hasta la Segunda Guerra Mundial. Después vendrían tiempos de socialismo en los que la religión no era popular y el museo local usó el edificio para sentar sus colecciones hasta 1956, cuando cerraron la puerta. Y fin. La mezquita cristiana se perdió entre bichos, plantas en los ladrillos, un minarete inconcluso, vandalismo, conflictos interétnicos, fuego y piedrazos. Cuatro tipos fueron agarrados no hace mucho por hacer un pozo dentro del edificio: dijeron que buscaban oro.

Yo también busco algo. Una historia, una lección. Empujo la puerta, forcejeo, por una ranura logro mover la piedra que traba desde el interior, un poco más, meto panza, tiro la mochila adentro, pasa una pierna, pasa el pecho, pasa otra pierna. Y estoy. Lo primero que veo es mierda, alfombras llenas de tierra y el pozo que hicieron los cazadores de tesoros. Cuelgan de las paredes cuadros con frases en árabe y fotos de la Meca, pero el resto de la decoración se ha perdido: el techo no tiene color. Hay humedad y el aire está teñido por el asqueroso zurear

de las aves que suena casi líquido. Se han posado en el mihrab, miran a oriente como tantos antes que ellas y me pregunto a qué profeta oraran desde su nido. Pero decido dejarlas en paz. Nadie más que las palomas reza en esta colina.

Publicado en Revista *Dínamo*, 22 de agosto de 2016

14 | Viaje al OVNI de Buzludzha, el monumento comunista congelado en las montañas de Bulgaria

EL OVNI DEBERÍA ESTAR POR AQUÍ. EN VERANO SEGURAMENTE PODRÍAMOS verlo a la distancia, con su extraña y reconocible estructura circular, con su alta torre coronando el enorme complejo. Pero no ahora, no en invierno. No mientras ascendemos por las montañas búlgaras en un pequeño y viejo Opel que sufre los embates del viento. La ruta se retuerce mientras subimos y el vehículo tiembla y da sacudidas en medio del vendaval que pronto se convierte en nieve mientras ganamos altura. No vemos nada, nada más que la pesada niebla y la espesa nieve que ya cubre cada centímetro de camino. Avanzamos en fila, despacio, surcando las curvas que nos hacen ascender lenta pero constantemente. Arriba, arriba, arriba.

En un día claro probablemente desde allí se vería no sólo el OVNI en el pico de Buzludzha sino también el monumento de Shipka, construcción de piedra en el paso homónimo que recuerda una batalla entre rusos y turcos a fines del siglo XIX. Pero no en este momento. En este momento apenas si alcanzamos a divisar el coche de adelante. Mis compañeros locales y yo nos mantenemos en silencio, atentos, mientras la nieve cae incansablemente y el viento raja los bosques ocultos por la blanca inmensidad. En la cima apenas si podemos ver un pequeño restaurant y un mercado que debe recibir mucha gente en verano. Nadie se detiene. Entendí allí que la oscuridad no siempre es negra: la oscuridad puede ser blanca, tan blanca que ciega, encandila, marea.

El camino hacia el paso es retorcido y lento, cada vez más blanco, cada vez más pesado. Pero lo que sigue es aún peor. En la cima de la montaña y el paso de Shipka la ruta se bifurca: un camino principal comienza el descenso abrupto hacia el valle, mientras que el otro es una ruta secundaria, muy angosta y en pésimo estado. Son 12 kms desde el paso hasta nuestro destino surcando un camino que permanece cerrado casi todo el invierno. Llegar al OVNI de Buzludzha es un peregrinaje.

Parece haber sido robado de una película de ciencia ficción, pero en realidad la historia del gris edificio con forma de plato volador es

«Cada cifra relativa al edificio parece exagerada: más de seis mil personas participaron de la construcción a lo largo de casi siete años»

más extraña que la de cualquier película con naves y extraterrestres. Fue inaugurado en 1981 por el régimen comunista búlgaro en conmemoración al 90° aniversario del Congreso de Buzludzha, una reunión secreta en la cima de la montaña homónima. Dimitar Blagoev era el líder de un grupo de miembros del por entonces novísimo Partido

Socialdemócrata Búlgaro, antecesor del Partido Comunista, que buscaban organizarse políticamente y crear un movimiento centralizado.

Muchos años más tarde, para principios de los 80s, el régimen liderado por Todor Zhivkov comenzaba a flaquear a causa de las dificultades económicas y la falta de apoyo. Entonces el edificio-monumento se constituyó como elemento fundamental de propaganda. Debía ser no sólo una conmemoración sino que además serviría de cuarteles generales del Partido Comunista Búlgaro en una forma de asociar al cuestionado régimen con figuras históricas reconocidas y admiradas.

Cada cifra relativa al edificio parece exagerada: más de seis mil personas participaron de la construcción a lo largo de casi siete años, se usaron 70 mil toneladas de concreto, tres mil de acero y cuarenta de vidrio. Como si Zhivkov quisiera ser faraón y esta fuera su pirámide, un monumento a sí mismo concebido para perdurar por toda la eternidad.

Pero el fin del comunismo en 1989 significó el final de la historia. La democracia llevó al poder durante los 90 a partidos que querían mostrarse lo más ajenos posibles al pasado comunista y el extraño Buzludzha fue abandonado. Siguieron saqueos, vandalismo, grafitis, olvido. Lentamente el enorme plato volador quedó en silencio.

Aún hoy los viejos carteles anuncian alguna dirección, hay aquí y allá pequeñas cabañas que deben ser populares en verano, hay aves que luchan contra el clima y árboles que son hielo. Pero sobre todo hay silencio, un silencio quebrado tan sólo por el viento del paso de Shipka.

El blanco inunda todo, como si el color atravesara los sentidos y se convirtiera en olores y ruidos. La nieve cae desde las ramas pesadamente sobre el techo del auto mientras esquivamos pozos en la vieja y olvidada ruta.

«El primer vistazo del complejo se yergue entre la niebla como algo oculto, secreto, como un recuerdo de tiempos lejanos, ancestrales»

Sabía que en algún punto de la ruta se levanta un monumento enorme con dos manos que sostienen antorchas: es la entrada al complejo de Buzludzha. Debía ser cerca del edificio central, pero no sabía dónde. Avanzamos despacio, muy despacio, y busco entre la niebla la silueta de dos manos gigantes. Pero ni siquiera las veo cuando nos detenemos junto a ellas. El primer vistazo del complejo se yergue entre la niebla como algo oculto, secreto, como un recuerdo de tiempos lejanos, ancestrales. Volvemos al auto y navegamos en medio de la nada buscando algo imposible. Quién sabe cuántos kilómetros más adelante nos topamos con dos o tres autos estacionados que se me figuran islas en el mar de vacío blanco. Debe ser allí.

Los búlgaros no están seguros, desde los otros coches nadie sabe. La excepción son los dos italianos que han viajado por unos días tan sólo para visitar el ridículo OVNI. El día anterior habían intentado ingresar al edificio pero el viento atroz hizo imposible la aventura.

Ahora el camino es a pie. Casi a ciegas, dos italianos, dos búlgaros y un argentino emprendemos la subida, esquivando hielo y aplastando nieve a cada paso. Si nos toman una foto cualquier despistado podría presumir que somos andinistas. La subida se hace larga, probablemente por la falta de nociones y la ceguera que nos domina. Está allí el enorme edificio, delirante y cautivador, estúpido, loco, magnánimo, simbólico, paradigmático, icónico, magnífico. Postal de tiempos lejanos que no volverán. Buzludzha está allí, oculto. Por eso no pude anticiparme ni hubo preparación: topé con él antes de verlo.

Las grises paredes se elevan verticalmente hasta chocarse con la curvatura de la parte superior, el área que le da el mote de «OVNI». La entrada principal está por supuesto clausurada y siempre hay entradas alternativas, pese a que el acceso sea técnicamente ilegal. Cada tanto el gobierno bloquea los accesos pero a los pocos días aparece alguno nuevo y no hay cámara o cartel que pueda evitarlo. Por estos días se ingresa a través del sótano. En la parte posterior del edificio, cerca de la base de la torre, un agujero en el cemento conduce a un pozo de poca profundidad desde donde se llega al sótano, unos tres metros más abajo. Alguien dejó allí atada una soga para ayudar a colegas viajeros en el descenso. Subir sería un problema que enfrentaríamos más adelante.

Al final del oscuro y húmedo pasillo del sótano se ve luz. Hay allí un espacio abierto y una escalera cubierta de nieve apenas iluminada por la escasa luz blanca que se filtra por las rendijas de lo que alguna vez fueron ventanas. Avanzamos sin pronunciar palabras, aleatoriamente moviendo las linternas en todas direcciones, como intentando digerir este inexpresivo vacío, tratando de fotografiar el frío silencio.

La escalera lleva al hall de entrada, un espacio circular con techo convexo: la base del OVNI. La puerta principal en un extremo y tres escaleras que conducen a la sala central exactamente arriba de este vestíbulo. Optamos por la que está menos cubierta de nieve. Cada escalón es pesado, cada paso es trabajoso, el camino podría colapsar en

cualquier momento por el peso de los años y de nuestros propios pasos. Pero allí, a cuatro o cinco escalones de la sala central, levanté la vista.

La oscuridad blanca había parido luz negra, la perfecta simbiosis entre el delirante pasado y el ausente futuro. El curioso presente enfrenta la sala circular amplia y radiante coronada con un símbolo aún dorado sobre fondo rojo: una olvidada hoz y martillo. Desde el techo una inscripción convoca a los trabajadores del mundo a unirse, y junto con la insignia comunista sobrevuelan las tribunas que alguna vez acogieron reuniones de arcaicos dictadores. Una sombra ya pronto se-

«Las incontables figuras en las paredes parecen intentos por retratar a todo el país por igual.»

rás. Pero no hoy. Hoy la nieve raja el concreto y el viento tapiza las paredes que alguna vez tuvieron mosaicos de trabajadores, de Karl Marx, Friedrich Engels y Vladimir Lenin, pero también de los líderes comunistas búlgaros Georgi Dimitrov, Dimitar Blagoev y Todor Zhivkov. Muchas cosas se han

perdido, muchas fueron robadas, pero buena parte de los murales se encuentra en sorprendente buen estado, aún con el hielo como tapiz. Se alcanzan a ver los colores originales, estrellas rojas, campesinos, trabajadores, guerreros, madres con niños. Las incontables figuras en las paredes parecen intentos por retratar a todo el país por igual.

El blanco tiñe y crea una atmósfera espectral, fantasmagórica, sobre el gris cemento y las plumas de hielo se endurecen como escamas. El hielo es la armadura de Buzludzha. El pasillo que rodea al circular recinto tiene ventanas que miran hacia todas las direcciones pero en todas direcciones no hay más que blanco. La única referencia es la torre, de otra forma podría continuar dando vueltas por aquel pasillo sin jamás descubrir por dónde accedí. Aunque también es cierto que de un lado el viento golpea con más fuerza y las curiosas esculturas de hielo son más duras.



| Techo de Buzludzha.

La sala cruje, el techo pende y todo este olvidado cadáver parece constantemente a punto de colapsar mordido por el tiempo. Si aún se mantiene en pie no puede ser más que por la voluntad de los espíritus que alguna vez poblaron pasillos y salas con religiosa fe en sus proyectos políticos, en sus predecesores a quienes admiraban y celebraban como dioses terrenales. Los nombres propios de supuestas leyendas comunistas inmortalizadas en monumentos y murales. Esas leyendas y sus acérrimos espíritus sostienen el techo de Buzludzha. No hay otra explicación.

Aún así una parte del techo ya ha colapsado y la estructura de hierro caída reposa contra una pared. Los dos italianos la utilizan a modo de escalera para tomar fotos desde arriba del muro, pero se tambalea por el peso y el frío no ayuda. Desde allí también es difícil tomar fotos: la niebla es sumamente espesa, casi sólida, y lo cubre todo. No se ve más allá de unos pocos metros.

De regreso al vestíbulo, encontramos una escalera que lleva a un subsuelo. Una cámara subterránea larga, oscura y semicircular con pequeños charcos congelados y una barra que imaginé alguna vez repleta de vodka, vino y la fuerte y local rakia. Quizás algún ebrio fantasma en medio del silencio. Hay cañerías rotas que gotean y el frío allí se vuelve visible, táctil.

Pero ahora el destino nos dirige al otro punto obligatorio de Buzludzha: los 70 metros de una torre que alguna vez fue revestida con una estrella roja de vidrio. El óxido de unas interminables y escuálidas escaleras de hierro cubre mis manos en la oscuridad más absoluta a lo largo del ascenso. Hubo un ascensor pero ya no por lo que las opciones se limitan a las escaleras metálicas o nada. Cuando las piernas comienzan a flaquear más por frío e incertidumbre que por cansancio, nos abrimos paso a través de sucesivas plataformas iluminadas por la luz que atraviesa la vidriada estrella roja cercana a la cima de la torre. Le faltan muchos cristales y el viento gélido golpea con fuerza creando

formas de hielo disparatadas. Más allá está la cima: un mirador hacia el blanco vacío, incommensurable e imposible, metáfora perfecta de las ideas de aquel pasado socialista. Más allá de la torre no hay nada. Nada dentro del edificio, nada fuera.

No hay ningún plan para el futuro de Buzludzha, repararlo y mantenerlo sería demasiado caro por lo que permanece abandonado y a la espera del eventual colapso del techo. Es un destino curiosamente turístico, uno de los más famosos de Bulgaria y todos los días hay aventureros dispuestos a entrar o al menos a admirar la delirante estructura desde afuera. El gobierno podría cobrar entrada, organizar traslados, ofrecer visitas guiadas. Pero no, sólo carteles que anuncian prohibiciones y apelación a la buena voluntad de los turistas.

El camino de regreso nos encuentra trabajosamente escalando la sogá y circundando el edificio. En la entrada los búlgaros traducen a los extranjeros las inscripciones en cirílico a las que les faltan muchas letras. Son anuncios de mejores tiempos para los proletarios del mundo y su unión inculdicable, profecías ridículas que se agotaron y colapsaron estrepitosamente, hoy vetustas como las paredes oscuras del recinto subterráneo. Una pintada moderna sobre la entrada principal advierte y aconseja: «Nunca olvides tu pasado».

Esculturas de hielo nos escoltan en el descenso hacia el coche, en donde brindamos con vino búlgaro en honor a la memoria, la aventura y el exitoso fin de tan curioso peregrinaje. Buzludzha culmina como culminan los sueños: con un desconcertante despertar y el lento regreso a casa. Un sentimiento incómodo e inexpugnable domina la vigilia del soñador empedernido. Y el pasado, como siempre, queda atrás.

Publicado en *Infobae*, 16 de abril de 2017

15 | Bulgaria, el peón en el ajedrez de la Unión Europea

BULGARIA ES EL PAÍS MÁS POBRE DE LA UNIÓN EUROPEA Y SIN DUDAS NO es de los miembros más fuertes o relevantes del continente a nivel internacional. Aun así, las recientes elecciones parlamentarias en el país balcánico tuvieron una importante influencia desde y hacia el exterior, parte de un juego regional del que participan demasiados actores. La intromisión de Rusia, Turquía y la Unión Europea en los comicios parece haber resultado en un triunfo para Angela Merkel y su bloque.

Los comicios del 26 de marzo debían ser en 2018. Pero se adelantaron un año porque en noviembre pasado renunció el primer ministro Boiko Borisov, el ahora triunfador líder de Ciudadanos para el Desarrollo Europeo de Bulgaria (GERB), un partido conservador, de centroderecha muy cercano a la Unión Europea. La renuncia se dio luego de que su candidata, Tsetska Tsacheva, perdiera las presidenciales a manos de Rumen Radev, un excomandante de la Fuerza Aérea que se postuló como candidato independiente pero con el apoyo del Partido Socialista Búlgaro (BSP), cercano a Rusia. Se trató entonces de una importante victoria para Vladimir Putin en Bulgaria, país que desde la caída del régimen comunista fluctúa entre oriente y occidente de acuerdo con qué partido gobierne.

En una contienda que supera las fronteras búlgaras para convertirse en disputa entre Rusia y el occidente europeo, GERB obtuvo el 32,65 % y venció al socialismo por apenas 5 puntos porcentuales. El resultado fue un alivio para el bloque continental luego de que BSP

se impusiera el año pasado. Ahora Borisov y compañía deben crear una coalición gobernante, aunque no cuentan con muchas alternativas porque tan solo cinco partidos lograron ingresar al Parlamento. El que tiene más chances de formar parte del gobierno es Patriotas Unidos, que alcanzó el tercer lugar con poco más del 9 por ciento. Esta alianza se conformó en 2016 a partir de la unión de tres partidos nacionalistas y conservadores: VMRO, NFSB y Ataka. Este último es particularmente racista, una agrupación de ultraderecha que se manifiesta contra la inmigración, los refugiados, judíos, musulmanes y gitanos, y afirma proteger la verdadera identidad de Bulgaria.

«El turismo electoral turco es el Caballo de Troya de Erdogan', dice refiriéndose al presidente turco»

Pero VMRO no se queda muy atrás. El fin de semana de las elecciones sus miembros bloquearon la ruta a fin de evitar que turcos con doble nacionalidad cruzaran la frontera para votar. Tienen derecho a hacerlo casi medio millón de turcos. Georgi Drakaliev, uno de los líderes de VMRO, afirma que buscaba proteger el honor de Bulgaria y que esta es una causa mucho más importante que la campaña. «El turismo electoral turco es el Caballo de Troya de Erdogan'», dice refiriéndose al presidente turco. Pese a que eventualmente el bloqueo fue levantado, VMRO y Drakaliev obtuvieron la atención que buscaban horas antes de unas elecciones que podrían llevarlos a formar parte del gobierno.

Pese a los bloqueos, el cuarto puesto lo ocupó el Movimiento por los Derechos y Libertades (DPS), el partido que representa a la minoría turca en Bulgaria y a los búlgaros de etnia turca fuera del país. Es muy poco probable que DPS se una a GERB, especialmente porque desde el año pasado sus intereses pasan por otro lado: la disputa con una nueva facción turcobúlgara llamada Demócratas por la Responsabilidad, la Libertad y la Tolerancia (DOST) y fundada en 2016. Su líder, Lyutvi Mesttan, es un exmiembro de DPS expulsado por haber apoyado al gobierno

turco en el conflicto diplomático por el derribo de un avión ruso en noviembre de 2015. Mientras que DPS se alinea con Moscú y tiene buenas relaciones con el socialismo búlgaro, DOST es la sucursal local de Erdogan, que busca expandir sus influencias. Durante los bloqueos en las rutas del fin de semana electoral, desde VMRO definieron a DOST como un partido «anti-Bulgaria, propagandista, que puede ingresar al Parlamento en forma artificial, importado de otro país». Con menos del 3 % de los votos, el nuevo partido turco no logró ni una sola banca en la Asamblea Nacional.

Por último, Volya («Voluntad») cosechó poco más del 4% de los votos. Se trata de un partido neoliberal y nacionalista liderado por Veselin Mareshki, poderoso empresario farmacéutico que busca mejorar las relaciones con Moscú. El futuro del partido en el Parlamento es difícil de predecir porque la campaña de Mareshki se basó en promesas vagas relacionadas con ponerle freno a la corrupción, apoyar a las pequeñas y medianas empresas, e intentar que los jóvenes no se vayan del país. Aun así no sería descabellado pensar en Volya del lado de cualquiera que llegue al gobierno.

El 32,65 % que obtuvo GERB le permitió hacerse con 95 de las 240 bancas del Parlamento. Si logra un acuerdo con Patriotas Unidos, la coalición sumaría 27 bancas, alcanzaría la mayoría y podría formar gobierno. El exguardaespaldas de líderes comunistas Boiko Borisov iniciaría así su tercer mandato como primer ministro, cargo que ejerció entre 2009 y 2013, y entre 2014 y enero de este mismo año, cuando se hizo efectiva su renuncia.

Publicado en *Tiempo Argentino*, 8 de abril de 2017

16 | La calurosa bienvenida de Polonia al amigo americano

NO IMPORTA SI LA MULTITUD NO PUEDE LLEGAR HASTA LA PLAZA KRASINSKI y su monumento, parece que a todos les alcanza con ver al presidente estadounidense a través de la pantalla, aplaudirlo aunque no pueda escuchar y mostrarle banderas aunque Donald Trump esté a unos 300 metros y doblando una esquina. Antes del inicio del acto suena música country a través de los parlantes y un grupo de hombres y mujeres sostienen una pancarta frente al público: «Lets Make Poland Great Again». No son los únicos que juegan con el famoso slogan de campaña del magnate, a unos pocos pasos cuatro jóvenes, vestidos muy elegantemente pese al calor, exhiben frente a las cámaras la leyenda «ayudanos Donald a hacer a Polonia grande una vez más». Frente a la pantalla y a lo largo de la calle Miodowa se acumulan unas diez mil personas, casi todos enarbolan insignias con los colores blanco y rojo de Polonia, muchos otros suman el azul de Estados Unidos. Hay carteles, remeras, pins y gorras con la cara de Trump, como si fuera el rockstar de la jornada.

La música country se interrumpe y en la pantalla aparecen el presidente polaco Andrzej Duda, su colega estadounidense y las esposas de ambos. Melania Trump es la primera en hablar, cuenta que ha visitado un museo de ciencias en Varsovia y que fue muy interesante. El público aplaude a rabiar la irrelevante intervención. Entonces es el turno de su esposo que agradece a Duda y el público aplaude una vez más; luego agradece al Premio Nobel de la Paz y símbolo del fin del comunismo polaco Lech Wałęsa. Abucheos, chiflidos. El partido gobernante Ley y



| Acto de Donald Trump en Varsovia.

Justicia es sumamente nacionalista, conservador, racista y, entre otras cosas, se ha dedicado a atacar a Wałęsa acusándolo de haber sido un traidor, un agente soviético. Y el público lo cree, especialmente aquellos que son demasiado jóvenes como para recordar qué hizo Wałęsa en los 80.

Durante los siguientes 45 minutos Trump le cuenta a los polacos la historia de Polonia a lo largo de los últimos dos siglos, remarcando la lucha contra los nazis y la resistencia contra la presión soviética. Doro-

Polonia es uno de los sólo cinco países miembros de la Unión Europea cuyos ciudadanos necesitan visas para entrar a Estados Unidos.

ta, psicóloga de 33 años, dice que se nota que el presidente ha hecho su tarea porque lo que dice tiene sentido. Pero en seguida es interrumpida por un griterío unánime que sólo repite «queremos a Dios». Claro, Ley y Justicia es también tradición, familia y espíritu eclesiástico. En algún momento los clamores divinos son reemplazados por otros que recuerdan «la gloria de nuestros héroes», para finalmente cerrar con el mundano cántico «Donald Trump, Donald Trump» cuando el presidente habla de seguridad y terrorismo.

A pocos pasos de los aplausos, sobre la calle Schillera, un grupo de manifestantes canta ininterrumpidamente *Trump, go home*. «Bernie Sanders podría haber ganado», grita alguno. Sobre Miolowa, Tomasz, de 40 y con una banderita en cada mano, celebra que haya libertad de expresión y que «a los que no les gusta Trump también puedan estar». Luego comenta algo sobre lo inteligente y fuerte que es el presidente estadounidense y sobre lo orgulloso que se siente por recibirlo en Varsovia. No le importa si todo el florido discurso no incluyó un anuncio sobre liberalización de visas: Polonia es uno de los sólo cinco países miembros de la Unión Europea cuyos ciudadanos necesitan visas para entrar a Estados Unidos.

Luego de hablar sobre historia, seguridad, energía, la OTAN, el importante papel de Polonia («es el corazón de Europa»), de

reclamarle a Rusia por su intervención en Siria y de agradecer una vez más a Duda, Trump pide que Dios bendiga a Polonia y a Estados Unidos y cierra el acto aplaudiéndose a sí mismo. Vuelve a sonar la música cuando ambos presidentes se dan la mano, luego el neoyorquino intenta saludar a la primera dama Agata Kornhauser, pero ella lo esquivo y saluda primero a Melania, dejando a Trump con la mano en el aire. Se escucha un breve pero notorio murmullo de incredulidad, alguna risa entre burlona e incómoda. Pronto eso también pasa y Trump, tan fuerte, tan inteligente, tan hábil, tan sabio y tan amigo de Polonia, escapa en un coche negro y chau, hasta luego.

Publicado en *Tiempo Argentino*, 9 de julio de 2017

17 | Lech Wałęsa, en la mira: de la gloria de Gdansk a los abucheos de Varsovia

DONALD TRUMP SUBE AL ESCENARIO EN PLENO CENTRO DE VARSOVIA Y la multitud enloquece como si se tratara de una estrella de rock. Hay mucha gente y muchas banderas polacas y estadounidenses. Primero habla Melania Trump, la Primera Dama, por apenas unos minutos, antes de cederle la palabra a su marido. Una vez más, aplausos, cánticos, euforia entre el público. Hasta que tantos vítores son reemplazados por abucheos, por chiflidos. Alguno hasta se atreve a insultar en voz bien alta. Es que el presidente acaba de agradecer la presencia de Lech Wałęsa, el bigotudo de 73 años que permanece apacible en su asiento junto al escenario y apenas si hace un pequeño gesto cuando lo nombran. Quizás no escuche a la multitud que parece detestarlo, quizás no escuche nada: parece absorto, un poco cansado. O tal vez su salud le esté jugando una mala pasada porque apenas dos días más tarde sería hospitalizado por problemas cardíacos. Pero ahora el Premio Nobel de la Paz, ex presidente y símbolo de la revolución pacífica que terminó con el régimen comunista polaco, se desentiende de los insultos y hace como que presta atención al discurso de Trump. Y el discurso continúa.

A poco menos de 400 kilómetros de allí, la ciudad portuaria de Gdansk recibe turistas con sus canales y su bello casco antiguo, lo suficientemente cerca del mar Báltico como para ser un importante centro comercial pero lo suficientemente lejos como para protegerse de ataques enemigos, ataques que, sin embargo, la ciudad ha tenido de

sobra. Wałęsa fue hospitalizado unas horas más tarde en Gdansk pero recibió el alta a los pocos días y la vida, como los discursos, continúa. Los turistas siguen deambulando junto al río, los patos siguen surcando el agua y los trabajadores siguen cruzando las rejas metálicas que separan a los legendarios astilleros del resto del universo. Sí, los astilleros aún le dan de comer a buena parte de Gdansk, aunque, claro, ya no son lo que eran. Muchos edificios han sido demolidos desde que este rincón del planeta se convirtiera en postal y el rostro de Wałęsa se esparciera impulsando el principio del fin. Aquí comenzó la inevitable caída del comunismo en el oriente europeo, aquí, en los astilleros que llevaban el nombre de «Vladimir Lenin», quien liderara aquella revolución de 1917. El principio y el final tienen el mismo nombre: a veces la historia puede ser curiosamente irónica.

Hoy los astilleros simplemente llevan el nombre de la ciudad y muchos de los edificios sobrevivientes están en pésimo estado. Aunque la mayor parte de la industria ya no pertenece al Estado ni a los trabajadores sino a una compañía ucraniana, sigue siendo una fuente de trabajo y un ingreso fundamental para Gdansk, además de un destino turístico: todos quieren acercarse al lugar en donde Wałęsa, el villano favorito del gobierno en la actualidad, se convirtió en héroe.

La década del 70 le trajo a la República Popular de Polonia importantes dificultades económicas y la necesidad de abrirse hacia occidente para recibir divisas. En los años siguientes más del 30% de los barcos construidos en Gdansk fueron vendidos a países «capitalistas». No bastó con eso para terminar con la escasez de comida y la pobreza, y pronto los aumentos de precios llevaron a las primeras manifestaciones. La dura represión del régimen en 1970 significó que en la zona de Gdansk fueran asesinadas al menos 42 personas durante las protestas. Wałęsa trabajaba por entonces en los astilleros como electricista y participó de esas manifestaciones como también de muchas otras a lo largo de la década hasta que finalmente fue despedido en 1976.

Pocos años más tarde una buena noticia llegó desde Roma cuando el polaco Karol Wojtyła se convertía en Papa Juan Pablo II. Los cambios se avecinaban.

La puerta número 2 del astillero de Gdansk no es más que una reja en la que a veces alguien coloca flores rojas y blancas, como la bandera polaca. También hay una foto del Papa local y una bandera del Vaticano, una imagen de la Virgen, muchas placas con nombres, fechas, frases poéticas que recuerdan lo que pasó allí, cuatro tablas de madera con 21 reclamos escritos a mano. Y un grupo de turistas que sacan fotos, fotos, fotos, fotos ¿Cuántos sabrán que estas rejas grises custodian

recuerdos de los días que cambiaron al mundo? Al otro lado se levanta el moderno y amplio edificio del Centro Europeo de Solidaridad, con sus paredes exteriores que simulan el metal oxidado de los barcos y sus ventanales oscuros como el Báltico durante una tormenta. La marejada es caos y miedo,

«El clima de descontento era generalizado y sólo faltaba una chispa que hiciera estallar la frágil estabilidad»

pero algunos marineros saben sortearla hasta alcanzar la calma, el fin de la lucha. Y algunos capitanes además saben guiar barcos y marineros a costa en medio del rugiente vendaval. Wałęsa era en los tempranos 80 un capitán de tormentas.

La situación económica era paupérrima, había hambre y los precios se disparaban. El clima de descontento era generalizado y sólo faltaba una chispa que hiciera estallar la frágil estabilidad. Esa chispa se llamó Anna Walentynowicz. Con sus 50 años a costas aún operaba grúas en el astillero y le faltaban pocos meses para jubilarse cuando fue despedida en agosto de 1980. La excusa fue que participaba ilegalmente de actividades sindicales clandestinas. En lugar de enfrentarse a las autoridades violentamente como en 1970, los trabajadores cambiaron la estrategia y decidieron encerrarse en el astillero que les pertenecía. Pronto las puertas fueron cerradas y comenzó la huelga.

Wałęsa debió saltar los muros para unirse a sus ex compañeros y, a fuerza de carisma y cierta prepotencia, liderarlos. El régimen intentó censurar información, nadie debía enterarse de lo que estaba sucediendo al otro lado de la puerta número 2, nadie podía saber que había trabajadores insatisfechos o que el sistema comunista, tan utópico y generoso, simplemente no estaba funcionando. Pero el gobierno no pudo detenerlo. El 17 de agosto, a tres días de iniciada la huelga, se colocaron tablas de madera a la vista de todo el planeta con 21 demandas, entre ellas aumento salarial, garantía de seguridad para los huelguistas, el derecho a formar sindicatos independientes, bajar la edad jubilatoria, licencia de maternidad por tres meses y día de descanso los sábados. Como hoy lo hacen cientos de turistas, un periodista occidental pasó por allí y tomó una foto con el listado de reclamos. Ya nadie podría desvirtuar el mensaje. Pocos días más tarde toda Polonia estaba en huelga y occidente miraba atentamente a los astilleros de Gdansk.

En medio de un descampado en el que probablemente se levante un shopping en un futuro cercano hay un edificio bastante pequeño. Es conocido como BHP y alberga un museo con tan sólo tres salas, un café, una tienda de recuerdos, un monumento a Anna Walentynowicz. No más que eso. Hace unos cincuenta años comenzó a utilizarse como centro de salud y seguridad del astillero Lenin. Aún se conservan cascos y letreros relativos a aquel uso original. No importa nada de eso, lo único que importa es que en el extremo de una de las salas hay una mesa larga sobre un escenario con banderas polacas a cada lado y una enorme maqueta de un barco. En las paredes hay una cruz católica y un cartel que emula otras épocas: en él se lee «21 veces sí» como exigencia de respuestas afirmativas para cada uno de los reclamos escritos en las tablas de madera. Hoy hay allí una exposición sobre la historia de la huelga y los astilleros, pero el 31 de agosto de 1980 la sala albergó un acuerdo histórico firmado por Wałęsa y el gobierno que permitió la creación de organizaciones sindicales independientes por primera vez

en el bloque oriental. Era el principio del fin. A poco más de dos semanas de terminada la huelga se fundó oficialmente el Sindicato Autónomo Independiente «Solidaridad», más conocido por su nombre polaco «Solidarność», la primera organización legal opositora a un régimen comunista en Europa, y con Wałęsa como su presidente. Ese mismo año se inauguró junto a la puerta 2 un monumento con tres anclas crucificadas en honor a los (al menos) 42 muertos por la represión de 1970. Anclas como símbolo de resistencia, de fuerza, de estabilidad en medio de la marejada.

Eventualmente, Wałęsa ganaría el Premio Nobel de la Paz por liderar una revolución pacífica, con el regreso de la democracia se convertiría en el primer presidente elegido mediante el

voto popular, el aeropuerto de Gdansk sería nombrado en su honor y Solidarność llegaría a tener casi diez millones de miembros, cerca de un cuarto de la población polaca. Ni siquiera la ley marcial declarada en 1981 y el arresto de los líderes del primer sindicato independiente detendrían el

«Lech Wałęsa, como la industria en donde se hizo famoso, tuvo una década en el gobierno muy complicada»

avance de una transición ya inevitable. En el mismo astillero en donde se construyeron y lanzaron a las aguas más de un millar de barcos, el comunismo ya estaba hundido. En 1989 hubo elecciones en Polonia y pronto caerían una tras otra las dictaduras de Europa oriental. A los vecinos de Gdansk aún les gusta decir que el salto al muro de Wałęsa fue el prólogo de la caída del muro de Berlín. Un muro y otro muro que, por más que lo intenten, nunca duran.

Los astilleros tuvieron una transición difícil, se perdieron muchos puestos de trabajo y hubo sucesivas quiebras, cambios de mano y hasta una mudanza a la orilla opuesta del río. Es cierto que ya no son lo que eran pero aún allí se construyen y arreglan barcos. Lech Wałęsa, como la industria en donde se hizo famoso, tuvo una década en el gobierno muy complicada. Probablemente un simple electricista sin mayor

nivel educativo no estaba preparado para ser Jefe de Estado y tal vez aquel primer sindicato independiente no contaba con la organización necesaria para gobernar un país como partido político. El carismático bigotudo cuyo rostro apareció en todos los diarios del planeta, pronto perdió apoyo y la vorágine política de los años 90 y 2000 se deglutió al mito. Su caótica gestión, repleta de desaciertos fue rematada por una denuncia que el actual gobierno y sus seguidores repiten insistentemente: Wałęsa, el símbolo de la caída del comunismo, fue un colaborador de la policía secreta del régimen al menos hasta su despido en 1976. Hay numerosos libros e informes que afirman probar esta conexión y las explicaciones del ex presidente han sido hasta ahora ambiguas, esquivas, entre la negación, las acusaciones y las justificaciones vagas ¿Cómo saber cuánta verdad existe en aquellos documentos del régimen comunista? Eran tiempos de propaganda, de miedo, de paranoia, censura y prisioneros políticos. Y si Wałęsa efectivamente colaboró con el régimen, ¿quién sabe bajo qué condiciones o presiones lo hizo? Hoy al gobierno le sirve tenerlo de enemigo mientras él se recluye en presentaciones públicas por las que cobra importantes sumas.

Wałęsa estuvo cuatro días en el hospital hasta ser finalmente dado de alta. Su estado de salud no es el mejor y su corazón carga con el peso de la historia, de una historia que es la de su vida y la de su país, la de un hombre que supo ser mito y leyenda antes de debilitarse por su propio peso. Será que nadie es profeta en su tierra. O tal vez es que los mitos murieron con la civilización helénica y al final Wałęsa es tan sólo un hombre cuyas contradicciones y errores no empañan el valor simbólico de aquellos años de lucha. Es por eso que estuvo en el escenario junto a Donald Trump y a los miembros más importantes del gobierno, porque simplemente no puede faltar. Tal vez los abucheos no duren para siempre.

Publicado en *Infobae*, 15 de julio de 2017

18 | **Cómo se reciclan y envejecen los edificios nazis de Núremberg, la ciudad favorita de Adolf Hitler**

ENTRE LAS COLUMNAS QUE ENMARCAN UN LARGO PASILLO CIRCULAR duerme un hombre, aunque sea mediodía. Tiene algunas bolsas a su lado, junto al muro, y botellas de gaseosa que deben estar calientes, casi hirviendo. Pero duerme profundamente y sus suaves ronquidos rebotan contra la pesada estructura que lo contiene, un edificio duro e imponente que se construyó para albergar a cincuenta mil personas. El plan original era que la enorme multitud se ubicara en tribunas semicirculares, desde allí todos los espectadores mirarían hacia un atril y vivirían exaltados a su líder, aplaudiendo cada palabra y celebrando el triunfo del supremacismo racial. No sucedió. Alemania perdió la Segunda Guerra Mundial y el nazismo se terminó. Pero no así el pesado edificio en donde ahora duerme el hombre de los suaves ronquidos.

La ciudad bávara de Núremberg le parecía ideal a Adolf Hitler, la consideraba el mejor y más perfecto paradigma de la supuesta raza, de la alemanidad. Le gustaba su castillo porque allí se habían llevado a cabo reuniones del parlamento en tiempos del Sacro Imperio Romano; le gustaban los edificios medievales y las murallas que aportaban un clima épico a la pompa nacionalista del partido Nazi; le gustaba su ubicación geográfica, cerca del centro del país. Pero probablemente lo que más le gustaba de esta ciudad era el apoyo casi absoluto, incuestionable y leal que recibía el nazismo de la población local. Era su ciudad favorita. Por eso entre 1927 y 1938 los congresos del partido

Nacionalsocialista Alemán se llevaron a cabo exclusivamente allí, con una asistencia que llegó a superar el medio millón de partidarios. Por unos pocos días al año Núremberg era el centro de desfiles, gritos, estruendos, luces, fuego, rituales, y la sede principal de la enorme maquinaria propagandista, racista: la base sobre la que se construyó el genocidio y las pesadillas hechas realidad para millones. Tal construcción requería de un escenario adecuado, con el peso y carácter épico de la pretendida leyenda.

«La Sala de Congresos fue concebida como un edificio fuerte, pesado, épico, una especie de vana imitación del Coliseo Romano»

Eran once kilómetros cuadrados en los que había enormes áreas abiertas con tribunas, estadios, parques, monumentos, salas de conferencias y, sobre todo, espacio, mucho espacio disponible para albergar a cientos de miles de partidarios. El área ofrecía lugar suficiente como para recibir a toda la población actual de Argentina, Colombia y Chile. En el proyecto original aparecían edificios que nunca fueron finalizados, otros que nunca se utilizaron y algunos que apenas comenzaron a construirse, todos ellos unidos por la Gran Calle, una avenida de 40 metros de ancho por la que debían marchar orgullosos soldados. Pero la invasión alemana a Polonia en 1939 significó el comienzo de la Guerra Mundial y el final de los planes megalómanos en Núremberg. Hoy queda poco de aquella delirante parafernalia, especialmente porque buena parte de la ciudad fue destruida durante los bombardeos aliados de 1945.

En el extremo norte de la Gran Calle hay un pequeño lago por el que navegan coloridos botes a pedal y deambulan algunos patos. En la orilla hay bares y jóvenes que se refugian bajo los árboles de este sorprendentemente duro sol de mayo, beben cerveza despreocupadamente y sin prestar mayor atención a la enorme estructura que se levanta al otro lado. Desde allí se llega a ver la sección recta del edificio en forma de letra D, el lugar desde donde Hitler debía hablar y recibir

los aplausos de 50 mil nazis una vez finalizada la construcción. La Sala de Congresos fue concebida como un edificio fuerte, pesado, épico, una especie de vana imitación del Coliseo Romano, tan amplio como ampuloso, tan prepotente como pretencioso. Cuando comenzó la obra en 1935 se anunciaban 70 metros de altura y un enorme techo que cubriría todo el recinto, pero apenas (¿apenas?) se alcanzaron 39 metros, y las tribunas y el techo nunca se construyeron. Sobrevivió una herradura de 250 metros de diámetro con un amplio espacio vacío y abierto en medio que hoy no es parque ni museo: no es más que un espacio vacío y abierto, el centro del mayor edificio nazi aún en pie.

«La grandilocuente megalomanía nazi se ha convertido en poco más que un depósito de chatarra»

Cada junio el área que solía recibir a cientos de miles de nazis, recibe a cientos de miles de jóvenes que asisten al festival Rock im Park. Aún faltan seis semanas pero las tareas de logística y preparación ya han comenzado. Gus fue de los primeros en llegar, habla poco inglés y fuma tranquilamente junto a una joven con sombrero negro

de vaquero. No tienen mucho que hacer. Son las únicas dos personas en el vasto espacio abierto rodeado por los muros semicirculares de la Sala de Congresos, y tan sólo se limitan a fumar y a esperar la llegada de camiones con material para el festival. «Sí, es un poco raro trabajar acá, pero es cómodo y amplio, nadie molesta, no pasan coches. Hay muchos sótanos y espacios para almacenar cualquier cosa», dice Gus. ¿Y la ventaja más importante? «Es muy fresco en verano».

La mayor parte de la fallida Sala de Congresos hoy está vacía porque, al no existir ningún tipo de sistema anti incendio, el gobierno no autorizó su uso. En las áreas que sí se utilizan hay depósitos en los que se almacenan todo tipo de material para festivales, ferias o cualquier otro evento grande, incluyendo los famosos mercados navideños de Núremberg. En una sección funciona un Centro de Documentación y museo sobre el nazismo, la Orquesta Sinfónica local tiene su sede

frente al lago, hay un museo deportivo, una empresa de seguridad privada, un taller mecánico y también un hombre que ronca suavemente en el área exterior del edificio que tanto pretendía recordar al Coliseo romano. La grandilocuente megalomanía nazi se ha convertido en poco más que un depósito de chatarra.

Todo el complejo pertenece a la ciudad, que lo mantiene y gestiona los alquileres. Alexander Schmidt trabaja en el Centro de Documentación como historiador e investigador, y para él este es un buen concepto: «Conservar este edificio es muy costoso, por eso la ciudad lo alquila y el dinero se destina por completo al mantenimiento general. No creo que haya mejores alternativas».

Desde el final de la guerra ha habido numerosas propuestas para el futuro de la Sala de Congresos, incluyendo insistentes reclamos de demolición. «Mucha gente habla de destruirlo, dicen que no lo necesitamos, que es un edificio nazi, un recuerdo de tiempos horribles, que es caro y una pérdida de dinero. Yo creo que es un buen lugar para aprender», dice Schmidt. Otros proyectos incluían la construcción de un estadio o un centro comercial, pero nada de eso prosperó en parte por falta de fondos y en parte por falta de apoyo. Si el enorme edificio nazi sobrevive nadie quiere que su uso sea demasiado comercial.

Al otro lado del lago se levanta una de las pocas construcciones del complejo que fueron finalizadas. La tribuna principal del Campo de Zeppelin mide 360 metros de largo y solía estar coronada por una enorme esvástica destruida espectacularmente en 1945 por el ejército estadounidense. A ambos lados del palco oficial había una larga serie de columnas que fueron demolidas en los años 70 por razones de seguridad, y en los extremos la tribuna era rematada por dos altas torres que fueron reducidas a la mitad. En la cima de ambas estructuras había pebeteros en los que ardía un fuego ritual, parte de la religiosidad de los encuentros nazis. Hoy los escalones de esta tribuna central, concebida para ser altar, se ven desvencijados. Una malla metálica impide el



| **Salón Dorado, dentro de la tribuna principal del Campo de Zeppelin.**

paso a algunas secciones y en otras un cartel advierte que el visitante accede bajo su propio riesgo, que hay peligro de colapso. En las profundidades de la estructura se encuentra el Salón Dorado, una amplia habitación con esvásticas en el techo que alguna vez se utilizó como museo y que hoy lamentablemente no admite visitantes, pese a su imponente arquitectura.

Una calle frente a la tribuna se utiliza una vez al año para albergar una competencia automovilística. Cruzando la calle se encuentra el Campo de Zeppelin, el sitio en donde aterrizó una aeronave en 1909 bautizando este rincón de Núremberg hasta el día de hoy. Alguna vez hubo allí 200 mil personas formando parte de aquel gigantesco y delirante encuentro en el que el racismo era celebrado, una multitud apelmazada en un espacio de casi 90 mil metros cuadrados, el equivalente a once campos de fútbol. La directora Leni Riefenstahl inmortalizó estos rituales en las películas *La Victoria de la Fe* (1933) y *El Triunfo de la Voluntad* (1935).

Si la tribuna principal está en mal estado, las gradas destinadas originalmente al público, que rodean los tres cuartos restantes del campo, son poco más que una ruina cubierta de plantas y olvido. Una serie de 32 pesadas torres le daban a todo el recinto el aspecto de un castillo, una forma de cerrar y cercar a los asistentes, ponderando cierta idea de ficticia comunidad. Las torres siguen ahí, cada día un poco más oscuras, mientras que el campo propiamente dicho se utiliza para prácticas deportivas y es sede del festival Rock im Park.

El Campo de Zeppelin enfrenta la misma clase de cuestionamientos que la Sala de Congresos: ¿qué debe hacer la ciudad con esta pesadísima herencia de tiempos oscuros? Muchos insisten en dar vuelta la página, demoler y ahorrarse las altas sumas que significan conservar estos edificios. Schmidt calcula que para reparar la tribuna central se requiere una inversión de 70 millones de euros. Pero por ley toda la zona está protegida y no puede haber demoliciones, aunque eso no

significa que la naturaleza no esté haciendo lentamente de las suyas, como lo hace en la tribuna cubierta de plantas.

Sea cual sea el futuro de este enorme predio de casi 11 kilómetros cuadrados repletos de edificios y rastros del período más negro de la historia germana, hay algo indudable. Albert Speer era el arquitecto preferido de Hitler y fue el elegido para diseñar esta capital partidaria. Alguna vez dijo que los edificios en Núremberg estaban destinados a mantenerse en pie durante miles de años, como aquellos levantados por los emperadores romanos. Indudablemente Speer se equivocó.

Publicado en *Infobae*, 11 de junio de 2017

19 | La nueva cara del racismo y la xenofobia en Alemania

LA ULTRADERECHA ALEMANA COMIENZA A ESBOZAR SU ESTRATEGIA DE cara a las elecciones federales de septiembre, y lo hace a partir de importantes cambios en la cúpula partidaria. El congreso de Alternativa Para Alemania (AFD) se llevó adelante el fin de semana pasado en Colonia y significó el debilitamiento de la líder del partido, Frauke Petry, quien ya no encabezará la lista electoral. Su apuesta por promover un acercamiento a otras fuerzas para posicionarse como alternativa al gobierno, pese a que los principales partidos ya habían establecido de antemano que no aceptarían ningún tipo de alianza junto a AFD, fue ampliamente rechazada. Esto significó el ascenso de dos nuevos exponentes, parte del ala más conservadora, si cabe: Alexander Gauland y Alice Weidel.

Gauland es el vicepresidente de AFD, tiene 76 años, y es profundamente racista y nacionalista. Es probablemente el mejor paradigma del partido, pero su compañera es un tanto diferente. La economista liberal de 38 años Weidel apunta a recuperar el marco alemán y salir de la Unión Europea. Será candidata a canciller en septiembre y, pese a encabezar un partido abiertamente conservador y xenófobo, no esconde su homosexualidad. Para responder a la evidente contradicción y las acusaciones de hipocresía, siempre ha marcado una estricta frontera entre su vida privada y su posicionamiento político como miembro de un partido que se opone a los derechos civiles de la población LGBT. Las vagas justificaciones parecen bastarles a sus correligionarios, más

interesados en las propuestas económicas de Weidel que en su pareja y sus hijos.

Antes del congreso, diversas encuestas posicionaban a AFD con cerca del 10% de intención de voto, lo que lo convertiría en la tercera fuerza a nivel nacional, en el principal referente de la oposición y en el primer partido de ultraderecha en alcanzar asientos en el Bundestag, el Parlamento alemán. Pero es probable que la caída de Petry y el ascenso de alguien aún más conservador y racista como es Gauland signifiquen una pérdida importante de votos, incluso no alcanzar el 5% y quedarse afuera del parlamento. También la disputa interna entre ambos líderes

«Desde las últimas elecciones en 2013 (...), el oficialismo ha perdido casi el 10% de intención de voto»

debilita al movimiento en tiempos en que la derecha y ultraderecha europea celebran los buenos resultados de Marine Le Pen en Francia y el Brexit en el Reino Unido. El tercer problema que enfrenta AFD es que el ingreso de refugiados a Alemania, las solicitudes de asilo y la exposición mediática de los migrantes han disminuido notablemente

en los últimos años. Esto constituye un importante desafío para un partido con apenas cuatro años de historia que ha hecho del racismo su principal recurso y que busca afianzarse como contracara a las políticas de puertas abiertas promovidas por la canciller Angela Merkel y su Unión CDU/CSU. Desde las últimas elecciones en 2013, antes de que la crisis migratoria afectara a Alemania, el oficialismo ha perdido casi el 10% de intención de voto, aunque aún lidera todas las encuestas con alrededor del 32 por ciento.

Considerando las problemáticas que debe enfrentar AFD, el nombramiento de Weidel puede ser visto como una estrategia para mostrarse tolerante y evitar que los cambios recientes sean percibidos como una profunda radicalización de cara a la campaña electoral. Si bien la economista ofrece una imagen menos conservadora y polémica que Gauland, eso no significa que sea la oveja negra de la ultraderecha.

A lo largo de la semana anunció ante sus seguidores que «somos patriotas y no nos dejaremos ablandar», y llamó a levantarse «en defensa de la identidad alemana».

Además de la elección de Gauland y Weidel para encabezar la campaña, durante el encuentro en el Hotel Maritim los 600 miembros de AFD aprobaron un programa que promueve el cierre de las fronteras, la rápida expulsión de extranjeros que cometan crímenes y la declaración de que el islam es «incompatible con Alemania». La primera prueba que deberá afrontar este nuevo programa será el 14 de mayo en las elecciones regionales de Renania del Norte-Westfalia, el estado con mayor población del país, que incluye a Colonia. De los 16 estados alemanes, este es uno de los cinco cuyo parlamento regional no tiene presencia de AFD.

«ACÁ NO HAY CERVEZAS PARA LOS NAZIS»

Mientras puertas adentro del céntrico Hotel Maritim la ultraderecha alemana debatía su futuro, unas 20 mil personas marcharon por las calles de Colonia para protestar contra el racismo y la xenofobia que promueven los miembros de Alternativa Para Alemania. Se desplegó un enorme operativo de seguridad que incluyó a 4000 policías, carros hidrantes y el cierre de los alrededores del sitio del congreso desde el viernes por la tarde.

Durante los días previos al congreso los bares de Colonia mostraban la misma pancarta: «Acá no hay cerveza para los nazis». La convocatoria fue el sábado en la plaza de Heumarkt, el punto accesible más cercano al hotel y frontera entre la extrema derecha y la heterogénea manifestación, sin una organización concreta y con gente de todas las edades y banderas. A partir de allí la multitud marchó en un lento círculo de unos cuatro kilómetros alrededor del área central de la ciudad. Participaron miembros de partidos políticos de izquierda, organizaciones LGBT, antifascistas, comunistas, feministas, grupos cristianos, así

como también la independiente alcaldesa de Colonia, Henriette Reker, y la gobernadora del estado de Renania del Norte-Wesfalia, Hannelore Kraft, del Partido Socialdemócrata. Numerosas personas marcharon vestidas de negro y con el rostro cubierto, algunas de ellas atacaron un banco y un local de McDonalds.

Publicado en *Tiempo Argentino*, 29 de abril de 2017

20 | Visita a Kaliningrado, la insólita ciudad rusa que está a 600 kilómetros de Rusia

EL APARTAMENTO ES CHATO, GRIS, MONÓTONO, ABURRIDO PERO CONFORTABLE, o más bien habitable, tan igual a los miles de apartamentos en cada una de las cientos de khrushchchovkas, esas torres chatas, grises, monótonas, aburridas que tanto abundan en las ex ciudades soviéticas. Sobre una pequeña cómoda de madera reposa un carnet de identidad sucio con el escudo y los colores polacos, como si Katya hubiera nacido en Varsovia o Gdansk. Pero Katya es rusa, tan rusa como la ciudad en la que nació hace 22 años. Y esa tarjeta cubierta de polvo en medio de un apartamento tan soviético como las hoces y los martillos, esa tarjeta que debería facilitarle la entrada a otro país, ya no le sirve para nada. Entonces acumula mugre y olvido mientras a su dueña no le queda otra que tramitar la visa para cruzar una frontera extraña y reciente que no tiene demasiado sentido. Pero es así. El enclave ruso de Kaliningrado es así. No queda otra.

En medio de la ciudad hay una isla que hasta hace algunas décadas fue centro de comercio y cultura, de religión y ciencia. Por ese entonces nada de esto era parte de Rusia, no tenía ninguna relación con los eslavos, mucho menos con los soviéticos. La ciudad llevaba el inocutablemente alemán nombre de Königsberg y había sido fundada en 1255. Durante siglos se construyeron iglesias, universidades y una fortaleza que se haría castillo y convertiría a este puerto del Mar Báltico en uno de los rincones más importantes de Prusia, el estado que antecedió a

la moderna Alemania. El área central de aquella isla era ocupada por una catedral que nació católica en el siglo XIV y lo fue hasta las primeras ceremonias luteranas, 200 años más tarde. Todo era alemán en Königsberg, los edificios, el idioma, la cultura, la religión, la historia, la comida, los barcos, la educación. Pero hoy es una especie de isla rusa separada por más de 600 kilómetros del resto del país y rodeada por estados políticamente distantes: Polonia y Lituania, ambos miembros de la Unión Europea y de la OTAN. La ciudad no sólo cambió de manos, todo allí fue trocado o transfigurado tras la Segunda Guerra Mundial. Los soviéticos se hicieron con la zona tras los acuerdos de Potsdam entre julio y agosto de 1945, y ya nada sería lo mismo.

«Todo era alemán en Königsberg, los edificios, el idioma, la cultura, la religión, la historia, la comida, los barcos, la educación»

Evgenya es rubia, de cara ancha y sus incandescentes ojos verdosos parecen gritar a los cuatro vientos el origen eslavo. Trabaja en la oficina de información turística y es de las poquísimas personas que realmente habla bien inglés. Es que no son muchos los extranjeros que visitan Kaliningrado. Uno de sus compañeros se llama Andrei, tiene apenas 17 años pero habla alemán a la perfección. «La mayoría de turistas son rusos o alemanes», explica Evgenya, «todavía llegan algunas personas muy mayores que nacieron en la ciudad cuando era alemana, o tal vez vienen sus hijos a conocer la tierra de sus padres. Entonces hay que hablar alemán, preparar folletos en alemán, vender excursiones en alemán. En inglés no hay tanto». Sonríe y dice que viajar desde Kaliningrado no es difícil, que casi todos tienen visa para entrar a la Unión Europea, que comprar ropa en Polonia es más barato y que las tres horas que promedia la espera en la frontera no le molestan.

Pese a la necesidad de tramitar visado, para los habitantes del enclave es más común viajar a los países vecinos que al resto de su propio territorio. La oferta aérea es escasa y cara, pero existe una línea

ferroviaria que une Kaliningrado con Moscú pasando por la capital lituana de Vilna. El gobierno ruso subsidia el pasaje para que en esta especie de isla nadie se sienta demasiado aislado, entonces es mucho más barato viajar a la capital rusa que a la lituana, aunque sean casi 900 kilómetros más de recorrido. Bastará con comprar boleto a Moscú y bajarse en Vilna para ahorrarse unos cuantos rublos. Muchos lo hacen y no hay forma de impedirlo o controlarlo, tal vez porque simplemente no tiene sentido.

Casi siete siglos duró el control alemán de esta región y sin embargo los soviéticos se encargaron de que no quedara ni una pizca de espíritu germano suspendida en el aire de Kaliningrado. Claro que la guerra les facilitó el trabajo: los bombardeos británicos de 1944 seguidos por las duras batallas entre enero y abril de 1945 dejaron poco más que cenizas. El castillo permaneció en ruinas hasta ser finalmente dinamitado a fines de los 60s y reemplazado por el extraño y eternamente inconcluso edificio conocido como Casa de los Soviet. Hoy la gigantesca mole con forma de tostadora, robot o algo parecido está hueca y un guardia de seguridad a veces, dependiendo de su humor, permite la entrada a cambio de unos 5 dólares.

La catedral, el otro símbolo de la ciudad, se mantuvo en pie aunque completamente abandonada hasta los tempranos 90s, cuando las autoridades decidieron darle uso. Instalaron bancos que le dan la espalda al altar y miran al imponente órgano y desde entonces hay dos conciertos diarios. Además, quizás como una forma de cerrar heridas de la Guerra Fría, el edificio alberga una capilla ortodoxa y una luterana. Otras iglesias sobrevivientes se convirtieron progresivamente en salas de conciertos, filarmónicas y hasta en un teatro de marionetas. No, a los soviéticos no les interesaba conservar edificios religiosos.

A poco de finalizada la guerra, los ciudadanos alemanes fueron expulsados y reemplazados por rusos que crecieron y se multiplicaron sin ningún tipo de influencia germana, polaca o lituana, como si

vivieran en Moscú o Kazán. Cien por ciento rusos. O en realidad no tanto. Es que una parte de la alemanidad quedó en pie pese al destierro cultural que siguió a la derrota bélica. El filósofo iluminista Immanuel Kant nació, estudió, trabajó y murió en Königsberg; de hecho nunca se alejó más de 150 kilómetros de su ciudad natal. Como su famoso *sapere aude* («atrévete a saber»), se limitó al estudio y no a los recorridos físicos, fue enterrado en la catedral de la única ciudad que conoció. Y

«El nombre fue escogido para honrar a Mijaíl Kalinin, bolchevique que había participado en la fundación de la Unión Soviética»

allí sigue. La Universidad Albertina, en donde estudió en el siglo XVIII, fue destruida junto con la estatua que lo honraba, pero ambas fueron reemplazadas: en 1967 se fundó la Universidad Estatal de Kaliningrado (hoy llamada Universidad Federal Báltica Immanuel Kant) y en los 90s se instaló una réplica de aquella estatua. De la antigua capital prusiana tan sólo queda una tumba en la que descansan un filósofo, una cultura y un pasado.

Ya no quedaban alemanes cuando en 1946 Königsberg transmutó en Kaliningrado. El nombre fue escogido para honrar a Mijaíl Kalinin, bolchevique que había participado en la fundación de la Unión Soviética, había presidido el Soviet Supremo y acababa de morir de cáncer. Hoy Kalinin hace de irreligioso santo patrón de la ciudad, en forma de estatua junto a una estación de trenes aún coronada por la hoz y el martillo. Desde ese mismo punto nace la avenida Vladimir Lenin, arteria principal en sentido norte-sur. Pareciera que nada ha cambiado demasiado desde la caída de la Unión Soviética, pero las cosas que se han mantenido son simbólicas. A los fines prácticos, todo es distinto. Durante décadas la URSS incluía a Lituania, así que no había que cruzar frontera alguna para llegar a Moscú. Y Polonia era un país aliado, camarada marxista. Ni aislamiento ni nada. No se necesitaban alternativas ni complejos trucos para sortear las distancias. Hoy sí.

Desde 2012 los habitantes de Kaliningrado y los polacos de ciudades cercanas a la frontera podían cruzar sin necesidad de visa, alcanzaba con un simple trámite que incluía un carnet de identificación. El negocio era muy bueno para las tiendas polacas, que ofrecen productos como frutas, verduras, carne y ropa a un precio mucho menor que en Rusia, pero también era una buena forma de promover el turismo en Kaliningrado además de, por supuesto, unir a los vecinos de ambos países. Pero el gobierno polaco adujo motivos de seguridad y puso fin a esta política a mediados del año pasado, poco antes de la Cumbre de la OTAN, en Varsovia, y de la Jornada Mundial de la Juventud, en Cracovia. Las tensiones políticas entre ambos países no ayudan, entonces nadie propone alternativas y ahora a ambos lados de la frontera se necesita realizar el complejo y costoso trámite de visado. Y aquel carnet de identidad acumula polvo sobre una cómoda.

Katya guarda su tarjetita polvorienta como recuerdo y con la esperanza de que algún día vuelva a servirle. Habla inglés porque trabaja en un hotel que casi no recibe turistas pero sí empresarios, inversionistas, gente de negocios en general, y lamenta que ahora no lleguen tantos polacos como antes, cuando podían pasar un fin de semana en Rusia y volver a casa. Pero más lamenta no poder visitar la ciudad de Gdansk, a la que iba frecuentemente. Entonces debe contentarse con mirar hacia el otro lado del mapa. Es que el consulado local de Lituania ofrece visas de tránsito válidas por 24 horas por 5 euros. La idea es que los rusos puedan cruzar sin dificultades hacia el resto de su país, pero también es una forma sencilla de ir a pasar el día al otro lado de la frontera.

Hacia el oeste, en una isla rodeada de las aguas del río Pregolia, se construye a paso lento pero firme un estadio blanco muy cuadrado, muy recto. El año próximo deberá recibir a 35 mil espectadores durante cuatro encuentros de la fase de grupos del mundial de fútbol ¿Y si justo le toca jugar a Alemania? Podría ser curioso pero no más que eso. Porque Kaliningrado es una ciudad rusa, por no decir soviética,

que renació de las cenizas de la guerra con una fuerte amnesia que le impide recordar su pasado germánico. Hoy es una urbe de hoces y martillos, de monumentos a guerreros triunfantes luciendo estrellas en sus cascos, de caracteres cirílicos, de estatuas de Vladimir Lenin y Karl Marx. Y aunque sea diferente a lo que fue (porque nada atestigua tanta muerte sin inmutarse) también es lo que fue siempre: una isla, gaviotas sin pasaporte y el olor del pescado en los muelles en una fresca y temprana mañana.

Publicado en *Infobae*, 20 de agosto de 2017

21 | Cumple 20 años la República de Užupis, un país delirante para todos menos para sus habitantes

ALCANZARÁ CON ATRAVESAR EL ANGOSTO RÍO Y CON CAMINAR UNOS POCOS pasos sobre un viejo puente para estar en otro país. No habrá apostado allí ningún policía, nadie pedirá documentación ni revisará equipaje. No habrá trámites burocráticos y quizás el turista despistado ni siquiera note que ha abandonado Lituania y su capital Vilna una vez al otro lado del angosto Vilnelė. Pero habrá llegado a la República de Užupis, el barrio que quiere ser país y, de una forma u otra, ya lo ha logrado. Al menos eso hacen saber las banderas y el curioso orgullo nacional de los habitantes de esta inexistente nación, que a veces no parece ser más que un chiste o una especie de experimento social. Pero es mucho más. Y ahora celebra sus primeros veinte años.

El 1° de abril es conocido en inglés como *April Fools' Day* (*Día de los inocentes*), día en que tradicionalmente se realizan bromas de todo tipo en numerosos países del mundo. En 1997, esa fue la fecha escogida para declarar la independencia de Užupis, como si se tratara de una bravuconada más. Pero era en realidad una declaración política en los años en que Lituania, ya independiente de la desaparecida Unión Soviética, buscaba reencontrarse con su identidad y con su propia historia. La caída del comunismo había significado para Vilna la desaparición de las estatuas de Lenin, pero también el comienzo de una nueva etapa. La ciudad necesitaba transformarse y dejar de lado las sombras del pasado reciente.

Para mediados de los años 90, Užupis, que en lituano significa «al otro lado del río», era un pequeño barrio sucio, abandonado, paupérrimo, con escasa infraestructura; un nido oscuro en donde solían recaer delincuentes y al que el resto de la ciudad le daba la espalda. En la otra orilla del Vilnelė se levanta la Academia de Arte, y desde sus ventanas los estudiantes alcanzaban a ver el olvidado vecindario. Entonces numerosos fotógrafos, poetas, músicos y cineastas pensaron que ese era el lugar ideal, tan cercano como barato, para refundar la sociedad. Y lo hicieron creando un país bohemio y bizarro que se constituyó como símbolo de una nueva era para Lituania, con su propio himno, su propia

**«Solía ser un barrio muy pobre por entonces (...)
¡Se ha convertido en un barrio tan prestigioso que mi abuela ya ni lo reconoce!»**

Constitución Nacional, presidente, gabinete de ministros, un pequeño ejército y hasta su propia moneda, el Euroužas. La bandera de esta curiosa nación cambia de color en cada estación del año y muestra una mano con la palma agujereada, símbolo de lo imposible de ocultar aún cubriéndose los ojos. Hoy, la ficticia República de Užupis

cuenta con más de 300 embajadores y cualquiera puede convertirse en ciudadano sin importar en dónde viva.

«Para mí Užupis es un gran lugar al que me gusta ir seguido», cuenta Kristina, de 26 años. «Cuando era niña solíamos ir a esa zona cada año para el Día de Todos los Santos porque allí hay un cementerio muy viejo en donde están enterrados mi tatarabuela y mi bisabuelo. Solía ser un barrio muy pobre por entonces, pero desde que se mudaron muchos artistas comenzó a cambiar gradualmente hasta convertirse en lo que es hoy: un rincón moderno y acogedor al otro lado del río ¡Se ha convertido en un barrio tan prestigioso que mi abuela ya ni lo reconoce!».

Por su parte, Laima, nacida en Colombia de padre lituano, destaca la libertad del barrio y el ambiente diferente al del resto de Vilna: «cuando recorres sus calles puedes ir admirando las muestras de arte y respirar un poco de aire fresco en medio de la ciudad».

Casi no pasan coches por las calles de este pequeño barrio de poco más de medio kilómetro cuadrado, no hay más ruido que los pasos de la gente y las aguas del río. A veces algún ave, no más. Se ven esculturas por doquier, arte callejero, graffitis, muchos bares y galerías. Es uno de los rincones más turísticos de Vilna y los visitantes suelen hacer fila para recibir el innecesario pero pintoresco sellado en sus pasaportes. Luego se marchan para recorrer los callejones cubiertos de plantas y objetos coloridos que los turistas parecen adorar. En el río hay un pequeño muelle al que los locales se refieren simpáticamente como el puerto internacional más pequeño del mundo. Al lado, un monumento imagina a Jesucristo como mochilero, muy cerca del espacio triangular conocido como Plaza Tíbet, en donde las coloridas banderas de plegaria recuerdan la visita del Dalai Lama, hoy ciudadano honorario de Užupis. En el centro del barrio-país se levanta la estatua de un ángel que toca una trompeta, como si despertara a la sociedad después de la larga noche que significó el control soviético. Hacia allí peregrinan cada 1° de abril los locales, con cerveza, música y banderas para celebrar el cumpleaños de la nación.

Pero probablemente el rincón más interesante sea la pared en donde están inscriptos los 41 artículos de la Constitución Nacional en numerosos idiomas. Entre ellos aparecen:

Art. 3. Todos tienen derecho a morir pero esta no es una obligación.

Art. 7. Todos tienen derecho a no ser amados, pero no necesariamente.

Art. 12. Un perro tiene derecho a ser un perro.

Art. 24. Todos tienen derecho a no entender nada.

Art. 26. Todos tienen derecho a festejar o no su cumpleaños.

Art. 27. Todos deben recordar su nombre.

Art. 29. Nadie puede compartir lo que no posee.

Art. 37. Todos tienen derecho a no tener derechos.

Algimantas Lekevičius es escultor, alfarero y director de Užupis TV. Formó parte de aquella primera camada que hace 20 años fundó la república y hoy mira hacia atrás para recordar que el barrio pasó de ser peligroso a calmo, de barato a caro, de estar abandonado a desarrollado y de ser divertido a ser más estable. «En estos años los habitantes originarios del barrio fueron parcialmente reemplazados por nuevos vecinos. Hoy miles de turistas caminan por aquí buscando quién sabe qué, y cada vez son más los que sólo se preocupan por levantar sus celulares para hacer algo. Pero en el fondo sigue existiendo la atmósfera divertida, amigable y libre. Las ideas principales siguen siendo importantes: no agresión y ser libre contigo mismo», dice y se enorgullece de tener la mejor constitución del mundo. «Además no tenemos impuestos ni inflación: desde hace 20 años que una cerveza vale 1 Euroūžas. Todo el mundo querría vivir en un país así».

Junto al puente que atraviesa el Vilnelė hay un letrero que da la bienvenida con cuatro claras señales de tránsito: atención de no caer al agua, máxima 20 kms/h, una Mona Lisa que establece el carácter artístico del territorio y una sonrisa que recuerda que tal vez todo esto sea sólo una broma. Porque probablemente Užupis no sea más que un muy elaborado chiste pergeñado por artistas, pero ha logrado reactivar un barrio abandonado y sucio. Más aún, mientras la sociedad aún se sacude el resabio del comunismo soviético, Užupis ha puesto la libertad de sus habitantes en primer plano. Tan es así que los artículos 16 y 17 de la Constitución establecen que todos tienen derecho a ser felices y que todos tienen derecho a no serlo. Pero tal vez el más importante y representativo de este no-país sea el número 32: todos son responsables de su propia libertad. Y desde hace 20 años, aquí todos lo son.

Publicado en *Infobae*, 1 de abril de 2017

22 | Preso por turista: una oscura odisea en Bielorrusia, el último resabio soviético en Europa

MUCHOS DÍAS DESPUÉS, CASI A PUNTO DE CRUZAR LA FRONTERA HACIA Ucrania, una joven de rastas grises llamada Nadzejka me diría que no se necesita hacer mucho para ir a una cárcel bielorrusa. Le había contado mi historia con todas las exageraciones y detalles posibles buscando inútilmente impresionarla, pero su respuesta fue más bien comprensiva, no apenada ni empática. El extranjero simplemente se había salido del circuito turístico tan sólo para chocarse de golpe con un país difícil. Cerraríamos el debate compartiendo videos de las duras represiones policiales a manifestantes y candidatos presidenciales por igual en pleno centro de la capital Minsk en 2010. «Sí, claro que es una dictadura, ¿qué tiene de sorprendente?», diría Nadzejka antes de darle un largo sorbo al vaso de cerveza fría.

No me tomó demasiado tiempo acostumbrarme a los policías chequeando mochilas y bolsos en cada estación de metro, con scanners y preguntas como si se tratara de un aeropuerto internacional. El proceso siempre fue breve, ridículo, bastante presuntuoso pero sobre todo artificial, casi falso: los policías hacen como que controlan porque saben que alguien de rango superior hace como que los controla a ellos. Y en realidad nadie parece ver nada y a nadie parece importarle. Aprendí muy pronto que Bielorrusia tiene muchísimas reglas dignas de una dictadura, como la obligación de registrar un teléfono local y/o el número de documento si se quiere acceder al WiFi en la mayoría de

lugares públicos, incluidos bares o restaurantes. Tomar fotografías de edificios públicos siempre es un problema. Claro que para cerciorarse de que tantas y tan curiosas normativas se respeten se necesitan muchos policías. Bielorrusia es uno de los países con mayor cantidad de policías por habitante en el mundo: casi 15 por cada mil personas, cinco veces más que Estados Unidos, siete veces más que Brasil y doce veces más que China. Siendo un poco más riguroso, no hay ni un sólo policía en Bielorrusia porque la institución como tal no existe. Al igual que en tiempos soviéticos, la fuerza se llama Milítsiya. También

«De noche cada edificio está iluminado y las avenidas principales brillan como un árbol de navidad colorido y algo kitsch»

conserva su nombre y función la KGB, la policía secreta de la URSS, como para no entristecer a los melancólicos. Vladimir Lenin está en cada plaza, las hoces y martillos aparecen en cada esquina y la bandera soviética flamea en muchos rincones del país, especialmente en aquellos lugares en donde se recuerda la Segunda Guerra Mundial,

como en el moderno edificio del Museo Nacional de la Gran Guerra Patria, inaugurado en 2014.

Bielorrusia es un viaje en el tiempo sin necesidad de conseguir un DeLorean. Incluso en la frontera el chequeo de pasaporte es un tanto arcaico, con oficiales inspeccionando quién sabe qué con sus pesadas lupas. En este país fuertemente agrícola abundan las pequeñas aldeas rurales, pero la capital Minsk, con sus dos millones de habitantes, es un caso aparte. Fue casi completamente destruida durante la guerra y reconstruida en el llamado estilo «imperial stalinista» en los años 50s: edificios opulentos, enormes y pesados, cubiertos de decoraciones y símbolos vinculados al régimen. Una gigantesca propaganda política. De noche cada edificio está iluminado y las avenidas principales brillan como un árbol de navidad colorido y algo kitsch. Mientras en Ucrania anuncian orgullosos que han finalizado el proceso de eliminación de todos los monumentos a Lenin, en Bielorrusia abrazan el pasado

soviético y lo cubren de flores y brillo. La USSR vive en cada centímetro cuadrado de un país que se niega a dejar atrás su historia reciente. Ni siquiera existe un proceso reflexivo sobre aquella etapa, no se cuestiona sino que simplemente se celebra como si todo lo ocurrido a lo largo de más de 70 años fuera glorioso e impoluto. Incluso los nuevos edificios gubernamentales mantienen la misma estética opulenta del pasado y hasta el escudo nacional se ve soviético.

Con la vigilancia a niveles soviéticos y la paranoia digna de cualquier dictadura, Nadzejka tenía razón: no se necesita hacer mucho para ir a una cárcel, ni siquiera ser un político opositor. Por mi parte, el inevitable encuentro se dio en una de las zonas más turísticas del país, la histórica fortaleza de Brest, en el extremo occidental de Bielorrusia. Esta ciudad siempre fue una frontera, por eso en el siglo XIX se construyó una defensa robusta con miles de soldados recluidos detrás de pesadas murallas. Cuando en 1941 los nazis decidieron invadir las tierras de Iósif Stalin, Brest fue el punto de partida. Tras la guerra, la fortaleza se convertiría en símbolo de la resistencia soviética, de sacrificio, honor y muchas otros conceptos de los cuales se nutrió durante décadas la propaganda del régimen. Por eso es tan turística, al menos para los rusos y bielorrusos.

La fortaleza es enorme pero tan sólo un tercio está realmente preparado para recibir visitantes. Fuera de la zona central, con su enorme monumento a un soldado anónimo, abundan los edificios olvidados, los bosques que cubren barracas y caminos. No hay información, ni mapas, ni direcciones, ni carteles. En medio de la espesura me encontré siguiendo un sendero. Al final, en un claro, había un antiguo tanque de guerra, probablemente de la Segunda Guerra, como aquellos que se ven en plazas de todo el país a veces como monumentos, a veces como juegos infantiles, siempre como propaganda. Ya me había acercado lo suficiente cuando miré en otra dirección y me paré en seco. Una barrera de alambre de púa junto a un puente, una decena de jóvenes soldados

armados hasta los dientes, perros. Atiné a marcharme, sin embargo ya uno de los soldados había cruzado la verja y me apuntaba con un oscuro fusil. Pidió pasaporte en estricto ruso, el idioma que habla prácticamente toda la población. «Cinco minutos», dijo y se marchó a hacer algunas llamadas. Pero a los cinco minutos llegaba levantando polvo una furgoneta UAZ verde, estridente y tambaleante, con al menos cuarenta años de servicio a los mandamás de las hoces y los martillos. Ahora me rodeaban unos veinte jóvenes soldados armados salidos del vehículo como payasos de un pequeño automóvil. «Cinco minutos». Pero a los cinco minutos estaba dentro de la furgoneta. Un perro ladraba ruidosa e incesantemente en la parte trasera y el único de los jóvenes soldados que hablaba algo de inglés repetía «no te preocupes». Y sonreía con sorna.

«Mantener los símbolos, la propaganda y la represión de tiempos comunistas le ayuda a conservar un poder absoluto como el de los líderes soviéticos»

Probablemente la mejor forma de explicar la afición soviética de Bielorrusia sea la figura del perenne presidente Aleksander Lukashenko. Es el único presidente que ha tenido el país desde su independencia de la Unión Soviética: asumió el poder en 1994 y desde entonces modificó la Constitución, la bandera, el escudo nacional y ganó cinco elecciones, las últimas en 2015 con más del 83 % de los votos. Es el líder todopoderoso e incuestionable que parece aspirar a ser un nuevo Stalin, y no sólo por el bigote. La oposición es duramente reprimida y hasta ha llegado a encarcelar a cinco de los candidatos presidenciales que se le enfrentaban electoralmente. Además, según Reporteros sin Fronteras, Bielorrusia es el país con menos libertad de prensa de Europa. Mantener los símbolos, la propaganda y la represión de tiempos comunistas le ayuda a conservar un poder absoluto como el de los líderes soviéticos.

El rostro de Lukashenko decoraba la pequeña sala dentro de la zona militar a la que me condujeron. Había escritorios baratos, un banquito y una computadora con Windows XP. Allí los soldados revisaron

mi mochila, billetera, cámara, teléfono celular, no de una forma metódica y rigurosa, sino con una curiosidad infantil. Se mofaban, preguntaban, reían. Ninguno tenía mucho más de 20 años. Hacían el servicio militar obligatorio para todos los varones menores de 27, por entre un año y 18 meses, dependiendo del nivel educativo: a mayor nivel educativo, menor cantidad de tiempo de servicio.

El banquito me sostuvo durante las siguientes cinco o seis horas en las que fui interrogado en forma al menos curiosa, a veces ingenua, a veces ridícula. Las preguntas se sucedían una tras otra, cada vez un poco más desconcertantes, desde un pedido de explicación a cada se-

llo en mi pasaporte a cuestionamientos al gorro frigio del escudo argentino, pasando por «¿por qué no tiene hijos?» y «¿usted es alcohólico?». En realidad el último ejemplo cobra sentido considerando que Bielorrusia tiene uno de los mayores consumos de alcohol per cápita en el mundo, algunos años carga con el curioso honor

de encabezar el ranking mundial con sus actuales 17.5 litros, más del doble que Argentina o Chile y más del triple que Perú. Uno de los mayores consumos de alcohol en el planeta y la mayor cantidad de policías, dos récords que enorgullecen a la ex República Socialista Soviética de Bielorrusia. Y no son los únicos.

En ningún momento me fue permitido hacer llamadas. Ni asesoramiento ni embajada ni conocidos ni nada. Banquito y preguntas. Las horas se hacían eternas en la pequeña sala con una única puerta bloqueada. Finalmente Andrej, aquel único soldado que hablaba inglés, se acercó y, probablemente aburrido o curioso, comenzó a hablarme. Claro que su nombre no es Andrej, o tal vez sí, quién sabe. No me quiso decir su nombre y yo no insistí. Tenía 22 años, quería estudiar economía pero su sueño era trabajar como policía «porque se gana muy bien». Le quedaban cuatro meses de servicio militar obligatorio y contaba

«En ningún momento me fue permitido hacer llamadas. Ni asesoramiento ni embajada ni conocidos ni nada. Banquito y preguntas»

los días como los presos. Apenas puede salir un fin de semana al mes pero ve y habla con su novia con más frecuencia que con su familia. Y sonreía pensando que sus padres y su hermanito entienden lo que está pasando: encerrado en un edificio militar todo el día, la misma comida, los mismos cigarrillos, las órdenes, el aislamiento, las armas y los mugrosos diez dólares que cobra por mes. Cuatro meses, repitió en voz baja y con una mueca melancólica antes de que lo interrumpiera uno de sus superiores al que llamaremos Anton.

«La barrera idiomática fue un problema entonces como lo sería a lo largo y ancho del país»

El supuesto Anton vestía de civil y fue el único superior que me dijo su edad, pero se negó a decir su nombre. Tenía 38 años. Empezó la noche en el papel de policía malo como en las películas, con un inglés un tanto pobre pero entendible. Acusaba, amenazaba, gritaba como buen descendiente de tiempos represivos. Hasta que en un momento se aburría de la exageración artificial y pasó las siguientes horas husmeando una y otra vez las páginas de mi pasaporte. Fue la primera persona en explicarme realmente qué pasaba. Aparentemente yo había ingresado a una zona prohibida de frontera, y, en lugar de echarme, decidieron que era más fácil (y probablemente más entretenido y redituable) pedirme pasaporte y llevarme por quién sabe cuántas horas. «Treinta metros de Polonia, treinta metros de OTAN y de guerra, ¿entiende?», diría en su pobre inglés. De nada servía justificarse por la ausencia de señalización o información. Era inútil, no había explicación lógica. Era «el Bombita» de Ricardo Darín lidiando con un país que no será comunista pero que de todas formas se resiste a dejar atrás los tiempos de la represión soviética. La suerte estaba echada y los aburridos soldados habían encontrado un divertimento.

La barrera idiomática fue un problema entonces como lo sería a lo largo y ancho del país. Fuera de Minsk es prácticamente imposible encontrar gente que hable inglés, ni siquiera en hoteles u oficinas de

turismo. Bielorrusia no parece realmente preparada para recibir extranjeros. Como en tiempos soviéticos, el extranjero es un invasor. Y a nadie le gustan los invasores. Por eso todos los visitantes están obligados a tener un registro de cada noche que pasan en el país. Muchos hoteles lo hacen pero también puede que deba realizarse el trámite en forma personal con la policía. Claro, nadie en la oficina de Minsk habla inglés ¿Por qué alguien que trabaja exclusivamente con extranjeros hablaría otro idioma más que el ruso?

«Recordé entonces el tercer récord que ostenta Bielorrusia: es el único país europeo en donde se aplica la pena de muerte»

Habían pasado unas seis horas cuando Anton trajo una enorme pila de papeles, por supuesto, en ruso. Sin posibilidad de asesoría, traducción o consulta alguna, me ordenaron firmar unas treinta veces. Seguiría una multa. Y al oficial de civil le pareció muy relevante remarcar que debía pagarla en un banco, que los sobornos no eran una opción. Como en el metro, los soldados se muestran éticos porque saben que alguien de rango superior hace como que los controla.

No hay montañas pero casi todo el país está cubierto de lagos, ríos y sobre todo bosques interminables. Por eso los caminos se vuelven sumamente oscuros por la noche, siempre escoltados por frondosos árboles que ocultan bestias y vehículos como la pequeña UAZ. Nos alejamos de la ciudad fugazmente, quizás cinco, diez kilómetros. Recordé entonces el tercer récord que ostenta Bielorrusia: es el único país europeo en donde se aplica la pena de muerte. La metodología más común es la del pelotón de fusilamiento y no es extraño que el Estado no entregue el cuerpo de la víctima. Aunque casi no hay información oficial al respecto, según Amnistía Internacional, el año pasado hubo al menos cuatro personas ejecutadas y este año al menos una. Por eso, mientras la pequeña UAZ incursionaba en la oscuridad de la noche, pregunté por primera vez a dónde nos dirigiáramos. A Anton le pareció ocurrente y divertido sugerir que íbamos al bosque, donde me

dispararían y enterrarían lejos de cualquier ser humano. Sí, hilarante. No pregunté más.

Entramos a los edificios administrativos de la frontera con Polonia de contramano. No importaba, no había casi nadie. Allí una señora regordeta, de buen inglés y aires de directora de escuela me dio explicaciones tan vagas como curiosamente contradictorias. Pareciera que en Bielorrusia hay tantas y tan ridículas normativas que nadie está demasiado seguro de qué hacer. Por lo menos ella no estaba segura de dónde comenzaba o terminaba el área restringida. Pagué la multa a un cajero del banco nacional que se tomó todo el tiempo del mundo en preparar los papeles necesarios. Y cerca de las cinco de la mañana los soldados me dejaron en mi hotel.

Ya en la cama, con bronca, nervios, cansancio y cierto desahogo, pensé en lo duro que debe ser vivir en una dictadura tan ridícula, en un país con tantos policías que se aburren de no hacer nada y tantas normas vanas que nadie conoce, con propaganda soviética en pleno 2017, sin libertad de prensa pero con pena de muerte, con contradicciones y sinsentidos, y con la mayoría de la población hablando un idioma extranjero. Entendí entonces por qué el consumo de alcohol es tan elevado.

Muchos días después, casi a punto de cruzar la frontera hacia Ucrania, me despedí de Nadzejka recordando que no se necesita hacer mucho para ir a una cárcel bielorrusa, y entendiendo por qué para los locales mi historia no era curiosa, sorprendente ni extraña. Finalmente sonreí aliviado cuando uno de esos miles de soldados que deambulan por todo el país selló mi pasaporte con la palabra «выход». Salida. Y hasta nunca, Bielorrusia.

Publicado en *Infobae*, 2 de septiembre de 2017

23 | Un extraño paseo por Vitebsk en busca de los esquivos rastros de la aldea de Marc Chagall

CAE EL SOL EN UNA CIUDAD QUE NO EXISTE, QUE SUPO SER PERO YA NO, aunque el río sea el mismo, y los trenes acerquen las laderas al agua, el puente al que ella alguna vez describió como paraíso, que lo que queda es nimio junto a lo que fue, como el sol que cae y es imposible atraparlo. Vitebsk no es. O quizás fue tan sólo un sueño y Vitebsk nunca fue lo que alguien dijo que era. Claro que la ingravidez de los amantes pudo haber sido un sueño, él y ella no podían volar, como tampoco volaban las cabras o los violinistas ante los atónitos ojos de un meditabundo rabino. Tal vez nada de eso era y nada de eso se perdió. Pero quedan los colores que son metamorfosis o recuerdos de un nunca más, el dibujo hecho metáfora y viceversa, enmarcado junto a tantos otros. Y la firma de él, él que volaba sobre los tejados junto a Bella, que amaba el puente. El puente de Vitebsk, la ciudad del pintor Marc Chagall.

A fines del siglo XIX la pequeña ciudad rusa tenía unos 50 mil habitantes y casi la mitad de ellos eran judíos. Había sinagogas, una estación de tren cercana, una vida tranquila, conservadora, sin sorpresas ni sobresaltos, con pequeñas casas de madera, cierto carácter rural, pocos o ningún lujo. Chagall vivió sus primeros veinte años en una zona con rasgos típicos de *shtetl*, esa palabra en yiddish que definía a las aldeas predominantemente judías de Europa oriental antes del holocausto. Se crió en un mundo estrecho, donde el futuro estaba definido, y pronto decidió romper con los esquemas. Primero ingresó a

la escuela municipal de la ciudad pese a que no estaba permitido que estudiaran allí judíos, luego estudió pintura y pronto recibió la autorización especial del Imperio Ruso que todo judío requería para viajar a San Petersburgo, poco antes de marcharse a París. Al menos por ahora, Chagall dejaba Vitebsk. Pero Vitebsk ya nunca dejaría a Chagall.

Hoy el río Daugava sigue fluyendo por el medio de una ciudad que ya no pertenece al Imperio Ruso, ni siquiera a Rusia ni a la Unión Soviética. Hoy, con algo menos de cuatrocientos mil habitantes, es la cuarta ciudad más grande de Bielorrusia y tiene poco de aquellos coloridos cuadros tan bucólicos, tan entrañables. La ladera que asciende desde

la orilla está coronada por un enorme monumento con tres altos picos que representan tres bayonetas apuntando al cielo simbolizando la victoria soviética en la Segunda Guerra Mundial. Hay un fuego eterno, dos largas fuentes, imágenes de campesinas agradeciendo con flores a valerosos soldados. Muy cerca se acumulan tanques, helicópteros y pesados cañones que son monumen-

«El color de la nostalgia que se refleja en los cuadros de Chagall es hoy una sucesión de edificios grises, cuadrados, monolíticos»

tos y juegos infantiles por igual. Y, claro, la Plaza Victoria y la céntrica avenida Vladimir Lenin. El color de la nostalgia que se refleja en los cuadros de Chagall es hoy una sucesión de edificios grises, cuadrados, monolíticos. Sobre sus techos no hay vacas ni amantes.

Bella Rosenfeld fue la mujer que hacía flotar a Chagall. Ambos habían crecido en el mismo universo de caminos marcados por antiguos ritos judíos y conservadoras tradiciones sociales. Ambos buscaban escapar de tal encierro, no por desprecio ni rencor sino por simples ansias de más. Ella fue su todo, su compañera, su musa, sus alas, y también su razón para volver a Vitebsk en 1914. Pero también era su aliada en el descubrimiento de una libertad que parecía tan ajena al destino signado para todos los hijos de vecino de aquella suerte de *shtetl*. Bella encontró esa primera libertad en el Daugava, y escribió alguna vez que



Tres bayonetas apuntan al cielo, símbolo de la victoria soviética en la Segunda Guerra Mundial.

el puente era un paraíso: «Nos escapábamos de las casas pequeñas con sus techos bajos para mirar al cielo. Y allí estaba el río bajo el puente, el aire se purificaba entre el cielo y el agua». Pero el puente, como casi toda la ciudad, fue destruido durante la Segunda Guerra.

Vitebsk estuvo tres años bajo control nazi y alrededor de veinte mil judíos murieron masacrados en el ghetto local en 1941. Sus cadáveres flotaban bajo el puente que tanto le gustaba a Bella. Para fines de los '40, cuando la ciudad comenzó a ser reconstruida con hoces y martillos por doquier, poco quedaba de aquella que había pintado y amado Chagall, sus animales y campesinos y colores y viejos ritos. Él estaba muy lejos, al otro lado del Atlántico. Y Bella ya había muerto en Nueva York.

La independencia de Bielorrusia trajo consigo un redescubrimiento de la historia e identidad de la ciudad. En el último cuarto de siglo se han reconstruido iglesias que fueran destruidas bien por el régimen soviético o durante la invasión nazi. Quizás la más bonita sea la Catedral de la Asunción, ubicada en una colina junto a la confluencia del Daugava y el pequeño Vitba. La vista desde allí hacia el otro lado es imponente. Se alcanza a ver la remodelada estación de trenes, las chimeneas de alguna fábrica, los grandes edificios de tiempos stalinistas y, si se pone mucha atención y se recurre a la ayuda de un mapa, a lo lejos también se vislumbra el vecindario de la calle Pokrovskaya. Ese es el barrio en donde Chagall nació y pasó parte de su infancia y juventud, esas son las calles y aceras que lo inspiraron, sus recuerdos y nostalgias con los que conversaba durante las solitarias noches parisinas. Desde allí siempre miró al mundo, allí habitaron las añoranzas que inmortalizaría en sus cuadros hasta el final de sus días.

En el número 11 de Pokrovskaya está la casa de su familia, un edificio de ladrillos de una sola planta, junto a una casita de madera en donde se venden entradas y recuerdos. En el amplio patio trasero se levanta un monumento al pintor: en él se lo ve muy joven, con una sonrisa tranquila y tranquilizadora en el rostro. Sostiene un violín cuyo

mango es la Torre Eiffel y cuyo cuerpo es una aldea que bien podría ser el Vitebsk de principios del siglo XX. El edificio alberga un pequeñísimo museo en donde se exhiben muebles y otros objetos de la familia Chagall, aunque muchos son evidentemente ajenos y se ven realmente fuera de lugar, especialmente en una habitación que ha sido ambientada como si fuera un almacén antiguo.

Algunos artefactos y algunas fotografías podrán ser originales, pero en el contexto de artificial reconstrucción terminan viéndose tan baratos como los souvenirs que vende una señora bajo una sombrilla en la vereda del museo. Parece aburrida y se decepciona al ver que

«Durante los cuatro años que pasó en París, Marc Chagall se sumergió constantemente en sus propios recuerdos»

los pocos visitantes del día no hablan ruso. Tanto dentro como fuera de la casa toda la información estará únicamente en ese idioma, algo muy común a lo largo y ancho de Bielorrusia. Casi frente a la casa, en una pared se leen diversas frases en las que Chagall recuerda a su ciudad, su tranquilidad, su parsimonia, su paz. Pero detrás de la pared se

levanta el galpón de una fábrica. Y en la esquina, un prisma rectangular con cuatro monótonos pisos de departamentos. Nada más lejano a lo que fue.

Todo el barrio es gris, muy gris. Soviético, aburrido, silencioso, no pasan coches ni transeúntes. Muy cerca de allí hay un enorme edificio de tres niveles en ruinas. Tiene una fachada relativamente en pie pero detrás hay poco más que escombros y un sótano repleto de basura. Son los restos de una sinagoga construida durante la niñez de Chagall. Incluso es probable que esta fuera la sinagoga a la que asistía su padre a diario, aunque para la época había decenas de edificios religiosos en la zona. No hay cartel que informe con mayor precisión su historia, como tampoco hay cartel que advierta el evidente peligro de derrumbe.

Durante los cuatro años que pasó en París, Marc Chagall se sumergió constantemente en sus propios recuerdos, haciendo de su ciudad

y su gente la mayor de las inspiraciones. No se enfocó en las luces refulgentes de la capital francesa, sino en la autorreflexión que lo llevó a crearse una imagen cariñosa, íntima e incluso idílica de Vitebsk, imagen que rememoraría una y otra vez en sus cuadros.

Poco antes de la Primera Guerra regresó con la idea de visitar a Bella por algunas semanas, pero pronto se cerraron las fronteras y las pocas semanas se convirtieron en casi nueve años. El conflicto lo encontró recluido en un ambiente netamente rural, enamorado, ajeno a todo lo que fue y será, sólo con la mujer a la que desposó en 1915. Por esa época su trabajo se volvió optimista y soñador, lleno de un profundo afecto por todo lo que lo rodeaba. Sus cuadros eran un mundo intacto al que la guerra no podía acceder, escenas atemporales de gente sencilla: todo aquello con lo que había soñado noche tras noche en París. En una suerte de carta de amor, Chagall le confiesa a su ciudad: «Como un triste vagabundo, durante todos estos años he conservado tu aliento en mis pinturas. De esta forma te he hablado y te he visto como si se tratara de un sueño».

La Revolución de Octubre lo encontró en San Petersburgo y, pese al terror que le despertó por entonces la violencia, pronto se declaró partidario del comunismo basándose en las proclamas utópicas de un nuevo mundo. A los pocos años, asqueado por las exigencias que el régimen le hacía para utilizar políticamente su arte y sumido profundamente en la pobreza, abandonó la ya por entonces Unión Soviética. Esta vez sí, Vitebsk quedaba atrás para siempre.

Sobre la calle Pokrovskaya, a algunas cuadras de la casa en que nació Chagall, se levanta un segundo monumento que parece servir de respuesta a aquel optimista y sonriente joven del violín, lleno de calmas esperanzas y una ambición que no desespera. Aquí el pintor es ya un anciano recostado en un sillón y se toma la cabeza en un gesto entre el dolor y el desconcierto. Está cansado, agotado. Es un hombre que ha sufrido el destierro, que ha sido perseguido, que ha perdido al

amor de su vida y también a su adorada ciudad natal. Sobre él hay un alto arco en el que se sostiene una figura femenina que vuela como alguna vez volaron amantes, cabras y violinistas. La figura sonríe con ingrátida ligereza, con parsimonia bucólica, y su sonrisa es también el largo vestido tan rural que lleva ¿Es Bella? No. O sí. Es y no es. Es todo lo que Vitebsk nunca fue y siempre será en la mente de Chagall, el recuerdo casi infantil de un mundo idílico, perenne, inocente que nada tiene que ver con guerras ni masacres y todo tiene que ver con el amor de un hombre que nunca quiso dejar su ciudad.

Publicado en *Infobae*, 9 de diciembre de 2017

24 | Visita clandestina a la extraña mansión del ex presidente de Ucrania

EN LA PUERTA DE LA HONKA UN LETRERO DE PAPEL ANUNCIA EN VARIOS idiomas que la visita se realiza únicamente en ucraniano. Sigue a continuación un largo texto con instrucciones que claramente no están destinadas a los extranjeros: se debe llamar a un número local, dejar un contacto, esperar por una llamada con una confirmación y dirigirse a un lugar de encuentro desconocido hasta confirmarse la reserva. La Honka no es una secta secreta, un casino clandestino, un Club de la Pelea, sino la mansión del ex presidente ucraniano Viktor Yanukovich, expulsado del poder en febrero de 2014, en el marco de un conflicto lo suficientemente complejo como para desviar el tema y el texto hacia cualquier parte. En realidad la Honka es la joya de la corona, la pieza central de un complejo de 140 hectáreas denominado Mezhyhirya, ubicado a unos 25 kilómetros al norte de Kiev y que cuenta con campo de golf, helipuerto, zoológico, puerto fluvial, lago, numerosas casas para albergar visitantes, canchas de tenis y un etcétera tan extenso y disparatado que le daría envidia al Neverland de Michael Jackson.

Es domingo y las multitudes mugen sobre los pastos que fueran alfombra roja de la oligofrénica oligarquía eslava, tabla de un hoy inhallable expatriado que probablemente deambule por otras mansiones en Rusia. Yanukovich pierde el pelo pero no las mañas, o al menos esa es la forma más pintoresca de verlo. Al fin y al cabo el ex, como un viejo amante o el dentista que te atendía hasta el año pasado, es el enemigo, el ruinoso villano que no causó más que problemas, malhechor de telenovela, discípulo de Úrsula de La Sirenita y Scar del Rey León. Y la

Honka es su diabólico cuartel central que ha sido recuperado por las huestes del bien. Hay parejas haciéndose fotos de boda, hay jóvenes en bicicletas alquiladas, hay ancianos en eléctricos carros de golf, niños que le dan de comer a las exóticas llamas del zoológico, una hilera de varios kilómetros de coches estacionados y otra de al menos un par de decenas de personas que esperan para comprar el primer ticket, aquel que habilita el ingreso al predio y que, claro, es (mucho) más caro los domingos. Bien. Todo muy bonito. Ahí está el chalet de madera, amplio y con grandes ventanales, la puerta bloqueada, el calor intenso, los curiosos que deambulan y mascullan insultos a la ausencia del depuesto mandatario. En medio de todo, un sudaca que intenta traducir las complejas instrucciones para entrar a la maldita mansión.

Pero la historia no empieza allí. Para alcanzar Mezhyhirya se puede hacer uso de alguno de los carísimos tours desde Kiev, que rondan los 50 euros y apenas si incluyen el traslado. O se puede lidiar con el transporte público, ir hasta Heroiv Dnipra, estación más boreal del metro local, y de ahí esquivar la tortuosa obra en construcción de vaya uno a saber qué en medio de una enorme rotonda, cruzar la avenida por cualquier lado rezando porque los coches que intentan esquivar los obstáculos arquitectónicos también lo esquiven a uno, para finalmente perderse entre las decenas de paradas de los autobuses informales conocidos como marshrutkas buscando en vano algún número inexistente. Una media hora hasta Polova y unos dos kilómetros de caminata. Todo eso para por fin encontrarse con un cartel en ucraniano que no es más que un «turista, go home». Por suerte, mientras deambulaba a las puteadas, me topé con Dima.

Tenía 45 años y era originario de Lviv pero vivía en Odessa. Bueno, en realidad eso es una forma de decir. Es que trabajaba para un astillero y viajaba por todo el mundo negociando ventas y reparaciones de navíos. Hablaba mucho de Asia, poco de Puerto Madero, fumaba como un tren a vapor y se movía con la curiosa inocencia del extranjero perdido.

Estaba de paso por Kiev y había decidido aprovechar algunas horas libres para tomarse un barquito que lo dejó en el muelle que alguna vez utilizara Yanukovich. El barquito de regreso lo tenía en escasas tres horas. Nos conocimos frente a la puerta de la Honka tratando de dilucidar los misterios de tan misterioso cartel. Los reiterados llamados a aquel número local fueron en vano y las vueltas preguntando a soldados encargados de seguridad, jardineros y cualquier persona con cierta autoridad concluyeron en donde empezaron. La respuesta más útil fue una indicación al letrero de papel pegado en una ventana de la Honka. Alguien también mencionó otra entrada desde donde supuestamente

«Estaba completa y prolijamente afeitado y su peinado parecía de alguna serie noventosa de Cris Morena»

partían los tours así que hacia allá fuimos. Tras una ventana había un muñeco con el deformado rostro del ex mandatario y una caja con una hogaza de pan dorada: la leyenda cuenta que cuando Mezhyhirya fue tomada tras las revueltas en Kiev, los manifestantes se toparon con un cacho de pan de oro sólido que Yanukovich tenía porque, bueno, ¿por qué no? Claro que el curioso objeto desapareció en medio del caos, pero la leyenda se encarnó detrás de una ventana junto a un escalofriante muñeco digno del próximo libro de Stephen King.

La charla con Dima se tornaba aburrida y redundante por lo que me encontré caminando alrededor de lagos y fuentes, esquivando domingueros y tomando fotos de una ostentación que empujaría a cualquier hijo de vecino a unirse al PO ¿Y cómo era eso de que la grasa de las capitales no se banca más? Sí, eso también.

Lo vi en una de mis ya frecuentes caminatas de ida y vuelta entre la Honka y el pan dorado. Acababa de abrir la enorme puerta de madera y vidrio que da acceso a la mansión y junto a la cual se hallaba aquel mentado letrero de curiosas instrucciones. Estaba completa y prolijamente afeitado y su peinado parecía de alguna serie noventosa de Cris Morena. Para peor, llevaba algo que creí era un disfraz: una camisa

blanca con adornos muy coloridos, mucho dorado, un chaleco oscuro repleto de objetos. Sobre los hombros, a modo de capa que lo envolvía como a un niño que juega a no ser Clark Kent, una bandera roja y negra. Yo desconocía el significado de ese símbolo hasta mi llegada a Ucrania, apenas un puñado de días antes. Pronto noté que esa bandera no sólo colgaba de los hombros de este tipo sino que también flameaba sobre la Honka, sobre otros edificios del predio, sobre la entrada principal, sobre las cabezas de los grupos de extrema derecha que se juntan en el centro de Kiev y en los escudos de las agrupaciones paramilitares nacionalistas que atacan a todo lo que no sea ucraniano, blanco, cristiano, heterosexual. Praviy Sektor, Azov y Svoboda son las más fuertes. Son el legado de tipos como Stepan Bandera y Roman Shujevych, del Ejército Insurgente Ucraniano, que luchó durante la Segunda Guerra Mundial contra la Unión Soviética y (al menos de a ratos) junto a los nazis, y de la Organización de Ucranianos Nacionalistas, fundada durante e inspirada por el apogeo del fascismo y que se dedicó a atacar a rusos, checos y polacos en nombre de la independencia local a lo largo y ancho del corto siglo XX de Hobsbawm.

Petro, con sus 35 años, su rostro añado y su capa rojinegra, estaba orgulloso de terminar de guiar en ucraniano a un grupo de ucranianos por dentro de la mansión de un corrupto presidente que tenía poco de ucraniano. Varias personas se le acercaron preguntando por el teléfono que nadie contesta y los tours que nadie organiza. Les cerró la puerta en la cara.

Para entonces Dima ya había perdido su barco de regreso a Kiev. El boca en boca había llevado a una multitud a apelmazarse junto al pan dorado a la espera de novedades, bajo un sol rabioso de pleno verano y con la estúpida e innecesaria incertidumbre de la improvisación. La historia, o al menos la historia que cuenta Petro Oliynyk, es que él viene de Lviv, viajó a Kiev con la idea de pegarle un par de cachetadas a Yanukovich en plena época de manifestaciones, allá por el invierno

de 2014. Con el ya por entonces ex presidente exiliado probablemente en Rusia, Petro y muchos otros tomaron Mezhyhirya y colocaron la bandera que más les gusta por sobre los techos. Dice que la multitud quería saquear y romper pero que él heroicamente detuvo a las fieras a fin de proteger objetos que debían quedar en manos de todo el pueblo ucraniano. Se encerró dentro de la casa y desde entonces repite que él es el guardián de los tesoros que Yanukovich le robó al país. Y él cobra lo que a él se le canta por tours que él hace cuando a él se le canta en el idioma que a él se le canta y con la gente que a él se le canta. El predio

«La puerta abierta dejará ver un cuadro de quien será nuestra guía, un mimo al ego del patriota héroe de esta historia»

pertenece ahora al Estado pero la Honka y especialmente la potestad de visitarla, es exclusividad de Petro. También dice que el gobierno quiere expulsarlo pero que no se irá hasta que la Honka y todo Mezhyhirya se conviertan oficialmente en un museo del que nadie pueda llevarse nada, ni si-

quiera un pan de oro. Y convengamos que la paranoia del nacionalista tiene cierto asidero.

La puerta abierta dejará ver un cuadro de quien será nuestra guía, un mimo al ego del patriota héroe de esta historia. Ni Oliynyk ni la muy seria y muy flaca rubia que lo acompañan sonreirán a lo largo del tour, comenzarán por dar la orden de colocarse protectores de tela en las zapatillas, mostrarán los lujos infinitos de la mansión, guiarán por corredores subterráneos, a través de un spa, cámaras de sal, cancha de tenis cubierta o un ring de box, las jaulas de extrañas aves, el león taxidermizado, la sala de cine, el bowling, la capilla, la enorme y bellísima escalera de madera, el piano construido especialmente para imitar al de Lennon de *Imagine*, las estatuas, mosaicos, mármol, las habitaciones amplísimas, la diminuta cocina en la que nadie jamás cocinó, la ostentación que sospecho despierta en los locales tanta admiración como envidia, bronca y odio a aquel ex presidente más cercano a Putin que a la Unión Europea. Y cuando todo termina, Petro se anota

un triunfo para su gesta nacionalista. Yo me despido agradeciendo en ucraniano, por las dudas; Dima se vuelve a Kiev en autobús con expresión de «meh», las novias se siguen sacando fotos frente a algún lago, los domingueros no paran de domingear en los terrenos ganados para el pueblo y el presidente Petro Poroshenko, como su tocayo Oliynyk, hace lo que se le canta desde su ahora cerrado palacio presidencial. Porque en toda Ucrania, como en Mezhyhirya, prima aquella certera definición kafkiana: al final toda revolución se evapora y sólo deja tras de sí el barro de una nueva burocracia.

Publicado en Revista *Dínamo*, 1 de enero de 2018

25 | El este de Ucrania: rutas militarizadas, monumentos amputados y ciudades que intentan revivir

SON APENAS 250 KILÓMETROS PERO EL RECORRIDO LE TOMARÁ CASI 10 horas al pequeño y oxidado autobús que tiembla como el más anciano veterano de las guerras soviéticas. Avanza lentamente y a veces se detiene en medio de la ruta mientras el conductor decide cómo esquivar los pozos más profundos. Hasta hace pocos años nadie utilizaba estos olvidados caminos que hoy se han convertido en los más transitados del este ucraniano. No hay otra opción: como la autopista atraviesa zonas en guerra o controladas por separatistas prorrusos, la única alternativa es esquivar, desviarse, circular por destruidas carreteras rurales, armarse de paciencia y recordar que cada pocos kilómetros hay puestos de control militares donde se perderá aún más tiempo. Apenas 250 kilómetros, diez horas, nueve puestos de control. Y muchas, muchas armas. Paciencia. Que así es la vida en el este de Ucrania, al borde de la guerra.

El punto de partida es Sloviansk, al norte de la provincia de Donetsk. Hoy es una ciudad tranquila, pequeña, con una bonita plaza central en la que alguna vez hubo un monumento a Vladimir Lenin. Pero en abril de 2014 aquí empezó la guerra. El conflicto se desató en medio de una enorme crisis social y política que había comenzado en Kiev en noviembre del año anterior y que incluyó la caída del por entonces presidente Viktor Yanukóvich. El oriente del país, más cercano social y culturalmente a Rusia, se levantó en armas tras meses de protestas

en contra de lo que sucedía en la capital. Sloviansk y Kramatorsk están separadas por apenas 15 kilómetros, las dos ciudades fueron tomadas a mediados de abril por grupos rebeldes comandados por el veterano de guerra ruso Igor Strelkov, también conocido como Girkin. La zona permaneció bajo control separatista hasta principios de julio. En ese tiempo se instaló en el poder un autoproclamado «Intendente Popular» y todas las instituciones locales fueron reemplazadas. La mayoría de la población civil huyó hacia el oeste. Los meses de enfrentamientos culminaron con victoria del ejército ucraniano pero dejaron serias y muy visibles heridas en la región.

Hay una insistente llovizna en las afueras de la ciudad, en el cruce de rutas por donde avanzan raudamente camiones sin preocuparse

por los peatones. Hay también una parada de autobús, una vía de tren, un pueblito a escasos kilómetros. Al lado del camino se levanta un cartel con el nombre de Sloviansk pintado de azul y amarillo, colores de Ucrania, y con el rojo de la sangre que emana de heridas de bala. Debajo una inscripción reza «Viva Ucrania, Gloria a los héroes». Muy cerca

«Pasillos largos repletos de nada más que destrucción: escombros, vidrios, jeringas, frascos, ropa, restos de una vida que ya no queda»

de allí aparecen fantasmagóricas ruinas de algunas tiendas y un monumento con nombres de soldados muertos en 2014. Y flores de plástico. Pero quizás la imagen más desoladora sea la del enorme hospital psiquiátrico ubicado a mitad de camino entre Sloviansk y Kramatorsk, a pasos del cruce de rutas. Es la materialización de la guerra, la caída de una mole de cemento acompañada por la degradación humana que conlleva el disparar a los enfermos. Durante las primeras semanas de enfrentamiento había allí 420 pacientes. Ahora las marcas de balas parecen pecas en el rostro de algunos edificios, mientras que en otros la llovizna se cuele por los enormes espacios que abrieron granadas y misiles. Pasillos largos repletos de nada más que destrucción: escombros,



| Hospital psiquiátrico en las afueras de Sloviansk.

vidrios, jeringas, frascos, ropa, restos de una vida que ya no queda. Sólo el cadáver putrefacto de un conflicto interminable.

Kramatorsk es ahora la capital de la región porque la ciudad de Donetsk es parte de la autoproclamada República Popular de Donetsk, en manos de lo que el gobierno de Ucrania denomina «terroristas». Pero en Kramatorsk las cosas comienzan a ponerse en marcha, ha sido reconstruida la estación de trenes, se ha reparado la comisaría y casi cualquier estructura lleva los colores azul y amarillo. Vladimir tiene 23 años y durante los meses de conflicto viajó a Járkiv, la segunda ciudad más grande de Ucrania, pero regresó con la paz y hoy trabaja en un

«La guerra trajo consigo no sólo un despertar nacionalista sino también un fuerte sentimiento antirruso y antisoviético»

bar. No quiere saber absolutamente nada con los rusos, los detesta. Es profundamente nacionalista y se enorgullece de la bandera rojinegra que le regalaron para su último cumpleaños: era el símbolo del Ejército Insurgente Ucraniano, una guerrilla que se enfrentó a la Unión Soviética en tiempos de la Segunda Guerra Mundial e incluso llegó a pelear del lado del nazismo. Hoy se la

utiliza para demostrar tanto patriotismo como rechazo al comunismo y aparece en todos los actos de los cada vez más populares sectores de extrema derecha. Vladimir besa la bandera, lanza un insulto a los rusos y los separatistas, y bebe un sorbo de cerveza.

En la plaza central de Sloviansk ya no hay soldados con la cara cubierta, atrincherados en algún edificio administrativo o militar, las fuentes salpican, los niños juegan. Nada extraño por aquí. Pero parece haber un vacío, algo falta. Y no es sólo en Sloviansk, lo mismo sucede en el centro de Kramatorsk y de cada ciudad ucraniana. Claro: falta Vladimir Lenin. La guerra trajo consigo no sólo un despertar nacionalista sino también un fuerte sentimiento antirruso y antisoviético, y en este nuevo escenario el líder bolchevique estaba de más. Desde 2014 el gobierno ucraniano mudó, destruyó o cubrió más

de 1300 estatuas de Lenin, dejando en muchos casos pedestales vacíos a los que les han borrado el nombre. Otros monumentos soviéticos han sido reconvertidos: aún se mantienen en pie pero lucen los colores amarillo y azul. Para Vladimir no hay contradicción, dice que su tocayo soviético nunca tuvo absolutamente nada que ver con Ucrania, que ni siquiera pisó jamás este país, mientras que otros monumentos, especialmente aquellos relacionados a la Segunda Guerra Mundial, son parte de la historia local.

El primer puesto de control se encuentra a la salida de Kramatorsk hacia el sur, en dirección a la ciudad de Donetsk. Hay bloques de hormigón en medio de la ruta coronados con raídas

«No es zona de guerra, pero el frente está muy cerca, por momentos a menos de 10 kilómetros, por eso no hay turistas»

banderas ucranianas. Los improvisados mástiles parecen palos de escobas. Todos los puestos de control tienen la misma metodología y la misma estructura, los soldados siempre se ven aburridos y siempre están fumando, se pasean desde oficinitas de chapa apostadas al costado del camino hacia

la ruta bamboleando sus AK-47 y cada tanto le dan unos mimos a los muchos perros que siempre los acompañan. Hay carteles que anuncian la prohibición de tomar fotografías. Todos los vehículos deben detenerse, se piden documentos, se revisa un poco, a veces hay preguntas. En algunos puestos deberán descender del autobús todos los pasajeros, mientras que en otros sólo los hombres en edad de servir en el ejército: hasta los 50 años. No es zona de guerra, pero el frente está muy cerca, por momentos a menos de 10 kilómetros, por eso no hay turistas y los soldados se sorprenden mucho al ver un extranjero, pasan de la extrañeza y la sospecha a la risa burlona en un instante. Como casi no hablan inglés, suelen utilizar algún traductor online para hacer preguntas obvias y recibir respuestas que no parecen interesarles. Otras veces ni siquiera pierden su tiempo haciendo de cuenta que les interesa y dejan de preguntar al percatarse de la barrera idiomática.

En los 250 kilómetros que separan a Kramatorsk de Mariupol, al sur de la provincia, se sucederán los edificios destruidos, los montículos de las incontables minas de carbón que alimentan a toda la zona, y el proceso de control militar se repetirá nueve veces. Y si se tiene mala suerte, habrá un décimo control en la terminal de autobuses de la ciudad austral.

En las costas del Mar de Azov se levanta Mariupol, una ciudad portuaria de casi medio millón de habitantes que la convierten en la décima urbe de Ucrania. Soldados separatistas tomaron posesión a mediados de abril de 2014 iniciando una serie de enfrentamientos con el ejército ucraniano que escalaría en mayo. Recién en septiembre el gobierno de Kiev pudo recuperar el control, pero para entonces ya había sido afectada buena parte de la ciudad. Muchas fábricas y edificios del área central fueron bombardeados o incendiados, entre ellos la estación central de policía y la municipalidad. Los dos permanecen al día de hoy abandonados y oscuros por el humo, y el segundo está cubierto por un enorme banner que declara en ruso, ucraniano, griego e inglés «Mariupol es Ucrania».

La presencia policial y militar en la ciudad es apabullante, abrumadora, como si todos fueran soldados, como si todos estuvieran armados. La plaza central, con su bello teatro y su amplia y colorida fuente, parece por momentos un regimiento militar con algunos civiles de invitados. Allí está Roman, originario de Donetsk pero que debió marcharse al comienzo de la guerra. Hoy tiene 25 años y trabaja para una ONG local ayudando a refugiados y a gente que aún vive en el frente. Dice que el gobierno de Kiev está haciendo lo opuesto a lo que se necesita para resolver el conflicto. «Están construyendo nuevas fronteras y haciendo cada vez más difícil el paso de las zonas controladas por Ucrania a las zonas civiles en manos separatistas. Tratan a los ucranianos que viven del otro lado como si fueran todos terroristas que no tienen derecho a nada, y olvidan que los que vivimos de este lado del

frente hemos perdido acceso a los principales mercados, a Donetsk y otros centros regionales», opina Roman. Desde que inició el conflicto han cerrado numerosas fábricas en toda la zona.

El segundo domingo de septiembre se celebró en Mariupol el día de la ciudad, hubo eventos en parques, conciertos, comidas típicas y muchas, muchas banderas ucranianas. Igual que ha sucedido en Kratomorsk, Mariupol ha comenzado una lenta recuperación sobre todo gracias a los jóvenes que llegaron escapándose de la guerra. Hay nuevos cafés, bares, restaurantes y numerosas actividades culturales por toda la ciudad. Tal vez todo eso ayude a distraerse, a olvidar que a apenas veinte kilómetros del centro hay una guerra. O tal vez ni eso alcance. Porque en el silencio de la noche, cuando ya no hay gente, ni bares, ni cafés, ni coches, entonces sí, se escucha claramente el sonido de las bombas.

Publicado en *Infobae*, 8 de octubre de 2017

26 | La vida dada vuelta tras la fachada de tranquilidad en la naciente república separatista de Donetsk

CIRCULAN MUY POCOS AUTOS POR LA CIUDAD Y EL CENTRO ESTÁ LEJOS DE ser un caos de tránsito. Es sencillo, casi un alivio, conducir sin lidiar con los embotellamientos que son tan comunes en Kiev o en Rostov del Don. Claro, cerca de la mitad de la población se ha ido de Donetsk desde que empezó la guerra en abril de 2014 y no son tantos los que han regresado ahora que los bombardeos ya no alcanzan las calles céntricas. La ciudad es tranquila, demasiado tranquila, un pueblo grande que se autopercibe ajeno al conflicto, aunque la guerra esté a menos de diez kilómetros.

En mayo de 2014, la región oriental de Ucrania declaró su independencia en el marco de un conflicto que recién empezaba. Apenas tres meses antes, las violentas revueltas en Kiev y en otras regiones del país habían expulsado del poder al presidente Viktor Yanukovich, cuyas políticas lo acercaban más a Rusia que a la Unión Europea. Pero el conflicto social y político no hizo más que exacerbarse, especialmente en el Donbass, al este, donde la mayoría de la población es étnicamente rusa. Pronto estalló una guerra entre separatistas y ucranianos que lleva ya más de tres años. Surgió en el medio de esta situación caótica y crítica la República Popular de Donetsk (DNR, por sus siglas en ruso), un país sin reconocimiento internacional pero que tiene su propia bandera, gobierno, leyes, policía, ejército, fronteras y hasta operadora de telefonía móvil, que funciona desde que Ucrania comenzó a cortar las

comunicaciones y que, curiosamente, se llama Fénix: el ave que renace de sus cenizas.

El gobierno local ha logrado crear una especie de burbuja de tranquilidad y paz en ciertas zonas de la ciudad, de esta forma los vecinos pueden pretender que no hay ningún tipo de enfrentamiento bélico a pocos minutos en dirección norte desde la Plaza Lenin, epicentro urbano. Eso no significa que nadie se percate de nada sin leer los diarios, ciertas cosas dejan a las claras que la vida en Donetsk aún no es del todo normal. La presencia militar y policial en la calle es muy alta, especialmente por la noche. A las 23 comienza el toque de queda y ningún civil puede estar afuera, eso significa que hacia las 22 cierran casi todos los bares y se vuelve prácticamente imposible encontrar transporte público.

La vida diaria también se ha visto afectada por el bloqueo a cuentas bancarias y tarjetas de créditos. En 2014 cerraron todos los bancos internacionales y recién en 2015 se fundó el Banco Central de la República, el único que funciona hoy en día, con sus propias tarjetas y cajeros automáticos. La única forma de enviar o recibir divisas al exterior es en forma física, cruzando la frontera y, como la moneda oficial es el rublo ruso, no hay otra forma de conseguir billetes que desde Rusia. Los viejos bancos están abandonados y sus oficinas, en alquiler, mientras que las tarjetas de crédito inutilizables, aún aquellas que no están vencidas, se venden a modo de curioso recuerdo en el mercado de pulgas junto a viejos artefactos soviéticos.

Elena tiene 30 años y forma parte del grupo de la población que se siente ucraniano, no le gusta la DNR y ha intentado sin éxito irse en varias oportunidades, pero la falta de trabajo y de apoyo por parte del Estado en Ucrania la hicieron regresar. Afirma que no está completamente insatisfecha porque trabaja para una de las poquísimas compañías ucranianas que siguen operando en Donetsk, por eso cobra su salario en grivnas y no en rublos y no siente estar traicionando a

su país. Recuerda con nostalgia los partidos de la Eurocopa de 2012, cuando el por entonces novísimo Donbass Arena albergó cinco partidos, incluyendo dos del equipo local. «Éramos más de 50 mil personas en el estadio, todos levantábamos la bandera de Ucrania y cantábamos el himno. Hoy todo eso parece muy lejano, hoy todos odian a Ucrania y yo no puedo cantar mi propio himno», rememora melancólica.

No sólo el clima social ha cambiado desde aquel torneo, el que solía ser el segundo mayor estadio del país tampoco es el mismo.

«Éramos más de 50 mil personas en el estadio, todos levantábamos la bandera de Ucrania y cantábamos el himno. Hoy todo eso parece muy lejano'»

El exterior se mantiene en buenas condiciones y apenas si se le ha agregado una bandera de la autoproclamada república en el frente, pero es tan sólo una cáscara hueca, está completamente vacío y tan sólo se lo utiliza para algunos eventos muy puntuales y esporádicos. Además han cerrado todas las tiendas de productos oficiales del Shakhtar, el equipo de fútbol local, que ahora juega sus partidos en Járkiv, a 300 kilómetros de Donetsk y bien lejos de todo conflicto.

Algo muy similar sucedió también con las universidades. Antes de la guerra Donetsk era un importante centro académico, con numerosas universidades, incluyendo la Nacional y la Politécnica, ambas estatales, y muchísimos estudiantes locales y extranjeros. Las residencias estudiantiles se encontraban por toda la ciudad y siempre estaban repletas de jóvenes. La guerra lo cambió todo. Las universidades que estaban bajo la órbita del Estado ucraniano se dividieron y oficialmente mudaron su sede a otros rincones de Ucrania, pero también siguen funcionando y ofreciendo clases ahora como parte del Estado del nuevo país. Claro que hoy los estudiantes no abundan y la falta de reconocimiento internacional de los títulos no ayuda a atraer nuevos. Por otro lado, la DNR ni siquiera tiene aún una forma legal de aceptar estudiantes extranjeros, no existe ningún tipo de visa o permiso que contemple esa

posibilidad. Por eso muchas de las residencias se han convertido en centros para acoger a refugiados de la guerra.

Las calles de Donetsk están cubiertas de carteles con los rostros de soldados, los colores de la bandera y a veces también alguna frase del Jefe de Estado Aleksandr Zajarchenko. En muchas tiendas se venden imanes con fotos de los combatientes muertos más célebres y no es extraño que además incluyan la palabra «héroe». También se pueden comprar banderas, tazas, petacas, portadocumentos, pins, cualquier cosa con el azul, rojo y negro que identifica a la DNR. Incluso los boletos de autobús exhiben esos mismos colores formando parte de este estado de propaganda permanente.

«El Aeropuerto Internacional de Donetsk había sido ampliado y modernizado en vísperas de La Eurocopa y llegó a contar con más de un millón de pasajeros anuales en 2013»

Crear un país nuevo, con su propia identidad, no es nada sencillo, especialmente en medio de una guerra y con un importante bloqueo económico. Hay días en los que no hay agua o se cortan las telecomunicaciones porque cierta estructura en alguna ciudad cercana ha sido vulnerada, pero en menos de 24 horas todo vuelve a funcionar. De la misma forma muchas fábricas han sido reabiertas en los últimos años y algunas empresas han pasado a manos del Estado, como los más de cincuenta supermercados que ahora se denominan «Primer Republicano» y ofrecen los productos más baratos de la ciudad. La cadena de hamburguesas más famosa sigue en manos privadas y ofrece casi exactamente los mismos productos que antes, sólo que ahora lleva un nombre más nacional y popular: Don Mak.

Alejarse del centro es empezar de a poco a salirse de la burbuja y a vislumbrar el conflicto. Los puestos de control militar previenen el ingreso de civiles a las zonas más peligrosas pero no hace falta cruzarlos para ver la destrucción, las heridas de interminables enfrentamientos. Los frentes más cercanos se encuentran a unos diez kilómetros hacia

el norte y el oeste, y en los barrios de esas regiones se ve cinta adhesiva pegada a modo de protección en las ventanas y cada vez más casas vacías. El Aeropuerto Internacional de Donetsk había sido ampliado y modernizado en vísperas de la Eurocopa y llegó a contar con más de un millón de pasajeros anuales en 2013. Hoy no queda absolutamente nada allí y los barrios que lo rodean son poco más que ruinas a las que la población civil no puede acercarse sin permisos especiales. Los vecinos de la zona hoy viven en las que solían ser residencias estudiantiles.

Muy cerca del aeropuerto, en el norte de la ciudad, la estación de trenes está vacía. Al igual que el estadio, no se utiliza pero la parte externa se encuentra en perfecto estado, se ilumina por la noche y parece como si nada fuera de lo normal hubiera ocurrido en este tiempo. Muchos edificios fueron reconstruidos luego de los bombardeos de los últimos años dentro de los límites de Donetsk, entre ellos el Internado Número 28, una escuela especial para niños con distintas discapacidades que sufrió tres bombardeos en febrero de 2015.

Tatiana Nikolaevna, directora de la institución, recuerda esos días en los que debían refugiarse junto a los más pequeños en un salón sin ventanas, lo más parecido a un refugio que tenían disponible. Desde Kiev le enviaron la orden de cerrar y mudar todo a Vinnitsa, 800 kilómetros hacia el oeste, pero ella decidió no hacerlo, optó por quedarse a toda costa junto a docentes y niños. Aunque el edificio sufrió duramente los ataques, nadie murió allí. Desde entonces, para el Estado ucraniano Nikolaevna es una terrorista, como lo son los profesores de las universidades y todos los empleados públicos que permanecieron en sus puestos a lo largo del conflicto. «¿Me llaman terrorista por cuidar de niños discapacitados?», dice y lanza una carcajada. El internado depende ahora del Ministerio de Educación y Ciencia de la DNR y el edificio está en excelentes condiciones. Allí se educan, alimentan y viven 138 chicos de entre 7 y 17 años.

Mientras la guerra y las carencias institucionales dificultan la vida diaria de este ¿naciente? país, el principal problema es la falta de reconocimiento. En febrero pasado Rusia reconoció los pasaportes y otros documentos emitidos por la DNR, pero para viajar a cualquier otro país, incluida Ucrania, sólo pueden utilizarse los pasaportes ucranianos que todos conservan. Algo parecido sucede con las patentes de los coches: aproximadamente la mitad de los vehículos tienen patentes de la nueva república, los demás conservan la ucraniana. Y no faltan aquellos que se detienen en la frontera para desatornillar una y colocar la otra.

En Kiev definen a esta región como Área de Operación Antiterrorista (ATO), hablan de insurgencia e incluso de una invasión rusa. Desde la cúpula de la DNR se difunde la necesidad imperiosa de detener al fascismo. Ambos actores intercambian disparos desde hace más de tres años y el fuego cruzado ya ha destruido la región del Donbass, ha afectado su economía, su infraestructura y ha expulsado a buena parte de su población. Pero aún así, de alguna extraña forma la vida continúa, incluso dentro de esta autoproclamada república sin reconocimiento, con todas sus curiosidades y dificultades, con lo excéntrico y lo delirante volviéndose rutina. Y en el medio, casi dos millones de personas que sólo quieren vivir en paz.

Publicado en *Infobae*, 15 de octubre de 2017

27 | La guerra de Ucrania: la vida bajo tierra de 16 personas en un antiguo bunker soviético

EL PRIMER TAXISTA DICE QUE NO, QUE NO IRÁ ALLÍ, QUE NO LE IMPORTA si es zona civil ni que sea de día. No, lisa y llanamente no. Y punto. El segundo se resigna y parece no saber bien a dónde se dirige, por eso se calza los anteojos oscuros y arranca sin decir más. Recién media hora más tarde se da cuenta de que desconoce el lugar, duda, sospecha que el frente de batalla no está nada lejos. Hasta que súbitamente la avenida se muere, ya no hay nadie en la calle, no hay negocios ni peatones, no hay nada más que un grupo de soldados parapetados detrás de bloques de cemento, fumando entre marañas de alambre de púa que bloquean el tránsito.

Se llega a ver el vapor escapando de alguna de sus tazas. Es el fin, una frontera infranqueable para los civiles. Más allá de la terminal de autobuses de Trudovska comienza la guerra. El taxi dobla a la derecha y se adentra unos quinientos metros a través de un barrio de casas bajas deshabitadas. En el asfalto de las calles hay marcas de las explosiones de granadas, restos de un proyectil que quedó clavado. Luego hay campo abierto y ropa colgada en la soga que se mece entre dos árboles, el viento suave de un ya frío otoño. Aparece entonces una entrada de chapa que conduce a una escalera descendente: cinco metros por debajo del nivel del suelo hay camas y gente que vive allí desde hace más de tres años. Gente mayor, algunos incluso ancianos. Más de tres años en un bunker soviético y a pasos de la guerra. Pero cuando salen a la

superficie, cuando ven llegar visitantes, nada de eso importa y sonríen como sonreiría cualquier abuela que recibe a sus nietos con los brazos abiertos y un beso en la frente.

En la autoproclamada República Popular de Donetsk -el territorio prorruso que se escindió de Ucrania hace tres años- y a unos 25 kilómetros del centro de la capital homónima hacia el oeste, la mina Trudovskaya está casi vacía. Desde febrero de 2015 hay personal de seguridad pero no mineros. Alguna vez llegó a producir cinco mil toneladas de carbón por día y a contar con más de cuatro mil trabajado-

«Son 16 las personas que viven allí todos los días, pero a veces se suman algunas más, dependiendo de cómo esté la situación en la superficie»

res que la convertían en una de las más grandes de la Unión Soviética, pero hoy ya no. Hoy está en el borde del abismo. Justo por detrás del edificio principal comienza oficialmente la zona del frente de batalla en donde rusos y ucranianos combaten desde abril de 2014. Los trabajadores se han ido a la guerra o a otras ciudades y el barrio que se alimentaba de la mina ha quedado desierto ¿Quién

querría quedarse en un lugar donde no hay trabajo y que está en medio de los disparos diarios entre dos ejércitos? Del bunker a la mina hay menos de cien metros.

Para ir al bunker se necesita repelente de mosquitos porque hay dos subsuelos anegados y muchísima humedad, mucho abrigo porque el frío es insoportable por la noche, una linterna por si cortan la luz y un cuchillo, porque «hay un borracho que no tiene a dónde ir y puede molestar. Pero no es tonto, si ve el cuchillo no se acercará», advierten los soldados. Son 16 las personas que viven allí todos los días, pero a veces se suman algunas más, dependiendo de cómo esté la situación en la superficie. Todas ellas son de Trudovska, el barrio cercano a la mina, como las más de 200 personas que llegaron a vivir en el bunker cuando comenzó la guerra. De a poco la mayoría se fue a las residencias que el gobierno de la República Popular ofrece a los refugiados, otros

se fueron a casas de familiares o amigos y unos pocos se quedaron en el subsuelo.

Descender por la escalera es viajar en el tiempo a la Guerra Fría, al 1972 en el que se construyó el bunker y el mundo aún vivía temblando por la posibilidad de un nuevo estallido a nivel planetario. Aportan lo suyo una luz tenue y las imágenes sobrevivientes de épocas soviéticas colocadas en las paredes: soldados, tanques, barcos, aviones, armas. Sólo falta Vladimir Lenin para completar la escena. Ya bajo tierra, hay que atravesar dos pesadas puertas de hierro que permanecerán abier-

«Pasó 35 de sus 64 años en la mina, se jubiló justo antes de la guerra, en 2013, y pronto ya no tuvo nada.»

tas toda la noche en caso de que alguien deba huir de los disparos. El recinto principal es amplio e incluye paneles de madera que lo dividen en distintos espacios, en habitaciones. El olor a humedad es tan insistente como los mosquitos y la oscuridad. Hay un baño en el que funciona un sólo

inodoro, hay un espacio para cocinar que está lejos de ser una cocina, un lugar para ducharse aunque no haya ducha, un tanque de agua, un televisor en blanco y negro sin cable pero con DVD y una salida posterior con rampa para vehículos. Las más de 30 camas son tan sólo mantas pesadas sobre bancos de madera.

Valentina Mijailova está maquillada y le parece sumamente importante mencionar y repetir su apellido. Mira hacia el suelo y habla con la voz apagada. Pasó 35 de sus 64 años en la mina, se jubiló justo antes de la guerra, en 2013, y pronto ya no tuvo nada. Su casa fue destruida y su hijo murió en combate. En medio de la desazón y la desesperanza se refugió en un bunker que llevaba años abandonado, estaba sucio y lleno de ratas y bichos, pero allí estaría segura. Nadie la llevó, ni a ella ni a sus vecinos.

La gente del barrio se organizó por su cuenta, recordando los frecuentes entrenamientos que recibían los civiles durante la Guerra Fría. Mientras, en la superficie, los disparos se sucedían ininterrumpidamente

y Valentina sólo pensaba en sobrevivir en medio de la muerte que rodeaba todo y a todos. Pero lo que siguió fue un año y medio de hambre, frío y miedo; por entonces nadie recibía jubilaciones y la comida escaseaba. Hoy los que viven bajo tierra tienen suerte de cobrar algo, aunque sean menos de 40 euros mensuales. Valentina es pronto interrumpida por Galina, de 75 años. Parece ansiosa por aportar información, por sumar. O quizás sea el entusiasmo de encontrarse con algo que rompe con una rutina diaria que fluctúa desde jugar a las cartas a limpiar o no hacer nada. Dice que el gobierno les propuso a todos los

«Pero por la noche comienza el fuego cruzado, hay soldados que corren de un lado al otro y los perros aúllan despavoridos»

que quedan en el bunker mudarlos a una pensión para refugiados en Donetsk, pero que no aceptaron porque no quieren alejarse de su hogar. «Para mí es importante ver lo que queda de mi casa, me sirve para saber que un día voy a poder volver y reconstruir las paredes, rearmar mi vida», dice Galina. El caso de Lena es similar, tiene 50 años y es una de las más jóvenes, habla de irse a la ciudad

pero es su madre, de 79, la que no quiere moverse. Valentina asiente para dejar en claro que las historias de todas las personas bajo tierra son similares. Finalmente deja escapar en un suspiro que es agotamiento y resignación: «Sólo tenemos la esperanza de que haya paz, queremos volver a casa, ver a los vecinos, volver a la vida normal. No nos importa cómo termine la guerra, sólo que termine».

Durante el día se puede salir a la superficie sin ningún problema, caminar por el barrio en donde aún funciona una pequeña iglesia o visitar el único almacén, que está a medio kilómetro y tiene bolsones de arena cubriendo las ventanas en caso de bombardeo. Pero por la noche comienza el fuego cruzado, hay soldados que corren de un lado al otro y los perros aúllan despavoridos. Es entonces cuando Viktor empieza a beber. O a beber con más ganas. Tiene 51 años y vive en el bunker desde que una bomba destruyó su casa y le causó graves heridas en una

pierna. Está postrado en cama junto a su anciana madre, que no habla y parece frágil, a punto de quebrarse en cualquier momento. Viktor bebe y fuma, fuma y bebe. Así es su día. Dice que el gobierno de la República de Donetsk le está arreglando la casa, que pronto se va a ir del bunker y que no le importa si la zona es peligrosa porque de todas formas está harto de vivir así. Aún necesita medicamentos para tratar su herida pero, como no puede salir, alguien se los provee, aunque no parece estar muy seguro de quién. Esta es una situación repetida: nadie sabe bien quién provee qué ni por qué. Se nombran ONGs como la Cruz

Roja o Unicef, alguien menciona a la secretaria de un diputado local que dejó su tarjeta, otros hablan de voluntarios, de organizaciones cristianas, del gobierno de Donetsk. Entonces se inicia un debate en el que todos los participantes dicen que el otro está equivocado, que el que trajo alimentos la última vez fue tal o cual, que el que trae medicinas no

«Es que cada noche es una larguísima y tediosa espera, un constante rezo para que ningún disparo caiga demasiado cerca»

es el mismo, que aquel viene cada dos meses pero este otro trae más cosas. Al final todos concuerdan en que de alguna forma hay alimentos y medicinas, que en el bunker no sobra nada pero no se pasa hambre. Y recuerdan los primeros años de la guerra, entre 2014 y 2015, cuando faltaba comida, abrigo, agua, medicamentos y sobre todo esperanzas.

La comunidad bajo tierra crece antes del atardecer, cuando algunos pasan a saludar. Aparece entonces Vladimir que no quiere vivir en el bunker porque tiene miedo de contagiarse tuberculosis, por eso se queda en su casa parcialmente destruida. También aparece Andrej, acompañado de un fuerte olor a vodka. Tiene los ojos levemente desorbitados y camina inclinado hacia un lado. Parece ya haber superado ese punto en el que la ebriedad y la sobriedad son estados distintos, y los 29 años que afirma tener bien podrían ser en realidad 40 o más. Dice que es albañil, que a veces trabaja. Una de las señoras mayores que juega a las cartas se ríe con sorna cuando Andrej nombra a una supuesta esposa.

Hacia las 7 ya está oscuro y no queda un sólo civil en la calle. Dentro del bunker alguien calienta grechka, el trigo sarraceno que se come en esta zona, y Viktor comparte vodka y besos con Valentina. Ella ya no tiene la voz apagada, por el contrario, terminará cantando después de algunos tragos. Otras mujeres juegan a las cartas mientras varios gatos deambulan de una punta a la otra del recinto. No sólo son mascotas, también tiene la importante responsabilidad de mantener a raya a las ratas. Pronto ya no habrá más que hacer bajo tierra además de charlar de lo mismo una y otra vez. Y esperar. Es que cada noche es una larguísima y tediosa espera, un constante rezo para que ningún disparo caiga demasiado cerca. Entonces empieza.

«Ha pasado una nueva noche en la superficie, pero bajo tierra no es de día, nunca amanece, ni hay sol o lluvia. Sólo existe la tenue luz eléctrica»

Pareciera como si se acercara el 1º de enero porque esos son fuegos artificiales, ¿no? Se escuchan claramente a pesar de la distancia y del hormigón que separa al bunker de la superficie. Son explosiones que se repiten a lo lejos, una tras otra constantemente. Pero nadie le presta demasiada atención a los sonidos que retumban en las cavernosas entrañas del refugio, a nadie le importa el eco que baja por las escaleras. No es más que una molestia pasajera: los ruidos y los que viven bajo tierra conviven a diario como dos vecinos que se profesan una cortés e indiferente antipatía. Pronto los sonidos de la superficie serán acallados por un documental soviético a todo volumen sobre la vida del Che Guevara. Y a seguir esperando que pasen las horas.

Al fin la fresca brisa matinal baja las escaleras y se cuele sin golpear la puerta del bunker. Ha pasado una nueva noche en la superficie, pero bajo tierra no es de día, nunca amanece, ni hay sol o lluvia. Sólo existen la tenue luz eléctrica, la humedad y las imágenes de tanques soviéticos. Es todo. Algunas personas todavía duermen, otras ya comienzan a prepararse para un nuevo día de rutinaria espera, de más

montones de horas que matar hasta que termine la guerra y no haya que matar nada. La desesperante acumulación de tiempo vano, la zona gris que es vivir en medio de la destrucción y no querer irse.

Publicado en *Infobae*, 14 de octubre de 2017

28 | El último guerrero de la resistencia separatista en Ucrania

LE DICEN DOBRIY, «EL BUENO», Y SU TONO AFABLE Y CORDIAL HACE HONOR al apodo. A Alexey Markov no le importan los estereotipos, mucho menos que el gobierno ucraniano diga que es un terrorista. Hoy este profesor de Física oriundo de Moscú comanda la brigada Prizrak (Fantasma) en la autoproclamada República Popular de Lugansk donde, en el marco de la Guerra del Donbass, enfrenta al ejército regular ucraniano y a las fuerzas de grupos de ultraderecha como Azov y Pravy Sektor.

Desde la pequeña ciudad de Kirovsk, a unos 100 kilómetros al oeste de la frontera rusa y a casi 800 al este de Kiev, explica que su tropa tiene una importante desventaja respecto del enemigo: «La Junta de Kiev ve esta guerra como una forma de aumentar su propio poder, mientras que nosotros ni siquiera sabemos por qué estamos peleando, si es por la independencia, por unirnos a Rusia, por formar una confederación o qué. Es una pesada carga psicológica para nuestros soldados y estamos perdiendo motivación».

Desde Ucrania y la OTAN se ha difundido que la guerra desatada en abril de 2014, tras la expulsión del poder del presidente Víktor Yanukovich, enfrenta al gobierno de Petro Poroshenko y a fuerzas rusas. Pero Markov desmiente esta idea e insiste en que se trata de una guerra civil convencional entre quienes apoyan y quienes se oponen a lo que el moscovita denomina «régimen nazi». «Si aquí estuviera el ejército ruso, siquiera una sola brigada, la guerra habría terminado hace mucho. Pero sólo hay gente ordinaria combatiendo: taxistas,



| Soldado de la Brigada Prizrak junto a un vecino de Kirovsk.

doctores, granjeros. No peleamos en contra sino a favor de Ucrania, por una Ucrania libre de nazis».

La región del Donbass incluye las provincias de Donetsk y Lugansk, y alrededor de la mitad del territorio está controlado por los separatistas. Aunque Markov estima que un 80 % de la población es étnicamente rusa, ninguna cifra oficial apoya el margen tan elevado que describe el comandante, si bien los últimos censos muestran una clara mayoría de rusoparlantes.

Para Dobriy, el objetivo de los grupos de extrema derecha es terminar con esta mayoría y el apoyo que tienen del gobierno ucraniano es

«La población local simplemente no tiene otra opción, todos los lazos, todos los servicios que cortó Ucrania están siendo repuestos por Rusia'»

parte de una larga sucesión de medidas que parecen tener por objetivo eliminar todos los lazos que unen al Donbass con Ucrania. Primero se cerraron los bancos de la región dificultando el acceso a la grivna ucraniana, y la población local comenzó a usar rublos rusos; luego hubo dificultades en las telecomunicaciones y las autoproclamadas repúblicas crearon sus propias compañías; finalmente

también establecieron sus propios documentos, que son reconocidos por Rusia desde este año.

«La población local simplemente no tiene otra opción, todos los lazos, todos los servicios que cortó Ucrania están siendo repuestos por Rusia. Por eso no creo que este territorio pueda volver a ser parte de Ucrania», opina Markov, y agrega que este cuadro significa para Vladimir Putin una compleja disyuntiva ya que apoyar explícitamente a los separatistas podría significarle duras sanciones internacionales, pero tampoco es una posibilidad abandonar a población civil étnicamente rusa. «Entonces Rusia nos envía ayuda humanitaria, electricidad, combustible o comida», explica.

La situación actual es muy distinta a la del comienzo del conflicto. Tras la firma del segundo acuerdo de Minsk, en febrero de 2015, los enfrentamientos han amainado. O al menos así ha sido para uno de los bandos: los ucranianos continúan disparando a diario mientras que el gobierno local ha ordenado limitar las respuestas a estos ataques. «Necesitamos demasiados permisos para responder y eso consume tiempo, además de ser muy desmoralizante para nuestras tropas. Entonces lo que sucede –relata Markov– es que no estamos respondiendo y el enemigo se vuelve más y más agresivo. Es como un partido de fútbol con un sólo arco».

La falta de motivación sumada a la incertidumbre de un conflicto que no parece estar cerca de llegar a su resolución lleva a que sean cada vez menos los que se unen a la lucha. La brigada Prizrak contó en el pasado con numerosos voluntarios extranjeros, pero la mayoría han vuelto a casa. Markov no tenía formación militar alguna antes de llegar al Donbass, y hoy sus 44 años podrían ser fácilmente muchos más: se le nota el cansancio, el estrés, la presión que acumula a lo largo de la lucha interminable. «Creo que mucha gente alrededor del mundo se ha olvidado de esta guerra. Quizás había noticias durante el primer año, pero ahora estamos en el cuarto y no hay avances. La gente ya está cansada, tanto los civiles como los soldados. Pero de alguna forma nos mantenemos, así es nuestro orgullo nacional ruso: no alcanza con derrotarnos, deben ponernos de rodillas y aun así no nos rendimos». Entonces lanza una mirada al cuadro de Iósif Stalin que tiene frente a su escritorio, como si buscara cierta inspiración. «Debemos seguir peleando. Tengo la esperanza de que derrotaremos al nazismo como ya lo hicimos antes. No queremos ni dinero, ni tierra, ni gloria; no queremos nada más que la victoria y sé que la alcanzaremos porque ahora simplemente no tenemos otra alternativa».

Publicado en *Tiempo Argentino*, 18 de noviembre de 2017

29 | Comienza la lucha con la Unión Europea por los países del Este

COMIENZA UNA NUEVA ETAPA PARA AQUELLOS PAÍSES QUE DEJARON DE estar al otro lado de la cortina de hierro a principios de los '90. Las últimas décadas han marcado para el oriente europeo una suerte de bifurcación en la que puede optar por acercarse a la Unión Europea o aliarse a Rusia. Algunos, como Polonia o la República Checa, se han encaminado indudablemente con dirección a occidente, mientras que otros, como Ucrania o Moldavia, fluctúan de acuerdo a sus propios resultados electorales. Para todos ellos representa un desafío la llegada al poder de Donald Trump, un hombre que ha denostado a la OTAN, ha celebrado el Brexit y cuenta con la particular simpatía del Kremlin.

Al menos por lo que ha sido su campaña y el proceso de transición, el nuevo presidente estadounidense promueve políticas mucho menos intervencionistas que sus antecesores para buena parte del planeta. La Unión Europea pasaría entonces a cumplir con el rol de supuesto garante global de la seguridad, pero en Bruselas siguen lidiando con el duro golpe que significa la salida del Reino Unido del bloque. Mientras el Oeste mira hacia otro lado, el oso del Este se despierta y comienza a reclamar terreno.

En ese sentido, el candidato propuesto por Trump a secretario de Estado, Rex Tillerson, es un punto fundamental. El ex CEO de la gigantesca petrolera ExxonMobil se opuso fuertemente a las sanciones económicas a Rusia impulsadas por la gestión de Barack Obama, y mantiene estrechas relaciones con Vladimir Putin, quien en 2013 le entregó la medalla de la Orden de la Amistad.

Dos años antes promovió un acuerdo de cooperación con la petrolera estatal rusa Rosneft para la explotación de yacimientos en Siberia. Mientras aún se discute la influencia del Kremlin en las elecciones estadounidenses de noviembre, la candidatura de Tillerson está en manos del Senado y su cercanía con Rusia no es vista con buenos ojos ni por demócratas ni por republicanos.

Pero la relación con Putin no sólo preocupa al Congreso estadounidense. Desde que se anunciaron los resultados electorales, Ucrania en particular carga con un predecible alarmismo. El país comenzó un largo proceso de inestabilidad en 2013, cuando el por entonces presidente

Viktor Yanukovich decidió darle la espalda a la Unión Europea, siguieron las protestas en casi todo el país y los interminables enfrentamientos en el este, donde la mayoría de la población es rusa.

«Los más nacionalistas ven en Trump no sólo a un enemigo de los Clinton sino también a un amigo de Rusia y, por carácter transitivo, a uno de Serbia»

El magnate norteamericano dijo en campaña que consideraría aceptar la anexión de Crimea y dejaría de apoyar financieramente a Kiev en el marco de sus enfrentamientos en Donetsk y Lugansk con separatistas pro-rusos. La semana pasada fue aún más lejos y sugirió terminar con las sanciones impuestas a Rusia desde su intervención militar en Ucrania. Para Kiev, Trump será un aliado de Putin o al menos no lo enfrentará abiertamente, y las dos opciones son malas.

En cambio, en pocos países se celebró tanto el triunfo de Trump como en Serbia, el más fuerte aliado de Rusia en el sudeste europeo. Para muchos serbios Hillary Clinton representaba los bombardeos que en 1999 asolaron el país, ejecutados por la OTAN y promovidos por el entonces presidente Bill Clinton. Especialmente los más nacionalistas ven en Trump no sólo a un enemigo de los Clinton sino también a un amigo de Rusia y, por carácter transitivo, a uno de Serbia. Y no faltan los que guardan la esperanza de que el nuevo presidente retire el

tradicional apoyo estadounidense a Kosovo, territorio independiente que Serbia reclama como propio.

Del otro lado, los albanokosovares no quieren temer ningún cambio de rumbo de Estados Unidos, por eso la semana pasada la embajadora en Washington aprovechó un breve encuentro con Trump para recordarle que Kosovo es «la nación más proamericana de la Tierra».

Además, parecería que las luces brillantes de las elecciones estadounidenses ocultaron que Putin se llevó no uno sino tres triunfos en noviembre pasado.

La misma semana en la que Trump se convirtió en presidente electo también ganaron elecciones dos pro-rusos en países que llevaban años alejados de Moscú. Por un lado, hoy asume como presidente de Bulgaria Rumen Radev, un excomandante de la Fuerza Aérea Búlgara que nunca antes había tenido relación con la política partidaria. Su país forma parte de la OTAN y de la Unión Europea, y no va a renunciar a ninguno de los dos, pero Radev se ha mostrado en más de una oportunidad cercano a Rusia, e incluso ha reclamado que la UE levante las sanciones que recaen en la tierra de Putin desde la anexión de Crimea.

Por el otro, desde 2009 la ex república soviética de Moldavia mantenía un fuerte proceso de acercamiento a la Unión Europea que incluía la firma de un acuerdo político-comercial en 2014. Como respuesta a estas negociaciones Moscú impuso severas restricciones a la importación de productos agrícolas moldavos. Por eso fueron los campesinos los que más festejaron el triunfo de Igor Dodon, miembro del Partido Socialista y declarado admirador del gobierno ruso, que anunció que cancelaría aquel acuerdo y buscaría acercarse a la Unión Económica Euroasiática. Punto para Putin.

Publicado en *Tiempo Argentino*, 21 de enero de 2017

30 | Turkmenistán, un reino plebeyo en medio de Asia

PESE A QUE POR PRIMERA VEZ EN LA HISTORIA DE LA EXREPÚBLICA soviética de Turkmenistán más de un partido político se presentó a las elecciones presidenciales, el domingo pasado Gurbangulí Berdimujamedov fue re-reelecto con casi el 98 % de los votos. Gracias a una reciente modificación de la Constitución Nacional, esta vez permanecerá como presidente por los próximos siete años en lugar de los cinco que gobernó en sus dos anteriores mandatos y no tendrá impedimento legal para continuar en el cargo de por vida.

Berdimujamedov es apenas el segundo presidente del país centroasiático, independiente desde octubre de 1991, y parece seguir los pasos de su antecesor. Seis años antes de la caída de la Unión Soviética, asumió como secretario general del Partido Comunista local Separmurat Niyazov y pronto se convirtió en líder incuestionable de la naciente república. En los 16 años en que se mantuvo en el poder, Niyazov se presentó a apenas dos elecciones, la primera antes de la independencia y la segunda en 1992; en ninguna de las dos hubo otros candidatos. Durante su gobierno el Partido Democrático, heredero del Partido Comunista, dominó todos los asientos de la Asamblea Nacional.

El presidente tuvo la tarea de diseñar una nación inexistente y la hizo a su imagen y semejanza: reemplazó estatuas de Vladimir Lenin y Karl Marx por monumentos en su propio honor, su rostro cubrió todas las paredes del país, creó festividades nacionales como el Día del Caballo y el Día del Melón, modificó los nombres de ciudades para que

se refirieran a él e incluso cambió el nombre de los días y meses para enaltecer la gloria de la familia Niyazov. El estudio y memorización de su libro *Ruhnama*, una obra que combina autobiografía con aspiraciones filosóficas y revisionismo histórico, fueron obligatorios hasta 2011 para estudiantes, empleados públicos y cualquier persona que quisiera obtener una licencia de conducir. A lo largo de su mandato impuso la «neutralidad permanente» como bandera, estableciendo que

«El nuevo mandatario revirtió muchas de las políticas más ridículas de Niyazov, entre ellas el veto a la ópera, el circo, el ballet y el estudio de inglés»

Turkmenistán no intervendría en ningún conflicto extranjero ni formaría parte de ningún tipo de alianza militar. Esta política fue oficialmente reconocida por las Naciones Unidas en 1995 y el presidente lo celebró construyendo el Monumento a la Neutralidad, una torre de 75 metros de altura rematada por una estatua dorada de Niyazov que rotaba para que el sol siempre la iluminara de

frente. En diciembre de 1999 el Parlamento lo nombró presidente vitalicio y mantuvo el cargo hasta su muerte en 2006.

Asumió entonces Berdimujamédov, primero en forma interina y luego confirmado en unas elecciones en las que se enfrentó a otros cinco candidatos del mismo partido y en las que obtuvo el 89 % de los votos. En 2012 fue reelecto con el 97 por ciento. El nuevo mandatario revirtió muchas de las políticas más ridículas de Niyazov, entre ellas el veto a la ópera, el circo, el ballet y el estudio de inglés. El Monumento a la Neutralidad, con su estatua dorada del primer presidente, fue desmantelado y mudado a las afueras de la capital Asjabad, pero para dejar en claro que el segundo gobernante no sería tan distinto, lo reemplazó por uno nuevo, también enorme y dorado pero esta vez de sí mismo a caballo. Hoy es el rostro de Berdimujamédov el que cubre todas las paredes del país y las políticas represivas se mantienen.

Recién en 2012 se permitió la conformación de un segundo partido político que debía ejercer de oposición, pero en la práctica se

convirtió en un ala del gobierno. En las elecciones del pasado domingo hubo nueve candidatos, dos de ellos miembros de partidos oficialmente opositores pero que no sólo no cuestionan al presidente sino que lo apoyan abiertamente.

La necesidad de esta simulación tiene que ver con las dificultades económicas que atraviesa este país con la cuarta mayor reserva de gas natural del mundo. A la caída del precio internacional del recurso hidrocarburiífero, se le suma que Rusia e Irán han dejado de comprar gas turkmeno. Hoy el país centroasiático tiene una enorme dependencia de China, prácticamente su único cliente, y busca atraer nuevos compradores mejorando su imagen internacional, aún con la puesta en escena de una elección ficticia.

A principios de este mes la ONG Human Rights Watch destacó que «el pésimo historial de Derechos Humanos en Turkmenistán socava la posibilidad de una elección libre y justa» y que los ciudadanos no tienen libertad de expresión ni acceso a la información. La misma organización describe al país como «uno de los más represivos y cerrados del mundo, donde el presidente y sus asociados tienen un control total sobre todos los aspectos de la vida pública». Por otra parte, según el último informe anual de Reporteros sin Fronteras, Turkmenistán es el tercer peor país del mundo para ejercer el periodismo, detrás de Eritrea y Corea del Norte.

Publicado en *Tiempo Argentino*, 19 de febrero de 2017

31 | Transnistria, donde la Unión Soviética aún vive

COMO SI EL MURO DE BERLÍN NO SE HUBIERA CONVERTIDO EN MILLONES de piedritas que compran turistas, como si el accidente nuclear de Chernóbil no hubiera ocurrido y Pripyat siguiera siendo una bulliciosa urbe, como si la Unión Soviética no hubiera colapsado ni engendrado quince nuevos países hace apenas un cuarto de siglo. Así es Transnistria, quizás el más curioso vástago de aquella caída, la tierra en donde la hoz y el martillo todavía imperan: donde la Unión Soviética aún vive.

Para Moldavia, al este de Europa, entre Ucrania y Rumania, el este del río Dniester le constituye un problema. Es ahí en donde nace Transnistria, un estado que se declaró independiente en 1990 y al que ninguna nación del mundo reconoce. Este no-país es más pequeño que Trinidad y Tobago, y tiene cerca de 700 mil habitantes repartidos casi equitativamente entre moldavos, ucranianos y rusos. Su diversidad étnica parece ensanchar el Dniester y distanciar a este territorio de Moldavia, que lo reclama como propio.

Durante cincuenta años en los que la región formó parte de la Unión Soviética las divisiones étnicas fueron dejadas de lado, pero en 1990 muchos preveían la inminente caída. Ya entonces las altas cúpulas del poder en la zona eran rusos, muy alejadas cultural, étnica y lingüísticamente del resto de Moldavia.

El año anterior el gobierno había decretado que el único idioma oficial del territorio sería el rumano escrito en alfabeto latino: el ruso y el cirílico quedaban descartados. Fue un duro golpe para las poblaciones

étnicamente rusas y ucranianas del país, que adivinaron en este gesto no sólo una pronta independencia de Moldavia sino la instauración de un régimen político bajo control netamente moldavo.

En medio de violentas protestas y enfrentamientos, Transnistria decidió ir contra el colapso que se avecinaba y declaró su independencia en septiembre de 1990. El líder soviético Mijaíl Gorbachov intentó tranquilizar a las partes anulando esta declaración, pero en la práctica el gesto fue inútil: Transnistria era cada vez más ajena. Los choques continuaron intensificándose hasta que en agosto de 1991 Moldavia declaró su independencia.

«El 40 % del PBI y el 90 % de la producción eléctrica de Moldavia correspondían a Transnistria»

Llegaron entonces voluntarios de Rusia y Ucrania para apoyar a los separatistas y se sumaron a una sección del ejército soviético que había quedado apostada allí. El 2 de marzo de 1992 comenzó una breve guerra en la que murieron alrededor de quinientas personas y que duraría hasta el 21 de julio, cuando se acordó un alto al fuego y Moldavia dejó de tener control de la zona en forma definitiva.

Antes de la caída de la URSS la mayor parte de la industria de la entonces República Socialista de Moldavia radicaba en Transnistria, mientras que el resto del país mantenía una economía basada en la agricultura. El 40 % del PBI y el 90 % de la producción eléctrica del país correspondían a Transnistria. Si a esto se le suma el apoyo económico de Rusia, resulta comprensible cómo un territorio tan pequeño y sin reconocimiento internacional puede funcionar de facto en forma independiente.

Hoy Transnistria utiliza como símbolo la bandera roja y verde que representaba hasta 1991 a la República Socialista Soviética de Moldavia, y su escudo con trigo, vides, una estrella roja, la hoz y el martillo, es el escudo nacional de esta nación no reconocida.

Pese a la simbología soviética por doquier, Transnistria no tiene nada de comunista. Su régimen político y económico es netamente capitalista, y depende en gran parte de las exportaciones de cemento, textiles y acero tanto a la Unión Europea como a la Comunidad de Estados Independientes, integrada por diez ex repúblicas Soviéticas.

También constituye un ingreso fundamental la venta de viejas armas soviéticas en el mercado negro, especialmente a países africanos. Y no deben despreciarse los enormes subsidios rusos. Por último, en Transnistria existe Sheriff, una compañía ligada a Igor Smirnov, presidente entre 1991 y 2011, que controla desde estaciones de servicio, supermercados, empresas de telefonía, a canales de televisión, dos fábricas de pan, una destilería y hasta el club de fútbol Sheriff Tiraspol. Desde Europa, Sheriff no es más que una gigantesca lavadora de dinero proveniente de la venta informal de armamento.

Transnistria representa para Rusia su punto más occidental de influencia, y lo utiliza como método de presión y control sobre Moldavia, que de a poco se acerca a occidente y que en 2014 firmó un acuerdo político comercial con la Unión Europea. Pero el reconocimiento ruso de independencia no llega porque Transnistria es demasiado pequeño como para resultarle relevante al Gran Oso. Entonces este enorme museo al aire libre, cubierto de hoces, martillos y estatuas de Vladimir Lenin, debe conformarse con el reconocimiento de tan sólo tres países que se encuentran en situaciones igualmente complejas, faltos de reconocimiento internacional y estancados en conflictos congelados desde la caída de la Unión Soviética hace 25 años: Nagorno Karabaj, Abjasia y Osetia del Sur.

Publicado en *Tiempo Argentino*, 20 de enero de 2017

32 | Nagorno Karabaj, la guerra permanente

SEGÚN LA TRADICIÓN ARMENIA, NOÉ ENCALLÓ CON SU ARCA EN EL MONTE Ararat, en la actual Turquía. Desde allí él y sus descendientes fundaron pueblos y avanzaron asentándose en los valles de la zona. La pequeña y no reconocida nación de Nagorno Karabaj sería entonces una de las primeras regiones del mundo en ser habitadas luego de la inundación bíblica. Desde entonces se enfrentaría a muchos más problemas que el agua.

Nagorno Karabaj es una zona montañosa poblada históricamente por armenios. Pero en 1921 Iósif Stalin, siguiendo la lógica del *divide y reinarás*, se la dio a la República Socialista Soviética de Azerbaiyán. La división entre armenios y azeríes no sólo es étnica sino también religiosa: Armenia fue el primer país en adoptar el cristianismo, en el año 301, mientras que Azerbaiyán es un país islámico, muy cercano culturalmente a Turquía.

La dura política soviética congeló las diferencias, pero en los tiempos de Mijaíl Gorbachov, líder de la Unión Soviética desde 1985 a 1991, la presión aflojó y los conflictos reflataron. En 1988 los karabajos pidieron ser parte de Armenia, y este fue el puntapié inicial de un conflicto que llevaría a la intromisión del ejército soviético y terminaría con la expulsión de armenios de Azerbaiyán y de azeríes de Nagorno-Karabaj, además de provocar casi mil muertes.

En 1991 Armenia y Azerbaiyán declararon su independencia de la URSS en medio de la escalada del conflicto. Ese mismo año comenzó

la guerra y al año siguiente Nagorno Karabaj declaró su independencia. La guerra continuó hasta 1994 y en ella murieron cerca de 30 mil personas. Terminó con victoria armenia, tomando posesión de la zona, que seguiría siendo una república independiente aunque no reconocida hasta hoy. Pero el final de la guerra no fue el final del conflicto: el ejército armenio tomó una importante área alrededor de Nagorno Karabaj, en territorio azerbaiyano, que los armenios aseguran que es una protección temporal. En total, el territorio controlado por armenios representa el 20% del área total de Azerbaiyán.

«Ningún país miembro de las Naciones Unidas reconoce a Nagorno Karabaj como independiente, ni siquiera Armenia»

La tensión y violencia del conflicto tiene altibajos, y los choques esporádicos entre ambas etnias provocan muertes todos los años. El 2016 fue particularmente tumultuoso, especialmente a principios de abril cuando cuatro días de enfrentamientos dejaron un saldo de al menos 350 muertes. Los acuerdos de cese al fuego son violados sistemáticamente desde entonces y el año comenzó con nuevos choques, parte de un interminable conflicto.

Pese a la violencia, Nagorno Karabaj es un estado independiente de facto, democrático, que se sostiene gracias a aportes de la comunidad armenia internacional: hay muchos más armenios fuera de armenia (11 millones) que dentro del país (3 millones). Cerca del 95 % de las 140 mil personas que habitan la región son armenios. Ningún país miembro de las Naciones Unidas reconoce a Nagorno Karabaj como independiente, ni siquiera Armenia, con quien comparte cultura e historia. De hecho el gobierno armenio no permite que representantes karabajos participen de las negociaciones y diálogos con Azerbaiyán. Se trata de una compleja situación en la que entra en juego el reconocimiento a otros territorios que han declarado unilateralmente su independencia, especialmente Kosovo, cercano a Estados Unidos. Armenia busca confrontar lo menos posible tanto con Washington como

con Moscú. Y Nagorno Karabaj debe conformarse tan sólo con el reconocimiento de otros países no reconocidos: Osetia del Sur, Abjasia y Transnistria.

Hoy quedan muchas minas terrestres y no son pocos los campesinos que han muerto al pisarlas accidentalmente. Nadie se preocupa por limpiarlas, no sólo por el alto costo sino también porque existe una certeza tácita de que tarde o temprano el territorio volverá a estar en guerra.

Más allá de las pérdidas humanas, el conflicto entre Armenia y Azerbaiyán es relevante en términos regionales ya que éste último es el único país proveedor de gas de Europa que puede enviar material sin pasar por Rusia. Azerbaiyán cuenta con 30 mil millones de euros de inversiones internacionales para actividades petrolíferas, y su presupuesto militar es ocho veces mayor que el de Armenia.

Armenia es un importante aliado de Rusia y forma parte de la Unión Económica Euroasiática, una especie de respuesta rusa a la Unión Europea. Pero Rusia, por su parte, brindó armamento tanto a Armenia como a Azerbaiyán durante la guerra, y hoy sigue apoyando a ambos ejércitos con la intención de mantener su presencia e influencia en la zona, aunque oficialmente está del lado armenio. Mientras tanto, la relación de Estados Unidos con el conflicto es sumamente ambigua, de apoyo a ambos grupos, pero tratando de alejarlos y de alejar al conflicto en sí de la influencia de Rusia.

Turquía actualmente no mantiene relaciones diplomáticas formales con Armenia, no sólo por el genocidio armenio, sino porque el gobierno turco apoya fuertemente a Azerbaiyán en el conflicto de Nagorno Karabaj. La frontera entre ambos países está cerrada desde hace más de dos décadas. Israel también apoya a Azerbaiyán, básicamente porque es vecino de Irán y puede ayudar a mantenerlo a raya. Y

Pakistán ni siquiera reconoce oficialmente a Armenia como país desde el final de la guerra a mediados de los 90.

La guerra en el Cáucaso es el menos congelado de los conflictos post soviéticos y, como sucedió en Siria, parece interminable e involucra a demasiados actores.

Publicado en *Tiempo Argentino*, 20 de enero de 2017

33 | Abjasia, dos veces independiente

QUIZÁS FUE TAN SÓLO UN SUEÑO, PERO LAS FOTOS EXISTEN. AHÍ ESTABAN los jugadores de la selección de Abjasia, con sus camisetas verdes y blancas levantando la Copa del Mundo frente a un estadio repleto. Sí, Abjasia organizó y ganó el mundial, sucedió el año pasado. Sólo que la FIFA no tuvo nada que ver, porque el trofeo que levantaron los jugadores de este país caucásico fue el de la Copa Mundial de CoNIFA: el torneo de fútbol para naciones no reconocidas. El evento fue el más importante en la historia de Abjasia, un territorio reclamado por Georgia pero que tiene su propia bandera, gobierno, leyes e identidad. Aunque no muchos lo reconozcan.

La disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas trajo consigo enormes cambios en toda la región. Si antes los habitantes del vasto territorio euroasiático donde solía prevalecer la hoz y el martillo eran soviéticos y nada más, ahora las diferencias étnicas pasaban a cobrar relevancia. Las fronteras que antes resultaban innecesarias se volvían imprescindibles. Algunos países han logrado desde entonces armarse a través de su propia historia y cultura, pero otros han quedado anclados en ese 1991, atados a conflictos irresolutos o congelados. Abjasia es en ese sentido un caso paradigmático.

Este territorio en la región del Cáucaso, con menos de un tercio de la superficie de la provincia de Misiones, tiene cerca de 240 mil habitantes. Pese a que declaró su independencia en 1992 (y una vez más en 1999), y a que en los hechos su economía y política son efectivamente

independientes, la mayoría de países reconocen a Abjasia como parte de Georgia. Son apenas cuatro los estados que no lo hacen: Rusia ha sido un aliado fundamental para el pueblo abjasio desde que le diera autonomía a la región en 1921, poco después de que Georgia fuera incorporado a la Unión Soviética, pero también a lo largo de los tumultuosos años que siguieron al colapso de 1991, y fue el primero en reconocer su independencia en 2008. Le siguieron Nicaragua y Venezuela como una forma de acercarse a Rusia en 2008 y 2009 respectivamente, y finalmente la pequeña nación micronesia de Nauru, a cambio de una importante suma en materia de ayuda humanitaria.

«Desde 1991 se desarrollaba una guerra en Osetia del Sur, y Abjasia repitió la historia al año siguiente»

Georgia fue de los primeros en escapar de ese Titanic conducido por Mijaíl Gorbachov hace un cuarto de siglo. Pero desde fines de los años ochenta la situación en Abjasia parecía a punto de estallar. En 1989 una protesta en la capital regional Sujumi terminó en enfrentamientos y en la muerte de 16 personas. Se vivía un clima de tensión étnica entre abjasios y georgianos que se acrecentó cuando los primeros votaron en más de un 99 % preservar la unión con Rusia. Pero Georgia se independizó pocos días después, en abril de 1991. La abolición de la constitución de tiempos soviéticos en Georgia fue interpretada por Abjasia como una suspensión de su autonomía, y en julio de 1992 se declaró por primera vez independiente, apenas seis meses después de que lo hiciera la vecina Osetia del Sur, que vivía una situación muy similar.

Las aguas se calmaron durante el gobierno de Zviad Gamsajurdia, primer presidente de Georgia, pero a comienzos de 1992 éste sufrió un golpe de Estado y todo cambió. Desde 1991 se desarrollaba una guerra en Osetia del Sur, y Abjasia repitió la historia al año siguiente. La tensión se tradujo en conflicto bélico: tres mil soldados georgianos invadieron a una débil Abjasia y no les costó demasiado tomarla. A diferencia del conflicto en Osetia del Sur, Rusia no intervino oficialmente

en Abjasia. Se formaron en cambio grupos guerrilleros para combatir a Georgia y eventualmente esos grupos se unieron y lograron sitiar la ciudad de Sujumi, controlada por los georgianos.

El conflicto duró más de un año, fue largo y cruento, e incluyó una seria estrategia de limpieza étnica y violaciones a los Derechos Humanos de ambos lados. Murieron más de treinta mil civiles y alrededor de cinco mil soldados. Cerca de veinte mil casas de familias étnicamente georgianas fueron destruidas y alrededor de 250 mil personas de etnia georgiana fueron forzadas a abandonar la zona. Abjasia pasó a funcionar como una república independiente, y el territorio quedó casi completamente en manos de abjasios y rusos con excepción del distrito de Gali, al sur, donde en 1998 hubo un nuevo y breve conflicto bélico. Pero no fue el último.

Mijeíl Saakashvili se convirtió en presidente de Georgia en 2004 y prometió recobrar el control sobre Abjasia y Osetia del Sur. Durante esos años el país se acercó a la OTAN y especialmente a Estados Unidos. Como respuesta, Rusia comenzó a intervenir en forma más activa en Abjasia, otorgando pasaportes rusos a sus ciudadanos, promoviendo el uso del rublo como moneda oficial y convirtiéndose en su principal aliado político, económico y militar, especialmente luego de que Georgia impulsara un embargo económico internacional contra Abjasia que aún se mantiene.

En agosto de 2008 estalló la guerra en la vecina Osetia del Sur y Abjasia también jugó un papel muy importante aunque menos violento. Ya en 2006 hubo unas revueltas en Kodori, una zona al este de Abjasia dominada por georgianos, pero la guerra en Osetia del Sur fue la excusa perfecta que necesitaban los abjasios: mientras Georgia se ocupaba de Osetia, Abjasia atacó Kodori. Fue el 10 de agosto, cuando los georgianos habían sido expulsados de Osetia. La batalla de Kodori duró tres días, hubo tres muertos y significó el fin del control georgiano en el último punto que poseía dentro de las fronteras de Abjasia. La guerra en

Osetia del Sur terminó el 12 de agosto, y dos semanas después Rusia reconoció la independencia tanto de Abjasia como de Osetia del Sur.

Georgia aún considera a Abjasia territorio ilegalmente ocupado por Rusia y desde la guerra ambos países no sostienen relaciones diplomáticas formales. La misma decisión ha tomado el país caucásico con Venezuela y Nicaragua. Y en medio de un conflicto que cumple un cuarto de siglo sin resolverse, los abjasios continúan debatiéndose entre el difícil camino de la independencia o la anexión a Rusia.

Publicado en *Tiempo Argentino*, 19 de enero de 2017

34 | Osetia del Sur, el choque entre etnias

HACE FRÍO EN LA MONTAÑOSA OSETIA DEL SUR A FINES DE DICIEMBRE, nieva mucho y la gélida temperatura parece congelar la historia de un conflicto sin fin, una lucha interétnica con más muertes que certezas. Es que esta pequeña región caucásica se mantiene en disputa desde la caída de la Unión Soviética hace 25 años, pero los choques entre surosetas y georgianos preceden a aquel diciembre de 1991. Las diferencias son tan importantes que parece imposible que convivan bajo una misma bandera; al menos en los hechos, no lo hacen.

Las dos etnias que dominan la región nunca han tenido buenas relaciones, especialmente en los dos períodos en que Georgia fue independiente. Durante la primera independencia, entre 1918 y 1921, los osetas que habitaban el norte del territorio se rebelaron en apoyo a los bolcheviques de la naciente Unión Soviética. En medio de un clima tenso y conflictivo, los soviéticos invadieron ayudados por los osetas y, tras una escueta guerra, en marzo de 1921 terminaron con la breve independencia. En agradecimiento, Osetia recibió una importante autonomía por primera vez en su historia.

Durante su existencia, la Unión Soviética reprimió el nacionalismo paralizando así todos los conflictos interétnicos dentro de su esfera de influencia. Pero a fines de los 80 estos sentimientos se reactivaron. Lo primero que hizo Georgia para llegar a su independencia fue establecer el georgiano como único idioma oficial y abolir la autonomía suroseta. La declaración formal de independencia fue en abril de 1991.

El pueblo oseta quedó entonces dividido en dos: Osetia del Norte, una República Autónoma Rusa, y Osetia del Sur, en Georgia, ambas con exactamente la misma bandera.

Zviad Gamsajurdia, primer presidente, dijo entonces que los osetas eran una minoría en Georgia que no tenía mayor poder de decisión, que si esto les molestaba podían cruzar la frontera hacia Osetia del Norte. Osetia del Sur respondió declarando la independencia a fines de 1991. Ese mismo año comenzó una guerra en la que los separatistas osetas fueron fuertemente apoyados por Rusia. Cerca de mil personas

murieron y alrededor de cien mil se desplazaron abandonando Georgia en dirección a Osetia del Norte. A pesar de esto Osetia ganó la guerra y estableció una independencia de facto en 1992, de la mano de una fuerza de paz rusa permanente. Pero este no fue el final del conflicto.

«A diferencia de Abjasia, con sus playas en el Mar Negro, Osetia del Sur no cuenta con los ingresos del turismo»

Míjeil Saakashvili se convirtió en presidente de Georgia en 2004 y prometió recobrar el control sobre Osetia del Sur y la vecina Abjasia, región con una historia muy similar. La tensión aumentó progresivamente hasta que en agosto de 2008 un grupo de osetas hizo volar una patrulla policial georgiana con un aparato explosivo casero.

La noche del 7 de agosto alrededor de diez mil soldados georgianos invadieron Osetia del Sur con la intención de recuperar el poder de la zona en un ataque relámpago. La pequeña ciudad de Tsjinvali, capital de la región, fue bombardeada y luego ocupada por tanques y artillería. El 8 de agosto respondió Rusia, primero alegando defensa de las fuerzas de paz rusas que habían quedado apostadas desde 1992, y luego hablando de intentos de genocidio y limpieza étnica.

De hecho para Rusia no se trató de una guerra sino de una operación de paz con el fin de proteger a ciudadanos civiles. Además de su fuerza aérea, el por entonces presidente Dimitri Medvédev envió a más

de diez mil soldados que se sumaron a los cerca de 2.500 soldados osetas. El 9 de agosto las fuerzas georgianas retrocedieron hasta Gori, la ciudad natal de Iósif Stalin, en Georgia, y tres días más tarde la guerra ya había terminado.

Habían muerto alrededor de quinientos civiles y cerca de 200 mil personas fueron desplazadas en apenas cinco jornadas de conflicto. De los 70 mil osetas en la región, treinta mil cruzaron a Rusia. Además treinta mil georgianos fueron expulsados y son cerca de veinte mil los que aún hoy no han podido volver a sus casas. Antes de la guerra la zona tenía cerca de cien mil habitantes, hoy tan sólo quedan sesenta mil.

Dos semanas después de terminado el conflicto, Rusia se convirtió en el primer país del mundo en reconocer la independencia tanto de Abjasia como de Osetia del Sur. Le seguirían Nicaragua, ese mismo año, y Venezuela y Nauru, en 2009. Mientras tanto Georgia aún considera a Osetia del Sur como territorio ilegalmente ocupado por Rusia y desde la guerra ambos países no sostienen relaciones diplomáticas formales.

A diferencia de Abjasia, con sus playas en el Mar Negro, Osetia del Sur no cuenta con los ingresos del turismo, y su economía depende casi por completo de lo que le aporta Rusia. Tan es así que este año el gobierno suroseta ha anunciado un referéndum sobre la posible integración con Rusia para 2017. Las dos Osetias podrían volver a unirse bajo una misma bandera.

Publicado en *Tiempo Argentino*, 18 de enero de 2017

35 | Nicaragua, Venezuela y Osetia del Sur

A FINES DE 2016 SE CUMPLIRÁ EL PRIMER CUARTO DE SIGLO DE LA CAÍDA de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y el final del corto siglo XX que describe el pensador Eric Hobsbawm. El cierre de una historia que dio a luz otras nuevas, algunas que dejan el pasado atrás y otras cuyos conflictos irresolutos o congelados las anclan a ese 1991 en que cambió todo. En Osetia del Sur un reloj que parece demasiado distante a nuestras tierras latinas se detuvo entonces.

El pequeño y montañoso territorio de Osetia del Sur formaba parte de la República Socialista Soviética de Georgia desde su creación en 1921, pero osetios y georgianos nunca tuvieron buenas relaciones. El país caucásico fue el tercero en declarar su independencia antes de la caída de la unión, lo hizo en abril de 1991 luego de establecer al idioma georgiano como único oficial y cancelar la autonomía de Osetia del Sur dentro de su territorio. Las tensiones étnicas dieron inicio a una guerra que duró un año y medio e incluyó una declaración de independencia que sería recién reconocida por primera vez 17 años más tarde. Hoy son apenas cuatro los miembros de las Naciones Unidas que reconocen a Osetia del Sur como nación independiente: Rusia, Nicaragua, Venezuela y Nauru.

Desde el desmembramiento soviético, Rusia ha sido el principal aliado de los osetios, los apoyó en lo que éstos últimos llaman Guerra de la Independencia (1991-92) y económicamente desde siempre, pero también en el brevísimo enfrentamiento bélico de apenas cinco

días en agosto de 2008, cuando Rusia invadió el territorio y luchó contra el ejército georgiano que buscaba recuperar el control de la región. No es casual que Rusia haya sido el primer país en aceptar que Osetia del Sur y Georgia no se corresponden. Lo hizo el por entonces presidente Dmitri Medvédev apenas a dos semanas de finalizado el conflicto. Para el Gran Oso era no sólo una forma de debilitar a la Georgia de Míjeil Saakashvili, muy cercana a la OTAN, sino también una respuesta ante la declaración unilateral de independencia por parte de Kosovo, apoyada por Estados Unidos, en febrero de ese mismo año. Medvédev buscó entonces que sus aliados de la Comunidad de Estados Independientes (CIS) siguieran sus pasos, pero no lo hicieron ya sea por presión de la Unión Europea o la OTAN o por falta de interés. La respuesta vendría del otro lado del océano.

«No es casual que Rusia haya sido el primer país en aceptar que Osetia del Sur y Georgia no se corresponden»

ron ya sea por presión de la Unión Europea o la OTAN o por falta de interés. La respuesta vendría del otro lado del océano.

A principios de septiembre Nicaragua se sumó a Rusia y reconoció la independencia de Osetia del Sur. El presidente Daniel Ortega dijo entonces que durante el conflicto de agosto no le había quedado más camino a Rusia que desplazar sus fuerzas para garantizar lo que era la voluntad del pueblo osetio. Aprovechó también para describir como «nazi» al intento de Georgia de apoderarse de territorios con apoyo de Estados Unidos. Las relaciones entre Nicaragua y Rusia se fortalecieron a partir de entonces. Ortega visitó el Kremlin en diciembre de 2008 y firmó una serie de convenios en materia de agricultura, comunicaciones y educación. Medvédev anunció entonces inversiones y apoyo económico para el país centroamericano.

Recién un año más tarde un tercer estado respondería al pedido de Rusia. Venezuela anunció el reconocimiento de la independencia de Osetia del Sur el 10 de septiembre de 2009 en el marco de una visita de Hugo Chávez a Moscú. Durante esos años la república bolivariana y Rusia estrecharon sus relaciones a fuerza de numerosos acuerdos de

cooperación en diversas áreas, ejercicios militares conjuntos y la compra de armas rusas por más de cinco mil millones de dólares. Luego del encuentro con Chávez, Medvédev dijo: «proveeremos a Venezuela con las armas que nos pida ¿Por qué no tanques? Sin dudas nosotros tenemos buenos tanques. Si nuestros amigos necesitan de nuestros tanques se los enviaremos».

La pequeña nación insular micronesia de Nauru, con poco más de diez mil habitantes, reconoció a Osetia del Sur en diciembre de 2009. Para lograr este apoyo Moscú aportó una importante suma en materia de ayuda humanitaria. Un diario ruso publicó entonces que se trataba de 50 millones de dólares.

«Este año el gobierno de Osetia del Sur ha anunciado un referéndum de anexión a Rusia para el 2017, muy similar al que realizó Crimea en 2014»

El caso de Osetia del Sur no es el único en que un territorio se declara independiente en forma unilateral y no logra mayor reconocimiento por parte de miembros de las Naciones Unidas. Lo mismo ha sucedido con diversos grados de apoyo

en Palestina, Taiwán, Kosovo, Nagorno Karabaj, Somalilandia, Chipre del Norte, Abjasia o, más recientemente, Crimea. Países como Argentina o España tradicionalmente sostienen el principio de integridad territorial para oponerse a estas declaraciones unilaterales, pero son pocos los que mantienen posturas coherentes en casos tan comparables como Osetia del Sur y Kosovo. Cabe preguntarse entonces si Venezuela y Nicaragua, que han apoyado fuertemente a la Argentina en su lucha por restablecer el control sobre las Islas Malvinas, no han caído en una contradicción al apoyar la autodeterminación del pueblo osetio, o qué pasaría si en un territorio latinoamericano hubiera intentos secesionistas como los hubo en Bolivia en 2008, o aún una declaración de independencia concreta, como promueven algunos movimientos políticos al sur de Brasil.

El principio de autodeterminación recae en las poblaciones originarias de un territorio, lo que excluiría a los británicos en Malvinas

pero no, por ejemplo, a los catalanes. Pero en algunos casos resulta algo sumamente complejo de establecer. Cuando los habitantes de Kosovo, Osetia del Sur o Crimea declararon su independencia en forma unilateral expusieron razones ligadas a conflictos étnicos y peligro para los ciudadanos. Aunque se trataba de situaciones comparables la respuesta internacional no fue coherente, dividiendo las aguas en dos sectores: OTAN y aliados de Rusia, incluyendo a Venezuela y Nicaragua. Este año el gobierno de Osetia del Sur ha anunciado un referéndum de anexión a Rusia para el 2017, muy similar al que realizó Crimea en 2014 o al que buscan diversos grupos políticos en Kosovo para unir a este territorio con Albania, y es probable que las reacciones ante tal referéndum también sean sumamente polarizadas.

Un cuarto de siglo después de la declaración de independencia de Osetia del Sur, el caso deja ver la complejidad de las relaciones internacionales, en donde el apoyo político, militar y económico suele pesar más que la coherencia.

Publicado en *Nodal*, 16 de diciembre de 2016



El Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL) es una fundación privada, sin fines de lucro y a-partidaria, constituida el 26 de febrero de 2003 e inscripta ante la Inspección General de Justicia en la Capital Federal de la República Argentina.

La misión de CADAL consiste en investigar, fomentar y apoyar el respeto a las libertades civiles, políticas y económicas. Para tal fin, CADAL prioriza la defensa y fortalecimiento de la democracia como pilar del progreso económico-social, y la promoción internacional de los derechos humanos.

Para dar cumplimiento a su misión CADAL produce publicaciones y audiovisuales, organiza eventos, formula peticiones a gobiernos y organismos, apoya a activistas democráticos y organizaciones de la sociedad civil, implementa campañas públicas y capacita a jóvenes estudiantes y graduados universitarios.

Las actividades de CADAL son ejecutadas por su equipo de trabajo desde su sede en Buenos Aires, Argentina, contando también con un grupo de consejeros en distintos países conformado por académicos, analistas, empresarios y consultores.

CADAL integra el Network of Democracy Research Institutes (NDRI) y la International Coalition to Stop Crimes against Humanity in North Korea (ICNK), es un Instituto Asociado al Proyecto Plataforma Democrática y está registrada como Organización de la Sociedad Civil ante la Organización de Estados Americanos (OEA).

www.cadal.org

Reconquista 1056 piso 11 - 1003. Buenos Aires, República Argentina.

Tel: (54-11) 4313-6599. E-mail de contacto:  centro@cadal.org



facebook.com/cadal.org



[@cadal](https://twitter.com/cadal)



youtube.com/cadaltv



fundacioncadal

He recorrido extensamente Europa y Asia a fin de entender las transiciones políticas del poscomunismo y narrar las vivencias diarias de quienes han atravesado todo tipo de conflictos para llegar al hoy. Esta antología reúne 35 artículos e incluye líneas de relativa atemporalidad, historias que podrían leerse en cualquier momento y lugar sin mayores inconvenientes. Pero también hay notas sumamente actuales que ayudan a entender en dónde estamos parados y cómo llegamos aquí. Sigmund Freud escribió alguna vez que se repite para no recordar y se recuerda para no repetir. Lo que fuimos está en todos lados y lidiar con ello es una tarea difícil pero es también una responsabilidad. Es un trabajo diario que corresponde a la sociedad toda, no sólo para que no sean otros los que nos cuenten nuestra propia historia sino también para que no nos arrastren al precipicio de los mismos errores. Para que no se nos venga abajo el futuro ni nos creamos obligados a dismantelar el pasado.

Ignacio E. Hutin